

81-

FIGURAS Y SILUETAS

MANUEL J. CALLE

5723

Q. 2866

C142

Figuras  
y siluetas.

LIBERALES ECUATORIANOS

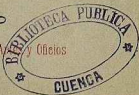
TOMO PRIMERO

ABELARDO MONCAYO. — FELICÍSI-  
MO LÓPEZ. — JOSÉ PERALTA. —  
**Intermezzo:** *Luis Vargas Torres,*  
*Federico Proaño, Francisco Hall.* —  
MANUEL B. CUEVA.

QUITO

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

1899



m. 9045 (Lucy)

## DEL MISMO AUTOR.

### FOLLETOS POLÍTICOS :

- Historia de un crimen.
  - Cuestión del día.
  - Un viejo artículo.
  - Sobre el contrato ferrocarrilero.
- 

Los dominicos italianos en la República del Sagrado Corazón.

Un manojo de artículos.

---

CARLOTA. — Pequeña narración.

---

### *Próximamente á publicarse.*

Otra campaña (Polémicas).

Crónicas literarias. — Artículos de menor cuantía.  
(Crítica y Sátira).

---

### *En preparación,*

Figuras y siluetas. — Tomos II y III.

Pequeñas narraciones. (Novelas cortas).





**S**i, después de haber leído estas mal hilvanadas páginas, crees, lector amabilísimo, que sólo el afán de la lisonja y el pandillaje político me las han inspirado, dueño eres de llamarte á engaño y abrumarme con tu desprecio, dueño, de tratarme como á un *laudator temporis acti* que, incensario en mano, esperando quizá el galardón de sus adulaciones, se va tras de los hombres á quienes la ingrata fortuna ha engrandecido en la hora del triunfo. Pero, si dejando á un lado los dictados del criterio banderizo, consideras

en que todavía no ha habido luz de justicia para el partido liberal ecuatoriano, cuyos individuos más conspicuos han sido perseguidos de muerte por el bando conservador, desde la fundación de la República, y cuando no, heridos por la calumnia casi nunca contradicha, convendrás conmigo en que es obra de rehabilitación social, el pregonar las virtudes innegables de algunos de ellos, sin pizca de adulación porque ahora manden, y con digna imparcialidad. Acostumbrados estamos á las alabanzas é improperios que el partidismo dicta: acostumbrémonos, igualmente, á mirar hombres de bien en el campo enemigo, cuando ellos son dignos de este calificativo. Porque si los liberales para los conservadores y los conservadores para los liberales son todos unos redomados pícaros y unos asesinos, ¿qué nos quedará en esta República donde apenas hay persona que valga indiferente á la lucha de las opiniones y de los partidos?

Ni quiero excederme en la alabanza ni extremarme en la injuria, porque la historia, nuestra pobre historia, sabe la ver-

dad de los hechos y avalora á los hombres: haya un poquito de justicia para unos y otros, y la verdad saldrá ahita y satisfecha. A ella apelamos en nuestros juicios, y si hemos errado por malicia ó falta de criterio honrado, Dios nos lo demande.

Por lo demás, escasa, escasísima es esta colección de semblanzas. Harto lo sé: los liberales vivos y *actuales* se pueden, como vulgarmente se dice, contar con los dedos de las manos y sobran dedos; no sólo dedos, sobre una mano. Mas, por ser pocos ¿son ellos menos merecedores? Y aquí de mi objeto. Cuando se trata de historiar hombres de un partido político y de alabar sus hechos, tiénese siempre cierta cobardía por lo que á los vivos atañe, cobardía nacida del temor de ser el escritor tachado de adulador ó ruín: prefíérese hablar de los muertos, cargando sin miedo en el capítulo de los elogios, si no desmentidos, respetados por los que respetan la consagración que da la muerte. A los vivos se les suelta indefensos á los dientes de la jauría enemiga, y allá

ellos se avengan! . . . . . Esto es injusto. No sólo los muertos son dignos de la justicia de los vivos, sino que, aun más singularmente, lo son aquellos que bregan en este valle de lágrimas y contradicciones.

En los dos primeros volúmenes de mi obrita hablo de Moncayo, López, Peralta, Cueva, Alfaro, Valverde, Vela, Yerovi, Seminario . . . ¿habré pecado por ello? Por ventura no está abierto para la contradicción parcial y absoluta, el juicio de los contemporáneos? ¡Que me atosigue yo con el incienso y muera muerte de perro si los creo varones gloriosos, impecables é intachables, dignos de monumentos imperecederos! Pero no es á mí, liberal á conciencia y liberal desinteresado en la modesta esfera en que vegeto, á quien toca hacer la enumeración de sus manchas, si es que las tienen. Con esto he dicho todo. Escribo como en familia, donde todos, cual más cual menos, nos conocemos como á la propia camisa, y al buen entendedor no hay para qué atiborrarle de palabras.

---

*Deo volente*, los tomos de esta colección serán tres. En los dos primeros me ocuparé en bosquejar figuras y siluetas de liberales vivos y militantes, con *intermez-zos* de mártires, porque el martirio es nuestra cuerda, y en el último trataré únicamente de literatos y poetas ecuatorianos, campantes y vivos también, en cuya serie hablaré de todos los que á mi juicio lo merezcan, liberales ó conservadores — que el arte ni respeta fronteras ni reconoce partidos políticos. Y después . . . . . á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

¿No contenta la advertencia?

Pues no tengo otra que dar.

Y, ¡buenos días!

Manuel J. Calle.

*Quito, Noviembre de 1899.*

---



ABELARDO MONCAYO

## I



ACE cosa de veinte años que, por los claustros del Colegio Seminario de Cuenca, corría como tradición constante una historieta con la cual querían los clérigos que nos educaban amilanar á los que andábamos trasteando en la vieja Biblioteca del Establecimiento.

Se trataba de un joven levita, llamado á ser uno de los ornamentos de la iglesia ecuatoriana, á quien malas lecturas habían empujado por el camino de la perdición, impeliéndole á colgar los hábitos y convertirse en sectario de la condenada Masonería.

“Era un santo, un escogido del Señor— exclamaba el mónago bibliotecario; — y ahora, merced á éstos, á estos pícaros que tengo condenados á cárcel perpetua bajo reja de hierro y candado de combinación, es un ateo, un impío, que prestó su brazo á la iniquidad más grande que han consumado los siglos.”

Y pronunciaba el nombre del impío, con tono breve y enfático; y al oír ese nombre, temblábamos como si, evocada, hubiera de aparecer echando chispas la amable figura del mismísimo Pateta.

Pero — ¡lo que es la mala inclinación desde chiquitos! — nunca abandonábamos la triste librería sin dirigir codiciosas miradas al presidio de los malvados corruptores: á poder atraparlos, ¡bonito atracón que de ellos nos hubiéramos dado, con ó sin licencia de la Autoridad Eclesiástica!

El caso era grave, y bueno para puesto de ejemplo á la juventud estudiosa que no veía sino con los anteojos filosóficos del excelente Sr. Orti y Lara y del excelentísimo padre Liberatore.

Huyendo desde temprano de las vanidades del mundo y las asechanzas del siglo, un joven rubio, severo, melancólico, con alma de artista y corazón de poeta, habíase afiliado bajo las honradísimas banderas de Loyola. Su conducta, laudable; su vida, edificante. Consagrado á la meditación y el estudio, dedicado á nobles ejercicios intelectuales, en los que el amor á lo bello y lo verdadero entraba por mucha parte, sus días transcurrían serenos y monótonos en la placidez del claustro.

A ese futuro pozo de ciencia, á ese Suárez, ese Fra Paolo en ciernes, ¿cómo no encargarle las arduas tareas del magisterio? Que era muy joven; ¿y qué? San Ignacio, en cambio, aprendió á leer y escribir á los cuarenta años de edad, y váyase lo uno por lo otro. Ahí está el viejo Hermosilla, ahí el presbítero Jaime Balmes; ahí Santo Tomás y los Escolásticos: ellos, ellos le guiarán al novel profesor en la enseñanza de Retórica y Poética y en la de Filosofía: ¡adelante con el empeño! La juventud de Guayaquil, los muchachos de Cuenca le quedarán agradecidos . . . . .

“Y ahí estuvo el mal, hermanos carísimos; porque la corrupción de los óptimos es pésima, como dice el Espíritu Santo.”

El empecatado del levita quiso cumplir á conciencia los deberes del cargo; y para enseñar, primero aprender. A su espíritu turbulento y levantisco le venían estrechos el círculo de hierro de la dialéctica escolástica, la desvergonzada casuística de los doctores de la Compañía, las reglas de pensar del criterio ultramontano; y sabiendo el *pro*, quería á toda costa saber el *contra*. Pues á la Biblioteca . . . . .

Fué un deslumbramiento? la súbita aparición de un mundo nuevo é ignorado con horizontes inmensos, abismos atrayentes, océanos de luz y auroras boreales? Locke, Condillac, Cousin, Lamennais, Spencer, todos los filósofos, los pensadores, los sabios desterrados por la enseñanza oficial del jesuitismo, presentados como horribles monstruos, apóstatas y herejes á la imaginación de los estudiantes, se apoderaron de ese espíritu, le sacudieron con sacudimiento tempestuoso, y entre él y los sectarios de Loyo-

la pusieron un abismo: la Ciencia. “¡El Error, hermanos míos, el demonio del Error y de la Negación impía!”

Desde ese instante, retroceder era imposible.

Habían brotado en el alma de aquel joven los gérmenes de una poderosa resistencia, y en su corazón palpitaba el anhelo de libertad. Continuar enseñando á sus alumnos según el antiguo cartabón, vender por oro de buena ley el roñoso cobre de una filosofía rechazada por la Ciencia moderna, ingrata al espíritu de las nuevas generaciones, contraria á la razón y la experiencia, por más que lo mandase el precepto de la obediencia pasiva, la obediencia cadavérica de la Regla, no sólo era una farsa inicua, era una traición enorme á la propia conciencia, un crimen. ¿Qué hizo? Partir por la calle del medio, y, como si tal cosa, ponerse á enseñar las doctrinas de Locke, Condillac, Cousin, Hume y más filósofos, á los piadosos educandos de la venerable Compañía de Jesús: metía el enemigo en casa, tras de haber vendido la barricada: “¡Ha-

brá picardía, hermanos míos, habrá iniquidad mayor! Valerse de los libros mismos que la Comunidad ponía á su alcance, para hacer en las aulas la propaganda herética y francmasónica!"

El escándalo — fácil es de suponer — fué enorme.

— O retractación y promesa de arrepentimiento, ó expulsión vergonzosa: elige.

— No elijo: ahí tienen ustedes su sota-na, ahí tienen su Colegio, ahí su recochina celda: me largo de este pudridero de almas, y me voy por esas calles de Dios á hartarme de aire puro y pomponearme con libertad. Hasta luego.

Dicho y hecho.

Esto, si no andan equivocados mis informes, ocurría por el año de gracia de 1874.

Y esta es la razón por que era cosa difícil y peliaguda, ahora veinte años, andar trasteando en la vieja y empolvada Biblioteca del Colegio Seminario de Cuenca.

Pasó el tiempo, mucho tiempo: el nombre de esa esperanza de los jesuitas del Ecuador, habíase vuelto célebre; glorioso para unos, era criminal para otros: las persecuciones de muerte, la pobreza, el destierro, el peligro siempre inminente, el odio de los unos, la criminal indiferencia de los otros, habían llenado los días y las horas de otros veinte años en la vida del antiguo aspirante al sacerdocio, cuando un viento de tempestad barrió el polvo de la tiranía de los senderos del pueblo ecuatoriano, y ese hombre respiró: ¡qué bueno es respirar cuando se ha estado asfixiando en destierros y escondites!

Llegó un día en que un amigo me cogió del brazo, diciéndome:

- Vente conmigo, que desean conocerte.
- Quién?
- ¡Vaya! un amigo.
- Un amigo . . . . y quiere conocerme!
- Pues ahí verás.

Y me arrastró á una galería de la casa de la Gobernación, donde estábamos (era en Guayaquil y corría el mes de Octubre



de 1896). Había mucha gente en esa galería: convencionales, empleados, curiosos . . . . . Al fin, halléme frente á frente con un hombre ni grande ni pequeño, ni gordo ni flaco, rubio y, al parecer, nervioso, de mirada franca y aire que revelaba austeridad. Era ya casi un viejo; pero los rubios tienen eso de bueno: que no se les ve las canas, aun cuando las arrugas les vendan. Yo sabía ya quién era y cómo se llamaba: era mi hombre, mi jesuita, mi amigo por cartas; y me precipité en sus brazos. Él, por primera expresión amistosa . . . . . me soltó un latín . . . . .

Y así conocí *personalmente* á Abelardo Moncayo . . . . .

Después de todo, él tiene la culpa de que yo no hubiese podido, cuando muchacho, pillar un reumatismo en la vieja y empolvada Biblioteca del Colegio Seminario de Cuenca. ¿Por qué no cantó misa á tiempo?



## II

Ni gusto ni vocación le habían llevado á Moncayo á la Compañía de Jesús.

Niño todavía, sus padres le enviaron á educarse en el colegio de los jesuitas, porque en aquella época sombría los jesuitas eran los únicos que en el Ecuador dirigían la enseñanza secundaria, y no había en qué elegir.

Ya en el colegio, no les fué difícil á maestros y superiores ganar para su convento á un muchacho entusiasta é impresionable: Voltaire fué también alumno de jesuitas y vistió el hábito de la Orden, y el pequeño

Arouet pudo hasta haberse llamado el Reverendísimo P. Escobar. “Moncayo, joven de 28 años, era quiteño, — dice Don Juan Murillo en su *Historia del Ecuador* (1), — miembro de una familia distinguida, austero, de carácter noble y catoniano, instruído, y ya por entonces (1875) con fama de ser uno de los más distinguidos poetas del Ecuador. Años antes le había colocado su familia en el colegio de los jesuitas, quienes le vistieron la sotana, llevados del deseo de incorporar en la Compañía á un individuo de tanto talento: le dieron la cátedra de humanidades en Cuenca y Guayaquil, granjeándose, especialmente en la primera ciudad, el renombre de orador y poeta. Regresó á Quito en 1874, y en el acto salió de la Compañía y se refugió en su hogar, en el que ya no existían sus padres, y sí sólo tres ó cuatro tíos viejos . . . :”

Y Don Pedro Moncayo (2) escribe de él: “Se educó en el colegio de los jesuitas y

---

(1) *Historia del Ecuador de 1876 á 1888.*—Tomo I.—Pág. 110.

(2) *El Ecuador desde 1825 hasta 1875.*

llegó á ser uno de los predilectos por su capacidad y aprovechamiento. Los jesuitas le hicieron profesor de filosofía y le mandaron á Cuenca para que dictase el primer curso. Encontrándose en este puesto de confianza, quiso corresponder á ella, consultando los autores modernos que tratan de esta materia. Leyó á Locke, á Condillac, á Cousin y á otros varios, separándose enteramente del texto que le habían dado los jesuitas. Cuando éstos supieron las novedades que había introducido en la enseñanza, le llamaron á Quito y le reconviniéron. Moncayo contestó que no se podía encadenar la razón ni avasallar la inteligencia, y que estaba pronto á dejar los hábitos y á retirarse á su casa, como en efecto lo hizo.”

Y lo hizo á tiempo.

Fermentaba entonces el descontento en todas las capas sociales, y la misma tiranía forjaba el rayo que había de herirla: se iba, pues, á necesitar de almas bien templadas por la filosofía y el patriotismo, caracteres á la antigua, infrangibles, briosos, re-

sueltos, capaces de afrontar, en bien de los demás, los peligros y la muerte.

De las estrecheces del claustro á la hoguera de la conjuración política, el salto no es tan mortal, tan difícil, como parece á primera vista. Es una reacción violenta, y nada más; así es que pocos meses después de su salida de la Compañía, le vemos ya á Moncayo metido en una conspiración que había de terminar de manera trágica.

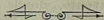
Este es el punto culminante, el acto decisivo de la vida de don Abelardo, y por lo mismo conviene detenernos en él un momento.

Antes diremos que, en cuanto ahorcó la sotana, hallándose huérfano, pobre, casi sin amparo en lo humano, entró resueltamente en la lucha por la existencia. Tenía un capital: la inteligencia y los conocimientos adquiridos, y lo puso en circulación para defender la vida. Dedicóse, pues, á la enseñanza, tarea de por sí noble y difícil, cuando se tiene conciencia y se la acepta como un sacerdocio. La prueba de que no le siguió el descrédito en esta patria clásica

de la mogigatería eclesiástica — y lo era mucho más en la época á que nos referimos — es que, casi inmediatamente, se le confió una cátedra en un afamado colegio de niñas de la Capital, y las familias le aceptaron como profesor de idiomas. En esta honrada ocupación le encontramos al estallar la conjuración del SEIS DE AGOSTO de 1875.

Por lo demás, risible nos parece tomar en serio á los que hacen un capítulo de acusación contra Moncayo de los años de la primera juventud de éste pasados al abrigo del claustro. No fué obra suya, como hemos dicho; y cuando la hubiese sido habría que tomar en cuenta que, por entonces, el Ecuador mismo, todo entero, no era sino un enorme convento, donde frailes y monjas gobernaban á su arbitrio la conciencia pública, corrompiéndola y envileciéndola en provecho de un déspota: que la juventud estaba completamente entregada en sus manos, sin más luz, más doctrina ni otra enseñanza que la que salía del antro oscuro de congregaciones de extranjeros: que el

critério público estaba extraviado; y que, en fin, habíamos vuelto por caminos desusados é ignominiosos, á los días de la Colonia. Y dado el caso de que así no hubiese sido, ¿qué probaría lo contrario? Que un muchacho leal é inteligente se había equivocado, y que reasumió su personalidad, cuando la luz fué hecha en su cerebro. Otros no tienen valor para tanto; y muchos, habiéndose escapado del Convento, en peores condiciones que Moncayo, continúan siendo jesuitas . . . . .



### III

Hablar de García Moreno y de su larga tiranía base convertido ya en lugar común de declamación liberalesca en el Ecuador. Pero en 1875 no sucedía esto, porque el tirano estaba en pie, y ese lugar común podía costarle el destierro, cuando menos, al patriota que á usarlo se hubiera atrevido.

Hemos comparado la República con un convento lleno de frailes y monjas; más exacto es decir que era uno como cementerio donde esas monjas y esos frailes estaban á rezar el *De profundis* por la Libertad que había muerto.



El silencio era terrible, y terrible el mal-estar de los ánimos.

Cuanto había de noble, de puro, de levantado, de patriótico en la Nación, se lo había tragado el cadalso ó el ostracismo.

Declaradas insuficientes las leyes, toda garantía republicana, todo anhelo de mejoramiento social, habían sido ahogados en sangre: la muerte para unos, el presidio y el confinamiento para otros, el destierro para los demás: tal era el sistema de Gobierno.

La paz se mantenía por medio del terror. Paz octaviana? paz de los sepulcros, en beneficio y provecho de los gusanos; paz infame, impotente, vergonzosa.

García Moreno lo había matado y abal-donado todo.

Quiso traicionar á la América, y pretendió la dominación española, reclamó el protectorado francés para esta República, y entró en tratos con Pinzón y Mazarredo, cuando estos gachupines ocuparon injustamente las islas de Chincha; y reconoció el imperio mexicano de Maximiliano de

Hapsburgo, insultando en documento oficial al insigne Benito Juárez, que luchaba por la independencia y libertad de su patria.

Quiso traicionar al Ecuador, y trajo la funesta expedición del General Castilla.

Quiso abaldonarlo, y lo llevó á los campos de vergonzosa derrota en Tulcán y Cuaspud.

Quiso ponerlo en ridículo ante la faz del mundo, y protestó contra la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel.

Quiso degradarlo, y lo entregó en manos de la hez de los conventos de Italia y España, trayendo á su suelo un torrente no interrumpido de inmigración frailesca.

Quiso desangrarlo, y sentó en el patíbulo á los mejores de sus hijos, vapuló y atormentó á otros, y llevó á los más al destierro.

Quiso embrutecerlo, y educó á su juventud por mano de monjas y jesuitas.

Quiso esclavizarlo, en fin, y mató las libertades públicas.

*Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malvados. Y cuáles eran los malvados? Los que, en defensa de la*

patria, por amor á la humanidad, en provecho de los fueros de la honra y de la justicia, de la dignidad y de la civilización, se oponían á su insólita tiranía . . . . . Y paz, mucha paz, paz conventual . . . . . Dónde estaba esa paz? Las conspiraciones se multiplicaban, el desasosiego crecía, la ola se acercaba rugiendo y el déspota temblaba.....

Pero sólo Dios *es paciente, porque es eterno*: llega un día en que los pueblos más degradados, más abyectos, se cansan de la servidumbre . . . . ¡y explotan como un volcán! Es cuando la copa de la iniquidad está llena . . . . En 1875 la de García Moreno estaba rebotante, y la hora de su destino sonó en el reloj del tiempo.

Montalvo sopló en esa ceniza medio apagada, y se alzó la llama. LA DICTADURA PERPETUA fué la empuñadura del machete de Faustino Rayo . . . . . y el SEIS DE AGOSTO fué.

El drama del 6 de Agosto de 1875 no fué un acto de venganza política, fuélo de reparación, cualesquiera que hayan sido las consecuencias de él, y reparación siempre

quiere decir bondad y justicia cuando se trata de la felicidad de las naciones. Lo que se hizo bien hecho estuvo, porque ese era el único fin posible de un período de abominación é iniquidades.

Oh! no nos habléis de crimen y barbarie, al condenar sin defensa ni apelación, á los que en aquel día memorable se sacrificaron noblemente en aras de un ideal generoso! Quince años de tiranía durante los cuales estuvo levantado el cadalso político, abiertas las puertas del presidio, fijadas las tablas de proscripción para todos los ecuatorianos que, en medio de la abyección general, se acordaban de que eran hombres y querían vivir libres; quince años como quince siglos de una noche tenebrosa terminados trágicamente por un machetazo que fué como la claridad de una nueva aurora, contestarán á vuestras declamaciones.

Engrandeced á García Moreno, en hora buena; hablad de su empeño por el progreso de la patria, de su amor á la Ciencia y al Arte, de su hombría de bien; de ese como furor por las obras públicas; pero ante el

tribunal supremo de la historia, traed para que depongan en su causa á las víctimas de aquel hombre legendario en los anales del Ecuador, que manchó su grandeza con sangre hermana, la infamó con traiciones inolvidables, la abatió con empresas desastrosas, la arrastró con actos de un ridículo devotismo y con violencias que tenían algo del ataque del tigre antes que de la cólera del león. Y á lo largo de los caminos por él construídos, en las plazas de las ciudades por él embellecidas, poned, sobre un patíbulo, su estatua . . . . .

García Moreno, pues, debía morir como había vivido, y así murió. Era posible proceder de otra manera con tal hombre, con semejante fiera?

Decía Montalvo años después de la tragedia del Seis de Agosto: (1)

“La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin ra-

---

(1) Siete Tratados. — Tomo II. — “Los héroes de la emancipación.”

zón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficis, que toman á pechos el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra.”

Y qué! Si el ciudadano tiene el derecho y el deber de la defensa propia, ¿no los tendrá también la sociedad? Por no mancharse con unas cuantas gotas de sangre corrompida dejará tranquilamente que corra á torrentes la de los asociados?

Por no matar á un hombre dejará que ese hombre victimé á los demás?

Por no acorrallar al tigre dejará que el tigre ande suelto por las ciudades?

El tiranicidio es, cuando concurren á ese fin la justicia y la necesidad de la defensa social, los llamamientos del honor y las

exigencias de la libertad, un acto bueno y generoso, una reparación saludable y ejemplarizadora.

Así lo comprendieron los jóvenes del SEIS DE AGOSTO, y por eso empuñaron el puñal de Harmodio, para matar al tirano, no en asechanza ruin ni en celada infame, sino, como dice uno de ellos, "en plena plaza pública y con plena luz meridiana." (1)

Moncayo estaba con ellos.

---

(1) Roberto Andrade.



#### IV

Hay un libro de uno de los conjurados de Agosto, — Roberto Andrade, — que es como la confesión suprema de un hombre, que, antes que á sus contemporáneos, se dirige á la posteridad y apela al fallo justiciero de la Historia. (1) Escrito en una prisión, casi en las gradas mismas del cadalso, ese libro es una especie de testamento político de la Conjuración memorable, que, al fin, resultó sacrificio estéril, á lo

---

(1) Seis de Agosto ó sea la muerte de García Moreno, — Portoviejo. — 1896. — Un tomo en 8º. de VIII + 414 páginas.



menos en el concepto de los que en 1894 veíamos los horizontes de la patria más brumosos que nunca y más lejano el día de la resurrección. Páginas llenas de amargura y desaliento, de ira y sombrío despecho, éllas nos refieren punto por punto los hechos todos de aquella tragedia, nos describen los hombres y los caracteres que en ella intervinieron, dícese las causas de la final derrota de los que arriesgaron su vida en la empresa y fueron, inmediatamente después del sacrificio del tirano, miserablemente vendidos, y algunos, victimados con cálculo y cobardía de hiena. A esa obra remitimos al lector de estos apuntes que quiera tener cabal conocimiento de los sucesos de aquellos días angustiosos, en los cuales fué la de Moncayo una de las más austeras y simpáticas figuras. Muy joven todavía, — pues el mayor de los conjurados apenas tenía veintiocho años, — ya era entre sus compañeros de lucha y sacrificio el hombre del consejo y del raciocinio, el que, — si no veía más adelante que los demás en la traición de Sánchez y la intromisión infame de Francisco J. Salazar, — sabía

moderar los ímpetus del juvenil entusiasmo, para no desbarrancarse antes de la hora terrible del desengaño.

García Moreno cayó herido por el machete de Rayo y los revólveres de los conjurados en las puertas mismas del Palacio de Gobierno. “Vilo miserable y ruin: lo juro”, dice Andrade con acento solemne.— “Ayarza! Las víctimas de Jambelí! Las de Tulcán! Las de Cuaspud! Maldonado! Borja! Viola! Rosa Ascásubi! La dignidad de la Patria! La honra ecuatoriana! Libertad! decíamos todos, formando sobre aquel malvado una como valla de recuerdos sangrientos que debieron haber apresurado su agonía.” (1)

Fué un hermoso día aquel, porque fué el día de la justicia . . . . .

¡Ay! pero el día de la libertad no había amanecido aún para el pueblo ecuatoriano! Harmodio y Aristógiton no fueron corona-

(1) Libro citado. Pág. 120.

dos de laurel y llevados al Pritaneo en medio de la algazara de los grandes Penateneos; fueron perseguidos de muerte, y en la plaza pública se levantó para ellos el patíbulo infame! Había muerto el tigre: comenzaba el reinado de los chacales; y cuando Montalvo exclamó en Ipiiales, refiriéndose al hombre de Jambelí: ; El último tirano! (1) no se equivocaba: los verdugos sus sucesores no merecían llamarse tiranos, sino Rinconete, Cortadillo, y más miembros de la cofradía de Monipodio. ; Ellos, los beneficiados por el sacrificio de los jóvenes, ellos los antiguos esbirros y cómplices del tirano, convertidos en sus perseguidores, sus asesinos, sus fiscales y jueces, todo junto!

El martirio principió para los Agostistas desde el momento mismo de la ejecución de su obra patriótica. Asesinado Rayo, fusilado Cornejo, fusilado el inocente Campuzano, condenado á presidio Polanco.... .. ; oh Patria! ; oh Ecuador!

(1) "El último de los tiranos."— Ipiiales. — Agosto de 1875.

Referir las angustias y sobresaltos de los primeros días, esas horas terribles en que la muerte se cernía sobre el escondite donde Moncayo y Andrade se habían refugiado; describir la ansiedad suprema, la congoja indecible de esos dos muchachos desamparados que estaban ya palpando la inutilidad de su aventura, y contemplaban negro el porvenir y velada la esperanza en los confines misteriosos, no es tarea para extraños que juzgan la escena á veinticuatro años de distancia: Roberto Andrade nos cuenta sus torturas, sus peregrinaciones, en estilo como suyo, apasionado y vibrante, y después de que él lo ha hecho, ¿qué vamos á añadir nosotros?

Moncayo escapó con Andrade el mismo día memorable del *Seis de Agosto*; y desde ese instante, perdonado, ó más bien dicho, castigado por la suerte, que no le alzó al patíbulo ni le llevó á comer ó no comer el pan del destierro en suelo extranjero, entró en la sombra, languideció veinte años á inmediaciones del sepulcro, sintiendo sobre su cabeza gravitar como una montaña sos-

\* tenida por una quebradiza cuerda, el odio de sus poderosos, de sus implacables enemigos . . . . . Era como el viejo patriarca de la Idumea arrojado en un estercolero y ofendido y recriminado por los mismos que le debían protección y agradecimiento.

Pero la inacción no le devoraba las entrañas. En el culto del hogar, en el cuidado de ennoblecer la inteligencia, así, desilusionado, dolorido, en una especie de muerte civil que le aísla de la sociedad, no olvida á la patria, y, como pueda, escritos suyos han de aparecer en los periódicos del Ecuador, siempre que en algunos de ellos brote una chispa de independendencia. Asiste de lejos al envilecimiento de la Nación, y hace lo posible — ¡ya entonces era bien poco! — por contenerla al borde del precipicio, por el que había de rodar de tumbo en tumbc, hasta dar en el fondo, manchada de cieno y herida de muerte.

La persecución brama en torno suyo; pero no se queja: admirable constancia de carácter, que no consiente que se abra el labio al inútil lamento, y hace de la Filoso-

fía un culto sagrado en el que oficia á Zenón de Elea . . . . . “Esa causa, — dice, refiriéndose á la que sus verdugos habían incoado el mismo día de la muerte del tirano, — que ha constituido mi gloria y mi infortunio; mi gloria, por cuanto ella ha servido de crisol á mi constancia en el sufrimiento.” (1)

Llega un día—á los diez y nueve años de proscripción, — en que la sombra de García Moreno se yergue fatídica, y alarga el brazo. De la tragedia sólo dos actores existen; los demás han muerto en el patíbulo ó asesinados: Moncayo y Andrade. La sombra extiende la mano, y arroja á Andrade al presidio, y prepara el banquillo del patíbulo; extiende la otra mano, y señala á Moncayo á la persecución de los esbirros . . . . . El odio de las hienas y de los chacales es implacable: va más allá del escandite, más allá del destierro, más allá de la tumba . . . . .

---

(1) Abelardo Moncayo. — Alegato sobre la proscripción de la causa iniciada el seis de Agosto de 1875. — Guayaquil. — 1894. — Un foll. de 16 págs.

Entonces sí se queja Moncayo; pero se queja no en tono de súplica sino de amargo despecho, defendiendo palmo á palmo su derecho á existir, porque el peligro era inminente, y la venganza póstuma del tirano se había disfrazado con el atavío de la Justicia, y tenía el Código Penal bajo del brazo.

“Ni al más empecinado de mis enemigos, — dice, — le deseo jamás noches y días, como los devorados durante esa eternidad (¡19 años!), y transcurrida precisamente en la época más hermosa de la vida y en la que nunca vuelve. Si para conocer lo que uno ama á ese pedazo de tierra donde hemos nacido, es preciso estar lejos de él largo tiempo; también para conocer lo que vale la verdadera libertad, la individual, la que es el alma del hombre, preciso es perderla: y con ella, adiós todo hechizo, toda ilusión, toda esperanza. ¿Qué trabajo sostenido y fecundo entónces para atender al porvenir, qué seguridad ni aliento en las empresas, qué fin, qué blanco á la existencia? Y al poner el pie en camino tan tenebroso, el del proscrito, con la vergüen-

za de la derrota en la espalda y con la incertidumbre de un sombrío desconocido por delante, ah! valga la verdad, se la doy al varón más esforzado en el sufrimiento. Y cuántas veces sorteada la muerte; cuántas, pavoroso é indefinido el peligro, y cuántas, por fin, el desaliento y el despecho en el límite mismo de la desesperación! Y en tan largos y súbitos cautiverios, qué alcaides á veces, que privaciones, que humillaciones, qué torturas!" (1)

¿No se está presenciando en estas líneas el desgarramiento de una alma, la tortura de un corazón, cansado ya de esperar sin fruto, de combatir sin esperanza?—“Me admiro cómo en la soledad de la Quinta (2), soledad de diez y nueve años, llena de sobresaltos y fugas, no hubiese perdido Moncayo la cabeza,”— me decía un ecuatoriano en 1892. No la perdió, porque los hombres de energía y carácter sacan resistencia

---

(1) Folleto citado.—Pág. 14.

(2) Nombre de una propiedad de la familia Andrade, situada á inmediaciones de Otavalo é Ibarra (Provincia de Imbabura).



del mismo sufrimiento, y sortean la adversidad si no sonreídos á lo menos graves y serenos.

Sólo el triunfo sobre el terrorismo entronizado en la República desde 1859, triunfo que había de ser como la consecuencia de la tragedia de Agosto, después de la cual el pueblo *no reasumió su soberanía*, podía ser la liberación de los sobrevivientes de aquella tragedia. Once meses de estrecha clausura en el Panóptico de Quito, le habían enseñado á Roberto Andrade que si el Presidente Cordero, no daría el escándalo de fusilarlo, hábale de entregar en manos del sombrío Caamaño — ese bebedor de sangre — cuya negra silueta se destacaba ya en la lejanía como candidato presidencial; y Abelardo Moncayo nada había conseguido con sus luminosos alegatos sobre prescripción que podían hacer luz de convencimiento aun en el cerebro de un esquimal. Su suerte estaba decretada. Sólo la revolución liberal podía salvarles, y ella les salvó. El drama estaba terminado.

## V

“Escondite que será histórico,” dice Andrade del larguísimo de D. Abelardo Moncayo, porque nadie se ha visto obligado á vivir oculto tanto tiempo.” ¡Tanto tiempo! Veinte años representan media vida, si no hemos de tomar en cuenta la niñez; y veinte años fueron de amargura y dolor. Había durante ellos hallado Moncayo la compañera de su jornada, es decir, de su padecimiento, y dedicóse á la vida del hogar, intranquilizado con frecuencia por nuevas persecuciones.

¿Qué hizo durante esos años?

Languidecer, vegetar en la soledad del campo, al arrullo de los rumores de los vecinos páramos, á la sombra de los nevados andinos? Y qué otra cosa podía hacer, privado de libertad, de todo medio de acción y siempre divisando en lontananza, si no el patíbulo de Cornejo y Campuzano ó la bala traidora que victimó á Manuel Polanco, la prisión oscura guardada por esbirros y verdugos?

Para los que conozcan el temperamento de Moncayo, irritable, neurótico, impaciente, no dejara de ser causa de sorpresa el que hubiese podido callar veinte años y soportar resignado la cadena que pesaba sobre su vida. Andrade, vagando en tierras extranjeras, creyéndose al amparo de pueblos libres y Gobiernos serios, no supo contenerse, y habló, y habló alto y fuerte, habló ardiendo en indignación contra los traidores y ladrones, antiguos esbirros y porquerones de García Moreno, que habían convertido la República de los Sagrados Corazonés de Jesús y María en una cueva de Rolando. . . . ¿Y qué le pasó? Que en

suelo extraño tuvo que sufrir prisiones, aguantar ultrajes, y que, el día menos pensado, se cerraron tras él las puertas del Panóptico de Quito que durante diez y nueve años le habían estado aguardando, abiertas de par en par. . .

De tiempo en tiempo el alma de Moncayo buscaba consuelo y refugio en las serenas esferas del Arte. Acordábase que era poeta, y hacía versos; acordábase que era literato, y escribía críticas, biografías, dramas, artículos, lo que saliese; dominando en todo la nota de un idealismo melancólico, crédulo, casi diríamos inocente.

“Por más que ponderemos lo corrompido de nuestra naturaleza — escribe, — hombre no hay, sin embargo, que no sea capaz de óptimas, y aún sublimes acciones, y á menudo hasta los aviesos las llevan á cima. Pero ¿por qué tantas alternativas entre el bien y el mal, en un mismo individuo, tanta veleidad, tanta inconsistencia, tanta contradicción en nuestros actos? por qué, si no la iniquidad, la nada en último análisis, la nada como resultado definitivo de la exis-

tencia, en el vulgo de nuestros hermanos? Nubes vacías barridas por todo viento, barquillas sin timón ni lastre entregadas á merced de las olas, pompas de jabón sopladadas por niños. . . . imágenes elocuentes de la pobre humanidad en aplastadora mayoría. De aquí lo lento, lo desesperador de toda evolución salvadora, de todo progreso positivo; es inmensa, formidable la mole á la cual pocos, muy pocos tienen que ponerla en movimiento." (1)

Es este un clamor de agonía y desesperanza; pero ¿tenía el autor de las líneas transcritas derecho ni deber de expresarse de otra manera? El estado psíquico se refleja en todos los actos de la vida, y más, mucho más en los de la inteligencia.

A nadie ofendió Moncayo con sus escritos, en toda aquella época. Provocado agriamente por un Sr. Pallares Peñafiel que tenía una Revista literaria, en la que los viejos conservadores escribían co-

---

(1) Estudios biográficos - Vida del Dr. Mariano Acosta.—  
Pág. 22.

sas anodinas y literatura de iglesia, moral y docente, contesta sin pasión, sin alterarse, declarando con franqueza sus odios y simpatías: la discusión no valía nada, mucho menos el pretexto ó causa de ella; pero sus enemigos hallaron asidero para insaltarle. (1)

Y este afán de desprestigiar, de posponer á Moncayo se ha visto en todo, aun en lo meramente literario. La famosa ANTOLOGÍA, perpetrada por la Academia, no contiene un verso de Moncayo, cuando ahí están hasta los de la Señorita Egüez, los de la Señorita Donoso, y otros Señores y Señoritas igualmente cursis. La Academia, manida de tantas nulidades pretensiosas,—excepto los que no lo son — ¿hubiera llamado á su seno á Moncayo? ¡Imposible!

(1) A la memoria de este Sr. Pallares, y para socorrer necesidades de su viuda, dedicó el Círculo Literario de Guayaquil, de la libérrima Guayaquil, una velada ó función teatral en 1894. Lo gracioso es que esa función era también dedicada á la memoria de Federico Proaño, y que los nombres de Pallares y Proaño andaban unidos en prosas y en versos, que no había más que ver. Simplemente ridículo.—Verdad, que el producto de la fiesta no lo vieron en sus manos las beneficiadas, según dicen malas lenguas.

Ni siquiera un liberal hay en ella. Si de alguien se acuerdan en esa Corporación, es del Dr. Alejandro Cárdenas, en mérito de haber sido Ministro de D. Luis Cordero, haber estado *sub judice* en el asunto más cochino que ha presenciado el Ecuador. . . y haber publicado un folleto titulado *El Contrabando*, escrito como para que nadie lo entienda. . . . “Folleto que nos recuerda á Quevedo en su VIDA DE MARCO BRUTO,” tuvo el atrevimiento de decir un *litterato*: el escrito aquel no se entiende bien, ni hace falta; lo único que se *adivina* es que el *patriotismo* es una palabra sin sentido, la *bandera* un trapo cualquiera, y otras cosillas así. . . . Pues este Sr. Cárdenas ha ser académico, lo es el P. Proaño, por su divertido CATECISMO FILOSÓFICO, y otros atentados igualmente. . . . escolásticos, lo es el Hermano Miguel, por su traducción de la VIDA DE J. B. DE LA SALLE, y lo es D. Quintiliano Sánchez, impertérrito cantor de los montes de la andina cordillera, de los santos de la corte celestial y de los incas y de los scyris y de los conquistadores. . . y del P. Alncida;

pero que lo sea un liberal? que lo sea un hombre de valía, que no confiese y comulgue?

Hay, y ha habido, mucha injusticia en los círculos literarios del Ecuador, al tratarse de escritores que no son de la comunidad política á que ellos, los círculos, pertenecen. Los jesuítas de misa y olla, los jesuítas de lira en ristre, de levita y de sotana, son los únicos que, entre nosotros, han discernido el premio de la virtud y del talento, los que han monopolizado el incensario en provecho de su cofradía; los que han hecho de la caquéxica literatura ecuatoriana de los últimos treinta años una especie de puerca asociación de elogios mútuos. Merced á ellos se han encumbrado medianías, se han coronado pálidos versificadores con la apolínea rama, han mangoneado de celebridades escritores que, mejor que en la Académica, en el Ateneo, en los círculos literarios, en la suprema dirección de la enseñanza pública, estarían en algún rincón de esos, modestos escribientes, ganándose la vida á pulso. . . . y



sabañones. . . . ¡Oh la pandilla conservadora! Ella, que no se contenta con aplaudirse á sí misma, sino que va á mendigar afuera elogios para los suyos; ella que ha puesto la inteligencia de la juventud de las aulas á merced de los textos filosóficos del mencionado Padre Proaño, de la Apologética del P. Shouppe, de la Estética del P. Jungman, de la Geografía del P. Mera, ella que endiosó á los Pablos Herreras y á los Rafaeles Carvajales, no tuvo sino desprecio, asco, insultos para Juan Montalvo, burlas para el viejo Moncayo, indiferencia para Juan Bautista Vázquez, odio, venganza, persecuciones para Abelardo Moncayo y Roberto Andrade. . . . ¡Oh, la pandilla! ¡Oh, el albañal! Con qué aliento, con qué estímulo, fiados en qué esperanza escribir, trabajar, perfeccionarse, tomar resueltamente el camino de las grandes, nobles empresas en un país como este, donde para ser tenido por hombre de bien y varón constante, le piden la papeleta de confesión y comunión por pascua florida? Dicen que el partido liberal no ha tenido en el Ecuador, en tratándose de escritores, si-

no periodistas gárrulos de *pane lucrando*, libelistas adocenados, declamadores insustanciales; un pícaro de esos, hecho obispo en el Ecuador, un tal Schumacher, célebre ya por su intransigencia ridícula y su odio á la nación ecuatoriana, ¿no llegó á decir desvergonzadamente que sólo borrachos, adúlteros, pillos, pertenecían al partido liberal? (1) Taparles la boca á los tales con el nombre de Montalvo, con el nombre de D. Pedro Moncayo, con el nombre de Abelardo Moncayo, con los nombres de Peralta, Yerovi, Andrade, Seminario y otros muchos, tarea excusada: ellos gritan más alto, ellos gesticulan con más vehemencia. Para nosotros la justicia? para nosotros el elogio? ¡Disparate! Para nosotros el patíbulo, para nosotros el presidio, el destierro, la persecución, el odio, la calumnia: en poder de tiranuelos y esbirros la República, el partido liberal ha sido carne de verdugo . . . . ¡Y queremos hacer valer nuestros títulos en la literatura nacional . . . . ! Volvamos á Moncayo.

(1) En el conocido folleto "¿Teocracia ó democracia?"

No es de la índole de la semblanza que vamos escribiendo, el juzgar á éste como literato y escritor público; pero sí dejaremos constancia de que, desde el punto de vista meramente literario, no entra en número con los adocenados y cursilones. Sin la grandilocuencia, á veces declamatoria y rimbombante, de Peralta ni la facilidad de R. Andrade, es el suyo un estilo peculiar, quizá sobradamente nervioso, afecto á la generalización del concepto, enemigo de la elipsis, vibrante como una cuerda tendida y pronta á lanzar el dardo.

Como poeta, tiene composiciones muy apreciables, sobre todo, las tituladas "Soleidad del campo", "Al Chimborazo", "Al Chimborazo en la muerte de Montalvo", "Salcedo", etc., etc. Se resienten, es verdad, sus versos de las frialdades del clasicismo, y muchos por su contextura parecen de fines del siglo XVIII; pero casi siempre hay en ellos arranques nobles, rasgos de entusiasmo, y un sello marcadísimo de sinceridad artística.

También ha escrito dramas. Además de "El Diez de Agosto", composición pa-

triótica y no escasa en bellezas de estilo y detalle, y que anda impresa, (1) conocemos una traducción en verso del *Tartufe* de Moliere y un drama titulado "Los Jíbaros del Oriente", escrito en prosa y verso, ambos ensayos inéditos.

Mas, sería sobrada injusticia el juzgar los alcances literarios de Moncayo por esa muestra. El mismo dice en la *Advertencia* que precede á "El Diez de Agosto": "Nosotros mismos hablamos de *proscenio*, *platea*, etc., como puede hablar de colores un ciego de nacimiento. Una sola vez . . . . . hemos visto una representación, como sombra de lo que debe ser. Y qué distancia, por Dios, qué distancia entre la simple lectura y la realidad de las tablas! (2)

Sin conocimientos *técnicos*, precisos, de la exterioridad del arte dramático; sin haber visto nunca un teatro por dentro y por fuera, ¿qué drama posible en esta edad en

(1) El Diez de Agosto. — Drama histórico en cinco actos. — Quito. — 1897.

(1) Página XI.

que ya hasta Sardou y Echeagaray van pasando de moda y se busca nuevos elementos de vida para el Arte al que tanto alcance filosófico dió el perillustre autor de *Los Aparecidos* y la *Casa de muñeca*? Gracia y mucha es que Moncayo, en semejantes condiciones, hubiese hecho lo que ha hecho; un gallardo esfuerzo de inteligencia significan "El Diez de Agosto" y "Los jibaros del Oriente"; composición esta última que tiene algunos versos muy sentidos y muy bien escritos. Exigir más, sería inquina literaria. Nosotros hemos aplaudido en Cuenca unos dramas sin pies ni cabeza, sin lógica ni gramática que, en improvisado teatro, hacía representar un jovencito llamado Octavio Cordero, quien nunca había visto una bambalina ni conocido la cara de un cómico. Por qué? Falta de conciencia literaria? De ningún modo. Es que, en el Ecuador, y tratándose de literatura dramática (sobre todo en la región andina) la cuestión es muy relativa.

Y basta de literaturas. Talvez en otra ocasión esbochemos la figura de D. Abelardo Moncayo como literato y poeta.

## VI

Excusámonos de considerar á D. Abelardo Moncayo en el desempeño de sus funciones como magistrado público.

En la hora de la resurrección del partido liberal, ¿quién con más derecho que él á la consideración y respeto de los triunfadores? Gobernador de provincia, Rector de colegio, Diputado, Presidente de la Convención, Ministro, Director de Policía, otra vez Ministro de Estado, lo ha sido todo.

Ha ejercido estos cargos á contentamiento de tirios y troyanos?

No podemos asegurarlo.

Cualquier alabanza sería calificada en este momento como ruin lisonja al que tiene los empleos en su mano, cualquier censura sería considerada como un ataque al Gobierno, y vale más callar. Pero si diremos que sólo en Moncayo y en una docena de individuos meritísimos (¡á lo más!) que han actuado en la presente evolución política no se ha cumplido al pie de la letra lo que dice un autor célebre (1): “¿Y cuáles son, pregunta, las personas que por sus grandes servicios en tiempo de guerra ó en tiempo de paz han atraído sobre sí la mira de sus príncipes? Son siempre — digo “siempre”, sin ninguna restricción — almas flexibles como la carne de un molusco, cazadores de puestos elevados, que ya deslizándose, ya arrastrándose pasan la vida, sin permitir que aparezca en ellos el más leve impulso de independencia viril, extirpando el último vestigio de nobleza y de dignidad, inclinándose ante todos los que están más altos, procurando serles agra-

---

(1) Max Nordau. — Las mentiras convencionales de nuestra civilización.

dables, é imitándoles de un modo servil, rendidos hasta un punto exagerado . . . . . Hombres formados de la buena y sólida materia humana, con resistente columna vertebral, y que no encuentran dicha ni tranquilidad si no tienen un carácter propio, nunca pueden resignarse á renegar de su signo distintivo, á ser siempre de la opinión de sus superiores, á ganar por medio de intrigas, adulaciones y súplicas el favor de los príncipes . . . . .” (1)

Esto es desconsolador; pero vamos á cambiar nosotros la naturaleza de las cosas?

Moncayo sirve lealmente á su partido: no ha perdido todavía, al través de los años y de las persecuciones, la noble tradición de Agosto, y ansía una República mejor, la soñada en sus entusiasmos de adolescente, otra libertad, otro liberalismo, otra democracia de los que usamos en esta tierra educada por frailes y comadronas. Llegará el día de la cabal realización de los no-

---

(1) Pág. 85 de la traducción española.



bles ideales; el día en que, dueños de la conciencia y el corazón del pueblo, edifiquemos una nueva patria, sin resabios de convento ni olores de cuartel?

La respuesta la dará el tiempo. Que no falte cordura en la hora presente á fin de no ahogar el porvenir con mano parricida. Esto es todo.



FELICÍSIMO LÓPEZ

**F**UÉ aquel un día de escándalo en los salones del Congreso.

Afuera se gritaba y pataleaba, se insultaba al clero y se decía atrocidades contra el partido liberal; adentro se consumaba una iniquidad sin nombre, creible tan sólo en una República como ésta, donde mandaban á la sazón los clérigos y la frailecía extranjera, en nombre y por autoridad del Sagrado Corazón de Jesús, y en un Senado como ése, compuesto en su mayoría de esbirros y de sacerdotes.

Presidía el Dr. Elías Laso, viejo garciano, ex-Ministro de D. Antonio Florés, que

enjuiciaba á los periódicos independientes para justificar su mogigatería política. Eran los días del Gobierno de *interim* del Sr. Cordero, y corría el año de 1894. Mes, el de Junio.

¿De qué se trataba? De nada: ¡una bicoca! De romper la Constitución de la República, expulsando de la Cámara á un Senador legalmente electo, ¡porque los Cánones prohibían alternar con un excomulgado!

Seamos justos. Si hubo felonía y hubo elocuencia en el ataque, faltó grandeza en la defensa. El Dr. Adolfo Páez no estuvo á la altura que la solemnidad de las circunstancias requería; y se perdió en las *banalidades* de una declamación insustancial y llena de los lugares comunes del *gacettillismo* liberal; el Dr. Constantino Fernández, — anciano de temple heroico, digno de mejores tiempos, y muerto, posteriormente, en defensa de la libertad y la honra ecuatorianas, — no era, por desgracia, un orador, ni siquiera un hombre de fácil palabra; y un desgraciado, conocido

por el nombre de David Rodas, y Senador por los Ríos, *haciendo*, en dos términos, *uso* de una burda y crasísima ignorancia, dió la nota cómica, que puso en ridículo al elemento liberal del Senado.

No se trataba allí de una cuestión de poco momento. Había dos importantísimos puntos de doctrina que esclarecer: el uno era simplemente constitucional, y podía reducirse á esta pregunta: El hecho de estar un ecuatoriano excomulgado, le priva de los derechos de ciudadanía? Y el otro era el siguiente: En la colisión de dos derechos, el uno político, eclesiástico el otro, y en tratándose de garantías individuales constantes en la Carta Fundamental, cuál prevalece?

La resolución era, no sólo fácil, sino por demás sencilla, en uno y otro caso, ya que las leyes escritas, las prescripciones del Derecho Internacional privado y la imprevisión del mismo Concordato, estaban dando la respuesta; pero la poca habilidad de los campeones del excomulgado, la audacia de los clérigos legisladores y la razón del nú-

mero, echaron patas arriba Constitución, leyes, derecho, dignidad republicana, honradez y seriedad parlamentaria, y el Senador por Esmeraldas, doctor D. Felicísimo López, fué expulsado del Congreso.

Se oyeron cosas memorables en esa alborotada sesión. Julio Matovelle, con la brillantez oratoria y el cinismo que por completo le caracterizan, echaba mentiras y exageraciones de dos en dos, sin que nadie le contradijese, insultaba desvergonzadamente al pueblo espectador, y el pueblo espectador le aplaudía; el obispo Miguel León era llamado al orden por el jesuita que presidía el debate, y el obispo Miguel León, sacudiendo con desprecio contra la mesa de la Secretaría un ejemplar del Código Político, injuriaba el pacto de unión y vínculo moral de los ecuatorianos, llamándolo "cuadernito insignificante, incapaz de contrarrestar la opinión y doctrinas de los Doctores y Santos Padres de la Iglesia católica."

Cada uno de esos clérigos, cada uno de esos esbirros, entre los que había dos viejos

Generales de la República, — cuchillos mellados de antiguas y desacreditadas tiranías, — se despachó á su gusto, y la República como institución sagrada, y la Ley como expresión de la voluntad soberana, fueron impunemente atropelladas, heridas y mancilladas.

A no dudarlo, fué el de ese día un acto decisivo del conservatismo ecuatoriano: rompió por todo respeto, y proclamó á la faz de América que en el Ecuador nada podían ni significaban la ley y el principio de nacionalidad y autonomía ante las disposiciones del derecho canónico y las encíclicas y breves del Romano Pontífice.

La prensa alzó el clamor con inusitada violencia contra atentado semejante; el escándalo repercutió en las naciones americanas; indignáronse los hombres libres del Continente; pero ¿qué se sacó de todo ello?

Los terroristas continuaron en la cumbre; Caamaño sacaba las castañas del fuego por mano ajena; Don Luis Cordero rodaba ya por la pendiente en el fondo de la

cual había de abismarse al fin, y el espíritu público dormía impotente.

A poco, el diapasón clerical subía de tono; el Obispo de Portoviejo pedía la represión y castigo de los diarios y periódicos liberales, en nombre "de la libertad de conciencia"; el Ministro Sarasti aceptaba los denuncios *pro religione*; el Ministro Herrera insultaba en notas descomedidas á los escritores que no habían sumergido en el puchero la propia dignidad; el Presidente de la República bajaba, enmascarado, á la liza periodística en las columnas de los diarios y periódicos oficiales y semi-oficiales, y no eran, por cierto, la prudencia y la templanza sus armas mejor afiladas; y los Tribunales de Justicia procedían contra nosotros.

¿Qué mucho que así sucediese cuando el Sr. Cordero había declarado paladinamente en su primer discurso presidencial que, en el conflicto entre la Iglesia y el Estado, antes se estaría por la Iglesia que por la nación cuyo Jefe constitucional era?

Epoca de irrisión y locuras, — durante la cual ni hubo plena independencia admi-



nistrativa en los encargados del ejercicio del poder político, ni seriedad, ni honradez, ni conocimiento del medio en que se vivía, — debía concluir como había comenzado: con un escándalo.

La farsa electoral de 1892 se da la mano con la farsa de la compra-venta del “Esmeralda” en 1894.

En medio está Caamaño.

Es decir, el crimen.

Mientras se tiraban los trastos á la cabeza en el recinto de la Cámara del Senado y en la *barra* vociferaba el pueblo, el hombre cuya elección semejante tempestad había desencadenado, aguardaba pálido, pero tranquilo en la Secretaría.

Uno de los sacerdotes más dignos de la clerecía ecuatoriana, el hoy obispo de Ibarra, que pertenecía también al Senado, se le había acercado pocas horas antes y díchole:

— Doctor López: no demos el escándalo de semejante discusión. Se puede arreglar todo satisfactoriamente. Firme usted una retractación de lo que hubiere motiva-

do la excomuni6n del Sr. Schumacher, y yo le respondo de que por cable le viene la absoluci6n pontificia.

— Se6or doctor Gonz6lez Su6rez: yo le agradezco mucho su intervenci6n; le aseguro que no tiene base alguna can6nica la excomuni6n del Sr. Schumacher; pero permítame que me niegue 6 suscribir la retractaci6n pedida; en primer lugar, porque, en Dios y en mi conciencia, no tengo nada de que retractarme, y en segundo lugar, porque una retractaci6n en semejantes circunstancias, sería en mí una insigne cobardía. Dirían que tengo mucha gana de ser Senador, y que por ello paso por todo.

— Hace usted bien. Pero entonces su causa está perdida.

— Que se pierda, en buena hora, con tal que la dignidad no me falte.

— Lo siento mucho.

— Mil gracias.

— Hasta luego.

— Hasta cuando usted guste.

Frustrada esta tentativa, no quedaba más remedio que correr la aventura de la discu-

sión; y, como hemos dicho, se perdió la causa. En cambio, la clerecía estaba al descubierto; y al descubierto la complicidad ó pecaminosa indiferencia de un Gobierno que tales cosas permitía en un Congreso compuesto casi todo él de hechuras suyas.

Y el excomulgado volvió á sus faenas periodísticas, como si tal cosa no hubiera pasado.

Es que no fué de los ilusos, en la gran causa empeñada, y en la cual su personalidad apenas era el pretexto para el choque de ideas y principios políticos y sociales. De antemano sabía que había de ser derrotado. Pero acudió á la cita.

Desde entonces se hizo popular el nombre de López en los círculos liberales, y cuando de algo doctrinario, decisivo, terminante, en ellos se iba á tratar, todos se acordaban del hombre pequeñito y patilludo, siempre benévolamente sonreído y siempre con gafas montadas encima de la nariz.

## II

Entre los propagandistas de la idea liberal del Ecuador, pocos tan activos y entusiastas como Felicísimo López. Lo que dice, lo que escribe, tiene tal acento de honradez y sinceridad, que si no logra llevar el convencimiento al ánimo del adversario, le inspira, á lo menos, aprecio hacia su persona. Pueden muy bien excomulgarle los señores obispos y presentarle como un monstruo de iniquidad y herejía á la consideración de las fanatizadas turbas; eso no impedirá que él sea un hombre honrado, sobre cuya vida pública resbala la calum-

nia secretada en púlpitos y presbiterios y contra cuya vida privada, como hombre, como esposo, como padre, como ciudadano particular, como empleado público, jamás se ha lanzado ni la sombra de una acusación, ni aun por sus más encarnizados enemigos. Sobrio como un cenobita, apegado á la vida del hogar, modesto, casi tímido, es uno de los pocos que para los que de cerca le conocen está rodeado de esa nube imperceptible llena, sin embargo, de poderosa electricidad, que se llama *simpatía*.

Nació en Quito en 1846.

Estudió latinidad con el conocido educacionista D. Buenaventura Proaño, que tan buenos recuerdos ha dejado en la generación que hoy, bajo el peso de medio siglo de existencia, va inclinándose al sepulcro.

× Diestro ya en el *quis vel quid* y "harto de Marco Tulio, Pauto y Terencio, Anquises y Medea," como dijo el poeta, comenzó con la lógica y la psicología de los escolásticos . . . . según los padres jesuitas.

× ¿Dónde sino en los colegios de los jesuitas podía aprenderse filosofía en aquellos benditos tiempos de la segunda patria boba?

Ellos han educado generaciones enteras, las han imbuído de sus máximas, las han adoctrinado en el servilismo, las han querido influidas del espíritu monárquico, y ha sido verdadero milagro que aquella educación no hubiese corrompido completamente á los ecuatorianos.

Santo Tomás y Belarmino han creado tiranicidas, Suárez y el Abulense han preparado radicales, Escobar ha echado de sí hombres despreocupados.

Lo que prueba que los métodos obstruccionistas no son sino los factores de reacciones tempestuosas, y que es en vano encerrar la conciencia dentro de los confesonarios, cuando afuera están gritando con voces descomunales la libertad, la civilización, la verdadera y única filosofía.

¿Qué aprendió López con los jesuitas? No podemos decirlo; pero si algo fué, no se aprovechó de ello como norma y regularizador de los actos de su vida; y lo olvidó bien pronto.

Así, después de haber obtenido los primeros premios en los exámenes de todo el

curso, le vemos, muchacho todavía, rechazando con firmeza las insinuaciones de sus maestros y superiores de Colegio, que le tendían los brazos, mostrándole las *Instituciones* famosas y el no menos famoso bonete de la Compañía, y un porvenir halagüeño de holganza dentro del claustro.

En esa época cayeron muchos en la engañosa red; pues, al parecer, los jesuitas hacían activa propaganda entre sus discípulos por atraer prosélitos á sus banderas.

Terminado el curso de humanidades y filosofía, López se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, y dedicóse en cuerpo y alma á tan noble estudio.

En el interior de la República sólo hay tres caminos que seguir en la lucha por la existencia para los muchachos pobres que se creen con vocación á las tareas intelectuales y no quieren sentarse en los bancos de un taller.

El primero conduce á un despeñadero, en cuyo fondo están la farsa y el celibato perpetuo, y se llama Teología; el segundo

da, como decía el Presidente Rocafuerte, una *patente de corso*, y es la Abogacía, y el último, y más difícil, lleva al *ejercicio* de una profesión por muy pocos ejercitable: la Medicina.

No hay más en qué escoger, aquí donde las escuelas de Ingeniería y los institutos científicos son cosas que sólo de oídas se conoce.

Como son muchos los que á médicos y á abogados se dedican — de los clérigos no hablamos, porque ese es un *ramo* aparte, una especie de *seguro contra hambres y necesidades*; — como no todos son igualmente honrados é inteligentes, se establece la competencia profesional, se abarata la oferta en relación de la escasés de la *demanda*, y la ciencia se prostituye, con perjuicio de los intereses particulares y sociales en el primer caso, con peligro de la vida del prójimo en el segundo.

El taller, abandonado á las últimas clases de la sociedad, oscurecido y despreciado, se prostituye también por otro orden, y la agricultura es una vieja rutinera, sin ciencia ni experiencia.



Tal es el estado social del Ecuador, donde las ambiciones audaces, convertidas en centros directivos de educación política, hallan fácil acomodo y vigoroso elemento de propaganda y triunfo en la ignorancia de los unos y la venal malicia de los otros.

En medio quedan los hombres de bien, los hombres honrados; pero en esta danza macabra ¿valen algo los hombres honrados? . . . . .

Naturalmente, hay de todo en esta atmósfera en que vivimos; pues ni todos han de ser pillos ni todos ignorantes; pero los que llamamos verdaderas ilustraciones en los diversos ramos del saber *ecuatoriano*, escasean mucho, y en adelante, si Dios no lo remedia, escasearán más todavía.

Cuál la razón de todo esto?

Que los horizontes son estrechos para el espíritu, que no hay un medio á propósito para que las vocaciones se desarrollen, y que, hasta hoy, la rutina ha sido para nosotros la única institutriz, en cuanto nos escapamos de las consagradas manos del clérigo.

Volvamos á López.

### III

Este recibió la investidura de doctor en Medicina á fines del año de 1872, y pocos meses después, en 1873, fuese á vivir en Jipijapa, pueblo afamado por su industria en la confección de sombreros de paja, y cabecera de uno de los cantones de la rica provincia de Manabí.

Podía en ese lugar hallar más vasto campo para el ejercicio de la profesión recién adquirida: así le habían aconsejado su pobreza y su propia inclinación.

Y no le aconsejaron mal. Para el talento y la honradez, el litoral ecuatoriano

es madre amorosa: díganlo cuantos interioranos que, con el caudal de sus conocimientos y sus aptitudes para el trabajo, han estado aquí poco menos que muriéndose de hambre, comiéndose los codos, como solemos decir, y en Guayaquil, en Manabí, en Machala, en Babahoyo, viven hoy holgadamente, atendidos y honorables, capitalistas algunos de ellos.

Fueron años de lucha, de rudas penalidades, pero triunfó al fin.

La Ciencia, ejercida con caridad y nobleza, le dió de comer, y con lo que sobraba de la comida — el ahorro decente y sabio, — emprendía en otra clase de especulaciones.

Casóse, y sin dejar de ser médico y de mantener para los pobres gratuitamente abiertas de par en par las puertas de su botica, metióse á comerciante, y comerciante en grande escala.

Relativamente, se entiende.

Y con esto se hizo rico.

Para el común de los mortales, aquí estaba concluída la faena.

Ser rico, ¿y qué?

Hay más que echarse á la bartola ó continuar á toda máquina por la senda conocida, amontonando miles sobre miles, para que, después, venga cualquier gandul de heredero y se lo coma todo?

Pero D. Felicísimo no había comenzado aún á sudar amargura, cuando creyó que, como vulgarmente se dice, "la cosa estaba hecha."

Habían pasado diez años desde que abandonara la casa de sus padres.

La política, para él casi desconocida.

Entregado al trabajo y al cuidado de su nueva familia, el trueno de las borrascas que conmovieron la Nación desde 1875, le había llegado á las montañas de Manabí como eco más ó menos lejano, pero incapaz de perturbar la pacífica serenidad de sus días. No había querido ningún cargo público, y, como una deferencia al país donde vivía, cuando más, aceptó en dos ó tres ocasiones el de Concejero Municipal.

Pero, he aquí que llega el mes de Marzo de 1882, y al General Veintemilla se le

ocurre hacerse nombrar Jefe Supremo de la República echando, así, por tierra, pacífica y desvergonzadamente, la Constitución del 78, obra de la revolución liberal que le había llevado al poder.

Todos recordarán el estupor de la Nación entera ante aquel atentado tan sin precedente como inmotivado.

Si se clamó alto y fuerte, no fué, en verdad, dentro de los confines de la patria, y las Municipalidades se fueron como manadas de borregos tras el Dictador atrevido, que, con tales elementos de representación popular, creía cosa fácil y hacedera llevar á cabo, sin necesidad de soltar un tiro, la *evolución pacífica* iniciada el 26 de Marzo.

Cuánto se engañaba!

López se encontraba entonces de concejero municipal en dicho cantón de Jipijapa.

La noticia de la gran traición de Veintemilla le saca de los quicios de su habitual moderación, y va al Concejo, y ante esa comparsa intimidada ó venal, lista á suscribir el *acta de pronunciamiento*, vacía toda la indignación de su alma, protesta hirvien-

do en santa cólera, y vuelve á su casa, sacudiéndose el polvo de las suelas de sus zapatos.

La hora se aproximaba.

Efectivamente, meses después, ya en plena revolución el Ecuador, acude nuestro amigo al llamamiento de la patria, conspira, propaga la resistencia, trabaja por la causa nacional, contribuye poderosamente á pronunciamientos populares en favor de Alfaro y D. Pedro Carbo, y, al fin, dejando comercio, boticas, almacenes, mujer é hijos, toma el estuche profesional debajo del brazo, y se marcha al campamento en calidad de cirujano de un batallón regenerador, y asiste al largo drama del derrocamiento de D. Ignacio de Veintemilla, Jefe Supremo de la República, y Capitán General de sus Ejércitos.

Una vez impelido á la lucha, habiendo saboreado ya el peligro y vivaqueado á cielo raso, difícil es no tomarle cariño á la política, cuando hay dos dedos de frente en la cabeza y un poco de sentimientos generosos en el corazón.

La política, tomada así, como la persecución de un ideal patriótico, de una esperanza de mejoramiento social, con un programa filosófico y humanitario, con fe y desinterés, afrontando todos sus riesgos, paladeando sus amarguras y desengaños, es útil, necesaria para la vida de las naciones y para probar el temple de alma de los ciudadanos.

López desoye la voz del interés personal, no se cura de las lágrimas y los halagos de los suyos, y se hace hombre político.

Pero también es verdad que lo que pasaba en la República era para sublevar el ánimo del más pacato. Veintemilla había caído, y sobre las ruinas de la Dictadura militar se levantaba la traición terrorista que le había llevado al solio presidencial al Sr. José María Plácido Caamaño . . . . .

Burlado el partido liberal; desatendida la opinión de las provincias costaneras; estéril el esfuerzo de Alfaro, de Carbo, de Semblantes, de Valverde; de nuevo los Salazares en la cumbre; de un salto habíamos retrogradado diez años en nuestra mar-

cha política, y hallábase otra vez el Ecuador á merced de los esbirros de García Moreno.

Galte y los Molinos; las barricadas de Quito y la afrenta de la intervención colombiana; la larga campaña de Alfaro en Esmeraldas y Manabí; el asalto á Guayaquil el 9 de Julio del 83, ¿qué significaban? Un río de sangre; un montón inmenso de cadáveres; lágrimas de fuego y sudores de angustia, aprovechados por cuatro pillos, y vuelta á comenzar.

Esto era demasiado: callar, una infamia; protestar, y esperar sentados el fin de los acontecimientos, indigno de hombres de pelo en pecho que estaban comprobando la traición y sufriendo las consecuencias del engaño.

Era forzosa la lucha, y se luchó.

Con poca ó ninguna ventura, es cierto, ¿pero desde cuándo es el éxito la santificación de la idea?

El partido liberal fué vencido una vez más.

Mas, para vencerlo, se necesitó una afanosa campaña de tres años, y levantar en



las plazas de las ciudades el cadalso político y pasear el terror del un confín al otro de la República.

Desde el principio se había comenzado la era de las persecuciones.

Al Sr. Caamaño le desagradaban los hombres hourados, porque en cada hombre hourado veía un revolucionario contumaz, é iba deshaciéndose de ellos de un modo ejecutivo y laudable. A unos les hacía pegar cuatro tiros, y buen viaje! A otros les hacía condenar á diez y seis años de presidio, y diviértanse ustedes! A éstos les confinaba á Gualaquiza, y á los de más allá les obligaba irse con la música á otra parte, á las riberas del Perú ó allende la frontera del Carchi.

¿Por qué no había de proceder de este modo el Sr. Caamaño, si tenía en su favor y apoyo el sufragio de las bayonetas del ejército mandado por el traidor Sarasti y por su heroico hermano político el ínclito General D. Reynaldo Flores?

López fué uno de los que tomaron el portante muy al principio, en los primeros

meses de 1885, comenzada ya la revolución liberal con la memorable derrota de Jaramijó, en la cual, si faltó ventura, sobró heroísmo en los que venían á nombre de la Justicia y de la Libertad.

López fugó al Perú, á tiempo.

Diez meses más, y hubiera sido fusilado.

Esa fuga consumó su ruina.

Liquidó su fortuna, arregló sus negocios y pagó á sus acreedores antes de emprenderla, y como la revolución no había terminado con la derrota del General Alfaro, y antes bien continuaba poderosa en las montañas de Manabí, Esmeraldas, Guayas y Los Ríos, llevó al Caudillo, que residía en Lima, un espléndido donativo para ayuda de costa en los gastos de la guerra.

Necesario es añadir que la cantidad ofrecida y aceptada no había salido de la caja de López únicamente, sino también de las de otros generosos copartidarios.

La capital del Perú era, por ese tiempo, el lugar de cita de los emigrados ecuatoria-

nos. Una multitud de jóvenes — que más tarde ha prestado buenos servicios á la causa liberal en la prensa, en el parlamento, en los campos de batalla, — rodeaba al General Alfaro, y le ayudaba como podía, desterrada ella misma, á llevar con paciencia y serenidad las amarguras y el tedio de un destierro prolongado y con pocas esperanzas.

Si en el Ecuador la situación de los Triviños y Cerezos, de los Lunas y otros varios guerrilleros infatigables era tirante, no la pasaban mejor en Lima los emigrados, viéndose obligado cada cual á capear la suerte como Dios le daba á entender.

En país extraño, vigilados por la policía de Caamaño, sin recursos de ninguna clase, presto comenzó para ellos la lucha desesperada é inevitable, y ventura fué que en medio del hambre, la desnudez, privaciones de todo género, ninguno se acanallara ni perdiese la fe en el porvenir.

Ni aun después del golpe terrible del fusilamiento del infortunado Vargas Torres.

Queriendo, en lo posible, remediar ajenas desventuras con sus ya escasos recursos,

pronto se vió López envuelto en la indigencia común.

Pero su tormento era mayor, porque no podía olvidar á su familia.

Si en el Perú apenas tenía con que subvenir á las más apremiantes necesidades, los suyos no estaban con mayor desahogo en el Ecuador: un incendio había devorado lo poco que quedara en pie, y la miseria más absoluta se acercaba lívida é implacable . . . . . Fueron momentos de desesperación para el hombre justo y para el expatriado. El varón justo y tenaz en sus propósitos del viejo Horacio, arrostra impertérrito la vocería del pueblo y la faz de los tiranos; pero, ¿podría, asimismo, arrostrar el hambre de los suyos, el clamor de sus hijos escuálidos y desnudos que piden pan y abrigo, la mirada llena de dolor de la esposa desolada que desde el fondo oscuro de un hogar sin lumbre ni amparo vuelve hacia él, desesperada y suplicante?

El esfuerzo heroico que se necesitaría para resistir todo esto, no sería ni simpático ni humano. El hombre, si quiere, tiene

x el derecho de suicidarse; el esposo, el padre, ¿lo tendrá igualmente el de *suicidar* á su mujer é hijos?

López volvió.

Pero ya no dominaba Caamaño.

Era en los últimos meses de 1888.

Tres años había durado su ausencia, pero ellos habían sido suficientes para deshacer la obra de diez.

Se veía en la miseria, peor, mucho peor que cuando en 1873 saludó esperanzado, joven entusiasta, las selvas de Manabí. Entonces, luchó y triunfó. Ahora, todavía le acompañaba el antiguo valor para la lucha; pero le hacían falta dos grandes elementos de victoria: la fe en el resultado final y la juventud. Ah, la juventud! Sólo se piensa en ella y se la llora, cuando ya ha huído de nosotros para siempre.



#### IV

Se estableció en Chone, y apeló, para vivir, al ejercicio de su profesión de médico, con la cual tan bien le había ido en la época anterior.

Pero era ya tarde.

Las circunstancias habían variado en Manabí inmensamente.

Habíase apoderado de esa provincia infeliz una horda hambreada de clérigos y frailes extranjeros—alemanes casi todos,— que pugnaba por fanatizarla, empresa fácil en tierra como la nuestra. Al frente de esa horda estaba un Pedro Schumacher,

hecho obispo de Portoviejo por obra y gracia del Sr. Caamaño.

Esta clerigalla, ignorante, corrompida y bebedora, le declaró guerra á muerte á nuestro biografiado, desde que éste volvió á Manabí.

Para élla la campaña era muy fácil: desde lo alto de los púlpitos, desde el fondo de los confesonarios declamaba contra el impío y el hereje, conminaba con las penas eternas del infierno, — lugar de exclusiva administración de la curia romana en provecho de los fieles cristianos, — á los que ocupasen al médico; y á enfermo que López curase le negaba el fuego y el agua, y si la enfermedad vencía, negábale también los últimos auxilios religiosos.

Caso nunca oído: un médico sin clientes por culpa de la Santa Iglesia, madre amorosísima que da á los suyos por consuelo, después de una vida aperreada, las benditas llamas del purgatorio . . . . .

Para formarse una idea del hombre con quien las iba á emprender el Dr. López, bueno será describir en dos palabras al Sr. Schumacher.

Este señor, de nacionalidad alemana, fué uno de los clérigos importados por García Moreno, en su afán de *reformatar* las costumbres del clero nacional y darnos luz de saber . . . . .

Vino á Quito y fundó el Colegio Seminario.

Mimado, adulado, gordo y bien pagado, no supo, sin embargo, con una conducta juiciosa, corresponder á los favores que debía á los ecuatorianos; y algunos años más tarde le vemos mezclado en los asuntos del Vicario Andrade, cuando éste tuvo la ocurrencia de excomulgar á Veintemilla y poner en entredicho la ciudad de Quito.

Caamaño le hizo obispo: todo lo malo y vergonzoso, por fuerza nos ha de venir de este hombre fatal.

Ya mitrado, dióse el tal á reñir con la autoridad civil y con sus propios diocesa-



nos, llevando el eco de sus escandalosas luchas hasta las alturas del Poder.

Irascible, neurótico, intemperante en eso del beber, de una crasa ignorancia, cada uno de sus actos era como de loco ó de beodo. Quería en su diócesis ser no sólo el jefe espiritual, sino también el mandarín político y el patriarca, esto es, el jefe de la familia; y así se entrometía en la vida privada del prójimo, como alzaba la voz contra el liberalismo de una provincia tan libérrima como Manabí.

Desentendiéndose del clero nacional que, mal ó bien, desempeñaba su ministerio en esa tierra, trajo labradores alemanes, gente ociosa y baldía, á los cuales en un periquete hacía cantar misa, y les imbuía su fanatismo inaudito, feroz.

Llevaba más adelante la propaganda: fundaba periódicos, que eran un desahogadero infecto, en el que rodaban, con sus nombres y apellidos, hombres de bien, familias honorables, que no eran del gusto de aquel loco desatado; sostenía polémicas con Ramón Vereá, el escritor ateo de "El

Progreso" de Nueva York, muerto últimamente en la Argentina, en las que siempre era llevado de calles; y no vivía sino con la palabra *masones* en la punta de la lengua y en la punta de la pluma.

Celo tan desmesurado, tan inconsulto, tan contraproducente é inusitado, dió algo que sospechar de quien lo ejercía, y luego luego averiguóse que el tal Schumacher era ni más ni menos que un masón luterano convertido al catolicismo, una especie de Leo Taxil de caricatura.

Las polvaredas que nuestro hombre levantaba con ridículos pretextos, la facilidad asombrosa que tenía para mentir y calumniar en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, su falta de sindéresis, su ninguna caridad, su empeño loco de aparecer en primera línea entre los defensores de la Iglesia, sus denuncios de tentativas de asesinato contra su consagrada persona, su miedo cerval á los masones, son cosas que requirirían muchas páginas para ser rememoradas. Ya en otro lugar lo hicimos, con motivo de un folleto que publicó, como todos los suyos, torpe, disparatado y calumniante.

Rasgo final. A todo el Ecuador le consta la conducta de ese mal clérigo y peor obispo cuando el levantamiento nacional contra los alquiladores de la bandera, y todos recuerdan el incendio de Calceta. . . .

Este era el hombre que, desde el primer momento se declaró enemigo de López. ¿Por qué? Difícil es decirlo, porque nunca se supo á ciencia cierta los motivos de tal inquina. López aun no se había metido á propagandista, aun no había escrito cosa digna de llamar la atención del clero. ¿Porque se levantó contra Veintemilla? Pero el mismo Obispo había hecho, años antes, que le excomulgasen á Veintemilla; y contra el Mudo estuvieron el católico Salazar, Lizarzaburu el hombre de Dios, Caa-maño el santo, y otros varones igualmente sagrados. Porque había ayudado á Alfaro? Porque había vivido con éste en Lima? Pero, ¿era eso un crimen?

Mortificado con ataques tan continuos que no sólo ofendían su amor propio y rasguñaban su dignidad, sino que le iban matando de hambre, por lo mismo que le dejaban sin clientela, López se enfrentó con ese poseso y le soltó la primera andanada. Decir si dió en el blanco, si hirió profundamente el orgullo del mitrado, sería cosa excusada. Basta saber que fué una excomunión, lanzada á tontas y locas, la respuesta de ese malvado.

Habíasele en su escrito deslizado á López estas dos palabritas: la *secta católica*, y esto fué suficiente pretexto para remover el avispero.

Ya ven ustedes que no era el monte pariendo un ratón, sino todo lo contrario, el ratón pariendo un monte . . . . .

En el Ecuador hemos tenido siempre un graciosísimo modo de ejercer los derechos políticos y constitucionales: bajo la vigilancia y tutela de la Iglesia, es decir de la clerecía vendida al Poder ó las banderías ambiciosas.

Libertad de sufragio, pero no para elegir impíos opositoristas ó masones encaramados en la altura.

Libertad de asociación, pero no para tratar de cosas condenadas en el Syllabus.

Libertad de tribuna, pero no para hacer daño al dogma y á la disciplina, al sentimiento católico ó á los intereses del sacerdocio.

Libertad de imprenta, pero no para salirse de la raya tirada por las conveniencias políticas del círculo dominante ni del cartabón eclesiástico.

Lo que no esté ajustado á regla, lo que no sea católico, apostólico, romano, sacristanesco y, sobre todo, gobiernista, es licencia, libertinaje desenfrenado, corrupción impía.

Y sobre los anatemas de la autoridad eclesiástica han de venir las acusaciones del agente fiscal; después de que para el libertino se cierran las puertas del templo, se le han de abrir las de la cárcel.

De este modo, las garantías constitucionales han sido una farsa: que sobre la

Constitución ha estado la voluntad del clero y un extraño documento, carta de esclavitud de la conciencia ecuatoriana, llamado Concordato.

Así, López, después de excomulgado, fué acusado criminalmente y llevado ante los tribunales de justicia, por aquello de la *secta católica*.

Tras cuernos, palos.

Eran los días libérrimos de Don Antonio Flores.

El motivo de la excomuni6n era ridículo, — á pesar de todas las declamaciones y ponderaciones del Obispo, — y ridículo fué el juicio criminal.

Muy pronto se sobreseyó en él.

Verdad, que el abogado de López era un hombre inteligente y convencido, el Dr. Emilio Arévalo.



## V

Lanzado, de esta manera, en la polémica anticlerical, ya no era posible tener consideraciones de ninguna clase para los que le ultrajaban y desacreditaban, y allá fueron artículos y folletos do quisieron necios provocadores.

Si cada uno de los capítulos en que dividimos este escrito llevara un título, éste se llamaría: *De cómo los clérigos hicieron de un médico un librepensador.*

El obispo Schumacher, el clérigo Nobis, los periódicos conservadores contestaban, claro está, pero no podían con él, porque

les metía textos evangélicos por las narices que era un primor.

Los autores de Patología y Terapéutica se empolvaban, el Recipendario estaba en vergonzoso olvido, por ahí en un rincón del bufete, mas el Evangelio, los comentadores católicos de la Biblia, los modernos autores eclesiásticos de nombradía eran continuamente consultados, para herir á la clerecía en su mismo terreno y con sus propias armas.

Lo gracioso de esta lucha de uno contra ciento es que todo lo que se escribía y contestaba tenía un saborcito de homilía que era para divertir al hereje más empecatado.

Los textos sagrados, las palabras de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, las opiniones de Dupanloup, Desorges, Didon, Freppel, etc., etc., eran los balazos que mutuamente se disparaban á la cabeza López y sus contendores: cada cual llamaba impío y antievangélico al otro, cada cual apelaba á Dios y su corte celestial, y en este enredo eclesiástico, poseedores todos de la verdad, *la capa no parecía*.



El método era fácil, el método de todos los polemistas liberales cuando se meten en cosas de iglesia: sentar un precedente indiscutible, una base de doctrina entresacada de la Biblia, y ajustar á esa doctrina la conducta de los sacerdotes: hallándola ajena á las prescripciones de la ley, *anathema sit!*

#### Cuestión de excomuniones.

Ya López nada tenía que perder, puesto que le habían expulsado del seno de la Iglesia; pero los clérigos sí tenían que perder el crédito, que los vuelve seres superiores en la consideración del común de las gentes, el prestigio que los hace invulnerables, la buena fama que les comunica respeto.

Una vez desportillado el muro, por ahí habían de entrar todos, hacha en mano, para derribar lo que encontraren; desvestido el ídolo de su esplendor sagrado, puesto en evidencia con todos sus costurones y llagas asquerosas, los fieles se le habían de reír en las barbas, como al leño de la fábula se le fueron encima y se ensuciaron sobre él las ranas dementadas que pedían un rey . . . . .

En este sentido, nuestro D. Felicísimo hizo mucho, y logró quitarle la máscara al obispo de Manabí y á su clero diocesano.

Pero ¿quién le hacía caso?

Los gobernantes de entonces confesaban y comulgaban.

Lo que no atajaba el raudal de las pille-rías.

Y el clero, porque le convenía, permanecía bien arrimadito á su sombra.

Total: gasto de paciencia y saliva; triunfos morales que no tenían ningún resultado práctico para la soñada obra de la reforma social.

Es que la reforma social, aunque preparada por los hombres de pluma, no se hace con tinta de imprenta, — se hace con sangre.

Esta larga lucha con el clero manabita no terminó con la ausencia de López.

Después del triunfo del partido liberal, disparó nuestro amigo el último cañonazo, replicando á ese pecador de Schumacher que había escrito el folleto á que arriba hicimos referencia.

Llamado por sus amigos, abandonó López en 1892 la provincia de Manabí y trasladóse á vivir en Guayaquil.

Allí le conocimos.

Algunos meses después, D. Belisario V. Torres, editor y propietario del difunto *Diario de Avisos*, en el que habían escrito las mejores y más autorizadas plumas liberales, le confió la dirección de ese periódico.

En el *Diario* continuó López su labor: allí se las tenía tiesas con *La Libertad Cristiana* de Quito, *El Monitor Popular* de Guayaquil, *El Hogar Cristiano* de Portoviejo, y otras publicaciones periódicas costeadas por las curias eclesiásticas y escritas por sacerdotes.

A pesar de prohibiciones y de enjuiciamientos criminales, aquella fué una época de activa propaganda, una vez pasados los ardores patrióticos que por poco nos llevan á una guerra disparatada y sin motivo con la vecina República del Perú, (1894).

Se batía duro sobre el yunque. El *Diario de Avisos*, en el que trabajaban López, Roberto Andrade, Abelardo Moncayo,

Juan B. Vela (*Silvio*), el anciano José Moreira (*Masón*), José Peralta (*Junius*), Eleodoro Avilés (*Trajano*) mantenía en alto la bandera; en *El Tiempo* estaban José de Lapierre, Miguel Angel Carbo, Serafín Wither y otros varios; y, finalmente, *El Iris*, redactado por D. Manuel Martínez Barreiro, traía cada artículo anticlerical que era para matar de fiebre á las Curias del Ecuador.

Campaña activa, en la que aun periódicos netamente gobiernistas como *Los Andes*, *La Nación* y *El Globo* tomaban parte; porque cualquiera que sean los compromisos de círculo y la opinión política, el medio se impone, y la prensa de Guayaquil es siempre liberal en su gran mayoría; y es sabido que en el Ecuador no se puede ser liberal sin emprenderla con los clérigos. (1)

(1) Ultimamente "El Grito del Pueblo", diario fundado por Lapierre y Coral, llamado á sostener las opiniones de un círculo radical presidido en 1895 por el mismo Dr. López, ha olvidado la tradición de la mayoría de la prensa guayaquileña, y abierto campaña contra el *Patronato Eclesiástico*, *suprema ratio* del liberalismo en el actual momento histórico. Pero, ese diario, hoy en manos de extranjeros y escrito-

En los órganos más avanzados del liberalismo combatiente, *El Tiempo*, el *Diario de Avisos* y *El Iris*, la lucha entablada contra los curas tenía su *arriere pensée*.

No se trataba tan sólo de una cuestión de doctrina y moral, sino que en el fondo palpitaba un pensamiento político.

Los golpes dados al clero herían también al Gobierno y á las instituciones que informaban el régimen social y administrativo.

El Gobierno así lo comprendía, y poníase en guardia y atacaba, á su vez, á los escritores, sabiendo muy bien que al defender á los obispos, se defendía á sí mismo.

La razón es muy sencilla.

El pretexto religioso explotado por los obispos era el apoyo mayor de ese Gobierno, como lo había sido de los anteriores; era el *palladium* del partido conservador, adueñado del poder.

---

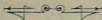
res de la hampa, mira, ante todo el negocio, desatendiendo la idea y la propaganda doctrinaria. Perdónesenos la exposición de una verdad palmaria; pero es "El Grito del Pueblo" el que ha acanallado el periodismo ecuatoriano, convirtiendo la opinión periodística en un tráfico indecente.

Echar por tierra ese pretexto, equivalía á dejar la Administración conservadora sin base segura, desacreditada como se hallaba por su debilidad y por la influencia decisiva que en ella tenía el Gobernador de Guayaquil, D. José María P. Caamaño . . . . .

Que quede constancia de un hecho que le honra al Presidente Cordero: talvez nunca se ha gozado en el Ecuador de más completa libertad de imprenta. Al Presidente se le decía el sueño y la soltura con tranquila impunidad, y escritores hubo que hasta huronearon en el terreno vedado del hogar doméstico sin que por eso las autoridades les persiguiesen ni mortificasen. Nadie como el Dr. Cordero supo llevar tan adelante la paciencia estoica ante el adversario. Contestaba, sí; hacía contestar con los suyos — nunca faltan plumas á los Gobiernos; — volvía golpe por golpe; pero no fué más allá; si luego, desterró, confinó, persiguió á periodistas, tipógrafos, editores, correctores de pruebas, mató diarios y cerró imprentas es porque el país estaba en revolución. Antes no. Nuestra actitud

en 1894 fué respetada, aunque algo tuvo que hacer el Agente Fiscal de Guayaquil.

Esa actitud, en 1865 nos hubiera llevado al patíbulo; en 1882 habría sido castigada con el látigo innoble; en 1886, con el destierro, en 1890, con la cárcel. García Moreno, Veintemilla, Caamaño y Flores se distinguían en eso: en los medios de represión que usaban: sangre, infamia, destierro, ó Juez de Letras y cárcel . . . . .  
¿No definen á los hombres?



## VI

En medio de todo esto, y merced á todo esto, López fué elegido Senador por la provincia de Esmeraldas. La provincia de Esmeraldas se ha distinguido siempre en eso de elegir sus representantes: D. Juan Montalvo, D. Pedro Moncayo, D. Miguel Valverde, D. Roberto Andrade y otros así: tales han sido los suyos.

Para el Congreso de 1894 se fijó principalmente en dos: en Felicísimo López y en Aparicio Ortega; y se salió con la suya, á pesar de la acción oficial que libró ruda batalla eleccionaria en la que hasta se derramó sangre.



López fué, pues, Senador.

Pero no pudo asistir al Congreso, y ya hemos dicho por qué.

La expulsión fué provechosa para López: en ese sacratísimo Concilio de padres terroristas, conocido con el nombre de Senado de 1894, ¿qué hubiera podido hacer? Tímido, de no muy brillante palabra, aislado en medio de la comparsa, su persona habría pasado poco menos que desapercibida. La expulsión, y expulsión por excomulgado, le rodeó de una aureola, é hízole autoridad con voz y voto en los círculos liberales.

Entre tanto, su situación era cada día más desesperada.

Jefe de una larga familia, sin más medio de subsistencia que el pequeño sueldo que le daba D. Belisario Torres, médico sin clientela, casi desconocido en la sociedad de Guayaquil, iba ahogándose en esa agua mansa que se llama indigencia.

Unido íntimamente á él en esos días de angustia y de pobreza, amarrado al mismo remo, en el mismo banco, fuí testigo pre-

sencial de las luchas desesperadas de aquel hombre tan honrado como digno de mejor suerte. Nunca le oí — puedo jurarlo, — exhalar la queja más leve contra su amarga situación, hacer la alusión más pequeña acerca de ella. Si tragó hiel y vinagre, los tragó con nobleza, sin acanallar su miseria ni pedir prestado.

¡Qué días aquellos, qué horas de ansiedad y despecho! Pero la relación de ellas, no nos incumbe: la pobreza cuando es digna, suele tener un pudor sagrado: sacarla á luz para conmover el ánimo por medio de la conmiseración, equivale á violarla. Basta saber que López aguantó la borrasca á palo seco y no se prostituyó prestando fácil oído á tentaciones infames que rugían en torno suyo.



## VII

Padre de familia como pocos, él es el maestro de escuela de sus hijos, su único guía y consejero; y no obstante todas las declamaciones de devotos y los roñosos prejuicios que han formado una como espesa y repugnante costra en la conciencia de la sociedad, ha demostrado prácticamente que puede educarse una familia digna, virtuosa, honradísima, sin recurrir á añagazas eclesiásticas ni darla por texto de lectura el catecismo de la doctrina cristiana por el Sr. Terhou, el Sr. Pauget, el Sr. Gaume ni ningún otro señor, mucho menos el Sr. Ma-

zo. López, como D. Abelardo Moncayo, no ha necesitado de maestros de escuela para educar á sus hijos: los ha educado él mismo, dedicando á esa labor una constancia y una paciencia ejemplarísimas.

Amante de su familia, como el que más, no ha dudado en sacrificarla cuantas veces lo han estado exigiendo las desgracias de la patria y las conveniencias de la idea liberal. Primero, como hemos visto, la sumergió en la horfandad y la miseria, luego la enlutó.

Estenio era un inteligente muchacho de diez y siete años.

Su padre le dijo un día:

— Hijo mío, de nuevo amenazan á la República las siete plagas de la dominación terrorista. Vé, y combate por la felicidad de tu patria, y si una bala traidora te encuentra en el campo de batalla, muere.

Y Estenio fué á Cuenca en 1896, combatió . . . . y murió.

Golpe terrible para el padre, á quien la fortuna quería probar una vez más.

No desmayó, sin embargo, ni se entregó á la desesperación de los dolores supremos.

Lacerado el corazón, bebiéndose las lágrimas que le escaldaban las mejillas, pero sereno y resignado, salvó en tres días el páramo de Dalán, en malas cabalgaduras, casi á pie, y acudió donde la voz de la naturaleza le llamaba.

Estenio yacía en el Hospital de Cuenca, y tuvo el consuelo de morir en los brazos de su padre, quien había, pocos días antes, asistido á la operación dolorosísima de la amputación de una pierna del más querido de sus hijos.

Para concluir, podemos, pues, decir que López ha ofrendado á su patria y al partido liberal, treinta años, — toda una vida, — de incesante trabajo, una fortuna penosa y honradamente adquirida, la tranquilidad de la propia existencia y la sangre de sus hijos. ¿Se puede exigir más?

Tal es el hombre modesto y convencido cuya semblanza hemos procurado hacer á grandes rasgos. Otros serán tan honrados y dignos como él, otros tendrán más fuerza de inteligencia y más vigor de espíritu; pero ninguno más simpático.

JOSÉ PERALTA

## I



RA á principios de 1888.

¿Podía decirse que, entonces, respirábamos auras de libertad?

Vencida la revolución en sus últimos atrincheramientos; sacrificados cobardemente en el cadalso político los mejores y más convencidos de sus adeptos; en el destierro, pobres y desesperanzados sus caudillos, un silencio de muerte reinaba en la República, triunfaba el miedo, y el servilismo iba abriéndose campo. Caamaño era el ídolo y el verdugo juntamente, y detrás de él se agazapaban en confusión hedionda

los viejos traidores á la patria y la clerigalla interesada en la degradación moral y material de la nación ecuatoriana.

En todo ese ámbito negro no había una voz digna é independiente que volviese por los fueros de la justicia y de la dignidad humana. Toda tentativa de nobleza y moralidad había sido acallada con mano férrea; los congresos eran reuniones de lacayos; la prensa, una sentina en alquiler. Habíamos, pues, llegado al fondo, al albañal. Y con pocas esperanzas; pues si bien estaba próxima la hora en que Caamaño había de bajar del solio, era aquel un flaco consuelo, ya que no sabíamos, — á pesar de las viejas protestas de 1875, — qué clase de hombre era D. Antonio Flores, Presidente electo por la influencia oficial y el voto de los cuarteles, en medio de la indiferencia popular más palmaria.

En tales días, por consiguiente, cualquier alarde de liberalismo ó de firmeza de carácter era bien arriesgado, y la propaganda opositora, una locura.

Sin embargo, aun en las épocas más oscuras y de general abatimiento no todos son



canallas; y si el fuego sagrado no se inflama y resplandece y devora, consérvase latente en el corazón de la juventud. Yo tenía diez y nueve años, y hacía versos á la patria con la adorable candidez de la infancia literaria; y aunque educándome con clérigos, que basta decir eran de Cuenca para saber que representaban la quinta esencia del fanatismo y la intolerancia religiosa, algo se me alcanzaba de lo vergonzoso de una república donde sólo hablaban en nombre del pueblo soberano y de los intereses nacionales plumas vendidas al que, en las crónicas de la tiranía en el Ecuador, desempeñará el honroso papel de un verdugo disfrazado de polichinela.

Con esta idea en la cabeza y con la audacia propia de la juventud, formé el propósito de fundar un periódico anticlerical y de oposición. Razones no faltaban; buena voluntad, tampoco; ¿pero los medios? En este conflicto acordéme de que los representantes del liberalismo combatiente en el Azuay eran los doctores José Peralta y Gabriel A. Ullauri, y me fuí á ellos.

— Señores, — les dije — deseo fundar un periódico liberal. Con franqueza: ¿quieren ayudarme en él? quieren costérmelo?

Y así nació "La Libertad", único grito de protesta en esos días tétricos, que extremó la recriminación y el apóstrofe, y, á falta de otra cosa mejor y más seria, ahogado en el presidio el clamor varonil de "El Combate" de J. B. Vela, se erigió por sí y ante sí en vocero de la oposición liberal.

Pudo la fiesta costarme cara. Un idiota, de esos á quienes los pillos emplean, para manequies de sus iniquidades, desempeñaba accidentalmente el cargo de gobernador de la provincia. El tal ordenó mi prisión, y conducido á su presencia, se entabló entre los dos el donoso diálogo siguiente:

— Es usted Fulano de Tal?

— Sí, señor.

— ¿Ha escrito usted esto? (*Mostrándome un ejemplar del primer número de "La Libertad"*).

— Sí, señor.

— ¿Y tiene usted boleta de asistencia á las Guardias Nacionales?

— ¡Yo!

— Sí, usted. ¿Acaso goza de exención ó está excepcionado por la ley para que se admire de mi pregunta?

— No me admiro de nada; pero como soy estudiante . . . . .

— Los estudiantes no están exceptuados. Además, usted ya no es estudiante.

— ¿Por qué?

— Porque acaba de ser expulsado esta mañana misma, de la Universidad.

— Puedo saber la causa?

— Por inmoral.

— ¡Por inmoral! Y qué inmoralidad he hecho?

— Ha insultado usted en este papel (*el periódico*) al poder Ejecutivo, al poder Legislativo, á las autoridades de la Provincia . . . . .

— ¡Pues no lo sabía!

— . . . . . Y como no tiene papeleta de miliciano, va á ser usted juzgado por un Consejo de Disciplina. — Ea, señores, (*volviéndose á unos cuantos de uniforme y charote*) procedamos.

El aprieto era grande, pues no se me ocultaba que lo que querían no era tanto

hacerme cargar el chopo, como vejarme de manera irremediable una vez puertas adentro del cuartel.

Felizmente, entre los *jueces* había un hombre honrado, y merced á su enérgica actitud no me atropellaron. ¡Bien caro pagó D. Mariano Vidal este su enorme pecado, años después, y el de haber salvado su voto en el Consejo de Guerra inícuo que sentenció á muerte á Vargas Torres!

Ya una por una en la calle, buen cuidado tuve de desaparecer de la vista de aquellos hombres dignísimos, que, arrepentidos luego de la tontería que hicieron al soltarme, me buscaron por todas partes, y no, ciertamente, para darme una corona.

Y "La Libertad" continuó publicándose. Dos cajas de tipos y una prensa de madera de nuestra propia invención y factura, fácilmente *trasladables* de aquí para allá, envueltas en esteras y colchones, según los apuros del caso, constituían todo nuestro arsenal. Pero, á Dios gracias, el valor y la constancia eran inquebrantables.

Entonces fué cuando, real y verdaderamente, comenzó el Dr. Peralta su propaganda radical. Antes no había hecho uso sino del foete contra tiranillos de provincia y sultanes de banda presidencial: faltábale esgrimir la lanza de Aquiles, aquella que cura las heridas y es irresistible en el campo de batalla. Ya le habíamos conocido de espigador en el barbecho literario, escribiendo dramas y novelas sentimentales á la buena de Dios, según las reglas sacratísimas de los Horacios y Hermosillas del Colegio Seminario de Cuenca, y, por lo mismo, nos sorprendió con su *segunda manera*.

Escribía en "La Libertad" con el seudónimo de *Ajax*; y era el jefe y el maestro, por el prestigio de anteriores luchas políticas, como por haber sido, en más de una ocasión, víctima propiciatoria de los *pecados* del radicalismo cuencano. Durante la administración de Caamaño fué varias veces perseguido, encarcelado y confinado, y pocos meses antes de fundarse "La Libertad", en la Nochebuena de 1887, su casa había sido asaltada á balazos, de orden del

mismo Sr. Gobernador de marras, y él y sus amigos conducidos al cuartel, después de haber sido arrancados á viva fuerza de brazos de sus esposas, reunidas en el inocente jolgorio de la fiesta anual. Y todo, por *meras sospechas*. Y al día siguiente, afuera, camino del confinamiento! . . . . . — Así se procedía en esos buenos tiempos, cuyo recuerdo aun enternece á los que medraron con el escándalo y engordaron con el abuso.

Cada artículo de Peralta producía el efecto de un cañonazo. Desentendiéndose de la polémica política que no era sino una eterna petición de principio sobre los mismos hechos, entróse de lleno en la crítica social y tiró por la senda de la propaganda doctrinaria.

Entonces sí que se levantaron contra él moros y cristianos en la ciudad conventual de Cuenca. Allí donde sólo se había escuchado el pastoril caramillo de los enamorados de la Virgen y la flauta doliente de la cursilería poética — digo, salvo rarísima excepción; — allí donde los ingenios hueros

se divertían en ejercicios de pedantesca literatura, sazonados, cuando más, con uno que otro arañazo á la honra y vida del prójimo, ¿cómo se hubiera tolerado en silencio una voz irreverente que se burlaba de las beatas, que decía picardías de los conservadores y les volvía á los prelados y sacristanes mejorados en tercio y quinto sus anatemas y aspavientos? La polvareda fué grande, y los ecos de la acalorada discusión cundieron de un extremo á otro de la República.

Desde ese momento no podía haber para el combatiente vacilación alguna; y la misma fuerza inicial debía llevarle á conclusiones más avanzadas y terminantes, que, consultando el medio social en que escribía, no pudo enunciar desde el principio.

“La Libertad” fué prohibida por los obispos.

En cambio, D. Antonio Flores, que comenzó su gobierno con bastante sagacidad, llamó á su lado al escritor revolucionario é irreverente.

Y dióse principio á una nueva campaña, más amarga y ardiente que la primera, llena de contestaciones históricas y teológicas, que fué un continuado toque de rebato en la pacífica ciudad de Quito. Los periódicos se multiplicaban en ambos bandos — el liberal y el ultramontano; — y los guerrilleros del conservatismo exaltado, peones de segunda fila en esos reencuentros algo más amargos que caballerescos, apelaron á la sátira anónima y procaz para hacer callar á Peralta, Cárdenas, Albán, Ullaauri, Vela, Borja, Peñaherrera y otros. Podría yo sacar á plaza los nombres de algunos de esos canallas que medran ahora á la sombra del radicalismo y que, entonces, eran más católicos que el Papa, — según una expresión de D. Antonio Flores; — mas ¿para qué? Nadie ignora esos nombrós, y no por mi delación ha de ser remediado el daño . . . . .

Por asuntos de familia, Peralta abandonó el puesto; dejó en manos poco hábiles su “Constitucional”, y se marchó á Cuenca. Hizo bien; seis meses más tarde hubiera



sido enjuiciado criminalmente de orden de Flores, que ya andaba al alcance del conservatismo, especie de *piscina* para la santificación y remedio de todos los leprosos políticos . . . . . En Cuenca le esperábamos á *Ajax* como quien dice con la mesa puesta; y “La Epoca”, “La Linterna”, “La Razón”, “La Verdad”, “El Optorama” fueron nuevo campo de batalla.



## II

Por honra de dos hombres tan conocidos en América como los Dres. Antonio Flores y Antonio Borrero, no quisiera yo recordar aquí los acontecimientos que se siguieron en la capital del Azuay á raíz de la publicación de "La Linterna". El Dr. Flores, — ¿quién lo ignora en el Ecuador? — faltó luego luego, y de la manera más descarada, á todos sus compromisos con el partido liberal; borró con irritante conducta el recuerdo de su digna actitud de los primeros días, y se dejó sujestionar por los ladrones y asesinos de la víspera. Y aun

le perdonaríamos algo de esto al sucesor de Caamaño, si hubiese tenido el arranque y la felina audacia de éste en sus procedimientos; pero no tuvo sino refinada hipocresía y refinado egoísmo con los cuales, más de una vez se puso en ridículo: quiso *governar con todos engañando á todos*, y resultó lo que era lógico resultase: que cogido en el garlito, le despreciaron todos . . . . menos los del tercer partido que había formado con empleomaníacos y tráfugas. La prensa no fué aherrojada, á nadie se le metió en presidio por el delito de escritor público; pero los jueces de letras y los agentes fiscales se encargaron de poner al pensamiento hablado y escrito una mordaza; y las acusaciones llovían en tanto que los señores obispos sacaban el vientre de mal año prohibiendo á porrillo cuanto les daba la gana. Un Ministro de Justicia (1) ordenó el enjuiciamiento de un periódico "¡porque contenía asusaciones contra el honorable partido conservador!"; y un obis-

---

(1) El Dr. Elías Laso: conste su nombre. El periódico acusado fué "La Epoca".

po (1) prohibió toda clase de trabajos de determinada imprenta, aun las necrologías, — “porque en ellas se podía abusar” — exceptuando sólo . . . . . las cartas de pago y las tarjetas de visita! . . . . . — Esto era más irritante que lo de antes; era la tiranía de las hormigas, los sofismas de los tinterillos y las añagazas de las curias eclesiásticas vendidas á la autoridad civil . . . . — El Gobernador de Cuenca, D. Antonio Borrero, permitía tal cosa; la policía encarcelaba á las víctimas de pasquinadas y balazos, la autoridad militar allanaba las casas de los liberales, y el pueblo fanático, azuzado por los clérigos, rugía en torno.....

¿Qué no? Un día el Dr. Peralta tuvo un caritativo aviso de cierto sacerdote, quien, por lo visto, no se andaba en los mismos grados de temperatura que sus cofrades: decíale que se guardase del zapatero de la esquina, que le había consultado si haría una obra meritoria y grata á los ojos de ese implacable caballero llamado la Divina

(1) El Ilmo. Dr. Miguel León.

Majestad con darle bonitamente de puñaladas al Dr. Peralta . . . . . El zapatero era un bonachón en quien no se hubiera creído arranque semejante; pero, á dar valor á las mansas ovejas del Señor contra los herejes y los impíos se habían dedicado púlpitos y confesonarios . . . . . Otro día, Víctor L. Vivar, ya muy lejos de sus fervores demagógicos de Colegio y olvidado de "El Pensamiento", se le fué encima al Dr. Peralta, estoque en mano, profiriendo atroces injurias . . . . . y el Dr. Peralta y ocho ó diez de sus amigos fueron enjuiciados . . . . ¡por tentativa de asesinato! — La noche de ese mismo día, Vivares y Neiras acometen á balazos á dos partidarios de Peralta, y uno de ellos, moribundo, desangrándose por cinco heridas, es llevado á la Policía, arrojado como un cerdo sobre un montón de alfalfa . . . . . y criminalmente enjuiciado. Inmediatamente se rodea la imprenta con fuerzas de la guarnición, son aprisionados muchos en medio de la mayor de las confusiones, mientras el cuerpo de *orden y seguridad* atruena el espacio con cerradas descargas de fusilería . . . . .

Y esto no era lo más. Lo más era la calumnia, el insulto, el escarnio, de que habían hecho arma los agresores, desgarrando en la persona de Peralta honra, fama, honor, hogar doméstico, mujer é hijos, cuanto podía ser desgarrado y mancillado. Se contestaba, á veces, para no dejar á la calumnia y á la desvergüenza abandonado por completo el campo; pero, en este punto, la lucha era imposible; porque el anónimo es irresponsable, invencible, y la dignidad nos prohibía bajar al estercolero . . . . . Además, ¿para qué estaba ahí el agente fiscal sino era para acusar toda tentativa de defensa?

¡Deliciosos tiempos aquellos! Se escribía de prisa y corriendo, con el lápiz en una mano y el revólver en la otra, esquivándose del juez, articulando como un rábula para ganar tiempo, y asustándose con la reunión de una docena de cholos de capa y sombrero mugriento . . . . .

Como consecuencia de esto, levantóse más el tono, y en esas miserias en que se perdió la moralidad de la prensa, milagro

si quedó en pie la dignidad de los que, injustamente agredidos, volvieron por su honor, perdida la paciencia y ganosos de desquite.

Parece que estamos refiriéndonos á tiempos bárbaros, y los acontecimientos son casi de ayer: apenas han pasado diez años, y ¿qué son diez años en la vida y en la historia? Parece que estamos hablando de un pueblo de salvajes, y Cuenca es una de las más cultas ciudades del Ecuador. No nos admiremos de nada; la lógica de las pasiones es invencible; y las pasiones de bandera en ninguna parte como en la región interandina de la República son más fervorosas é implacables. ¿Qué quieren ustedes? Son vicios de educación, y la educación imprime carácter. Desde la época de la Colonia el interior de la Nación, casi aislado del litoral por falta de caminos . . . . transitables, propiedad absoluta ha sido de la clerecía; quien lo ha educado — como ella dice — *en el santo temor de Dios*, es decir, en el apego á lo tradicional y decrépito, en el odio á la libertad de conciencia, en el miedo á todo lo que significa levantarse y

marchar. En esto no ha hecho sino mirar por sus intereses; pues harto sabía que el momento en que la voz del progreso entrase rompiendo montes y abatiendo selvas, la luz sería hecha; y entonces ¿qué razón de existir tendría la taimada preceptora? Deshecha la costra dura y repugnante que ha puesto como venda sobre los ojos del pueblo, el pueblo se emanciparía, y al diablo el *santo temor de Dios*.

Los clérigos de esta parte de América tienen la inmensa responsabilidad de haber hecho de Dios el aparcero de su mala obra, el pretexto de su ambición impía y liberticida y la consagración de las mayores picardías políticas, de los mayores absurdos, de las injusticias más grandes. Si cuantos crímenes políticos y sociales se han perpetrado aquí lo han sido en nombre y defensa de Dios y de la Religión Católica, tengo para mí que, en la hora de la resurrección, en el momento de abrir los ojos á la verdad, ningún pueblo de la tierra tiene, como el Ecuador, más derecho y razón de entrarse por los caminos de la negación y el ateis-



mo. No se asusten los timoratos: también la ley de las reacciones es indeclinable.....

“Pero esa hora todavía no ha llegado; — pensábamos con tristeza en aquella época, — para que llegue, sería necesario romperle la cabeza al pueblo, extraerle la sangre corrompida que abriga en sus entrañas y, con fe y desinterés, hacer una grande, una solemne justicia, un acto magno de reparación; ¿y quién se atreve? Acaso faltan todavía las setenta semanas de años de Daniel; y lo más que se puede intentar es ir engañando el tiempo con pujos de reformas y pininos de liberalismo práctico. ¡Oh los curas, oh los jesuitas! Ellos han medio agotado la savia viril de este pobre pueblo! . . . . .”

Siendo, pues, tales las condiciones etnológicas del Ecuador, y muy singularmente de sus provincias andinas, no es de extrañar que al presentarse el radicalismo demolidor y henchido de indiferencia religiosa en un campo no preparado, su labor no sólo resultase estéril sino contraproducente y levantase montañas de arena para ahogar

la voz de los que venían en nombre de la idea nueva.

De manera que toda la lucha de 1888 á 1890 no dió fruto alguno, y se palpó una vez más la impotencia de la propaganda en presencia de la fuerza del poder, la oposición del clero y el obstinado embrutecimiento de las clases obreras; necesario era una cosa más eficaz, un trastorno que fuese como el sacudimiento galvánico que pusiese en pie esta masa inerte y medio putrefacta que se llamaba *República del Corazón de Jesús* . . . . .

Mas, ese trastorno era verosímil siquiera?

Los ánimos estaban cansados; Flores gobernaba sin oposición; é iniciada ya la época de las famosas *finanzas*, el hijo del barbero de Boves agrupaba en torno suyo á los pícaros y á los complacientes de todos los partidos para que fuesen sus cómplices ó títeres en la política de *garduña*.

Y al amparo de esa gente digna y honrada, se formó aquella comparsa oligarca y *non sancta* que el pueblo apellidó *La Argolla*.

Pasemos con asco por todo ese lapso de tiempo.

### III

Siguieron meses de marasmo, de política simplona, durante los cuales se ocupaba el Presidente de la República en darse *bombos* en la prensa nacional y extranjera, en dirigir cartas al “querido Ministro Noboa” y “al querido Ministro Tobar”, y en defender la memoria de su señor padre en las columnas del periódico oficial, el que, por un prurrito de *editorialismo*, machacón y necio, carecía de circunspección y seriedad; Caamañó y Reynaldo Flores hacían de las suyas en Guayaquil; las curias eclesiásticas daban el tono á la política y se entro-

metían en la administración pública; el pueblo se aburría, y el *Progresismo* engordaba, cuando de pronto la cuestión electoral vino á sacar al país de su *spleen*.

El partido liberal procedió como un niño, y fué el juguete de Flores.

En épocas de paz, jamás el partido liberal ecuatoriano ha hecho, en pro suya, cosa que valga la pena de ser recomendada á la posteridad: no ha sido otra cosa que la mano de gato con que los ambiciosos y pillos han sacado la castaña del fuego: nuestra historia política lo atestigua, y Borrero y Veintemilla y Caamaño no nos dejarán mentir.

En los días á que nos referimos, ó poco antes, habíase reunido en Quito una *Convención Liberal* que no dió otro resultado que el de entregar divididas las fuerzas del partido en manos de los círculos oficiales y originar un cisma escandaloso.

Esto se comprenderá cuando se sepa que siempre que se ha tratado de la organización del bando liberal, para la discusión de los medios conducentes á ello no se ha ad-

mitido nunca la opinión del elemento joven.

Erigidos, *per se*, directores y portaestandartes viejos sin fe ni energía, con más ambición que sinceridad, toda la obra constitutiva se ha resentido de su origen, reduciéndose á complacencias y términos medios irritantes, en los que está palpitando el miedo y brillando una insigne, una enorme falta de acierto.

El miedo, he ahí la *suprema ratio*: cuando se ha tratado de combatir, de agitar al pueblo, de escribir con lisura y desenfado, de tomar por asalto las mesas electorales, entonces los *señores del Directorio* se han acordado de la juventud, no siquiera como de una fuerza impulsiva sino como de un biombo que se podía abandonar en cualquier hora . . . . .

Al presente, con el triunfo que ellos no prepararon ni preveyeron siquiera, se les va pasando el miedo; pero antes eran liberales de capa de coro ó hisopo en mano: muchos de los que hoy no pisan el suelo, tan altos andan, se asustaban con el nom-

bre sólo de Alfaro, contra quien decían perrierías y á las intencionas del cual achacaban todos los males de la patria y la postulación del partido . . . . .

Y, mire usted, después han sido hasta Ministros de Gobierno . . . . .

Iba diciendo que la Convención liberal fué una comedia de resultados adversos. Acordó la candidatura de D. Clemente Ballén, y se aferró á ella, aun después de la formal y repetida negativa de éste. Flores explotó semejante candidez en provecho de sus fines políticos y se rió de liberales y conservadores. Tan poco juicio hubo en el partido liberal, que se fraccionó escandalosamente en el momento mismo del conflicto: unos querían á D. Clemente Ballén — *malgré lui*, — otros se declaraban por D. Pedro Carbo, unos pocos soñaban con Alfaro, y una buena parte, con el Presidente del Directorio Liberal á la cabeza, hizo migas con el conservatismo ultramontano y se adhirió á la candidatura de D. Camilo

Ponce . . . . . Otros muchos que, ante la postula del General Salazar, no sabían á qué santo encomendarse, en cuanto dicho General murió, aceptaron gustosos á D. Luis Cordero, sin echar de ver que éste no era sino un muñeco de los círculos oficiales . . . . .

Y comenzó la lucha con un ardor inusitado y sin ejemplo en nuestras crónicas eleccionarias.

Entonces fué cuando Peralta, que dormía desde 1890, se presentó de nuevo en el debate político, y principió descargando hachazos sobre D. Antonio Flores, su amigo y aplaudidor tres años antes. — “La Tribuna” vivió menos que las sobadas rosas de Malhèrbe, porque en Cuenca el periodismo es exótico y mal mirado; pero un nuevo horizonte se le abría al escritor en la prensa de Guayaquil. El “Diario de Avisos”, de honrosa recordación, le ofreció sus columnas, y en ellas sostuvo la nueva campaña. Firmaba JUNIUS: el seudónimo era comprometedor; pero no quedó desairado.

Cuanta hiel puede verterse sobre la hinchada ambición de un partido político y de

un hombre, vertió Peralta sobre la candidatura de Cordero: desde la declamación pomposa, de magníficos períodos hasta la burla acre y mordaz, desde el capítulo de historia hasta la ironía sangrienta, de todo hizo uso en esas cartas que, semana por semana, iba publicando el diario de D. Belisario Torres, metido ya en el enjuage de la  *fusión radical-terrorista*.

D. Luis Cordero fué herido de muerte, pues pesaba sobre él, además de serias re- criminationes, la montaña del ridículo,..... de que ya no podrá librarse, merced al se- ñor Caamaño y los compradores del *Esme- ralda* . . . . .

Cordero triunfó: ni era posible sucediese de otra manera, ya que el ejército y las far- sas electorales tienen la virtud de doblar el número de votos favorables; pero triunfó no sin escándalo. En Guayaquil y Cuen- ca la polvareda fué espesa . . . . . ¡y los cu- ras fueron vencidos! Lo que prueba que los curas bien poco valen cuando trabajan lejos de las caricias del poder político . . . . .

El silencio que siguió al gran debate fué bien aprovechado por Peralta, que conclu-



yó su RAZA DE VÍBORAS y preparó materiales para otras obras del mismo género, que todavía tiene inéditas, porque no ha sonado aún en el Ecuador la hora en que los escritores liberales publiquen sus libros: la imprenta es un gigante que hay que vencer, y la indiferencia ahoga aun á los más animosos, en este pueblo que casi no lee otra cosa que las obras del reverendo padre Mazo . . . . .

Digamos algo sobre el carácter de la polémica del hombre cuya figura política estamos procurando esbozar.



#### IV

**SIMILIA SIMILIBUS:** este gran principio de la terapéutica moderna, aplicado á la polémica doctrinaria suele producir resultados admirables; ó en otros términos, los argumentos *ad hominem*, bien manejados, son irrefutables. Plantarse cada cual en la afirmación absoluta de la propia doctrina, en estos tiempos en que la fe no transporta montañas, y la del carbonero sirve cuando más para remover el cisco, no conduce á nada, y por ese camino jamás las opiniones son modificadas; pero tomar del adversario las conclusiones más victoriosas,

la esencia de las cosas, apoyarse en ellas para salir airosos en lo que sustentamos, ya es cosa que requiere profundo estudio de la materia discutida. Esto es lo que hemos descuidado en nuestro prolongado litigio entre liberales y conservadores, y por esto, á pesar de tanta bambolla y tantas declamaciones insustanciales, estamos girando dentro de un fastidioso círculo vicioso. Unos se han ido muy allá, sin hacer caso de las condiciones sociológicas en que vejetamos, y han sido rechazados por la conciencia de la mayoría que no se para en medir el alcance de doctrinas rudamente presentadas, y otros han pecado por carta de menos, excusándose con pueriles timideces, y han sido despreciados y desatendidos.

En pueblos como el nuestro, donde todavía se cree en brujas y aparecidos, si se ha de hacer algo de provecho, deben los escritores liberales atemperarse en lo posible al medio ambiente, para no asustar espíritus creyentes, é irse insinuando poco á poco en el corazón del pueblo. Si la *cuestión religiosa* es la que conmueve los ánimos y el

pueblo cree atacados sus dogmas con la enunciación del credo liberal, no nos dispararemos abiertamente contra esos dogmas, porque se han de levantar contra nosotros las multitudes ignaras y fanáticas, y nos han de atropellar. Respetemos dicha creencia, con peso y medida, y entrémonos en el examen del detalle; después, un paso más adelante, y así en lo sucesivo.

Plan de campaña es éste que Peralta lo ha entendido á las mil maravillas. El más audaz de sus escritos, no llega á la redonda negativa; antes bien, casi todos ellos *huelan á sacristía*, á erudición enteramente conventual. Su último folleto *EL CASUS BELLI del clero azuayo*, por ejemplo, no es sino una elegante tirada de citas canónicas y de historia eclesiástica con oportunidad traídas al debate. La *RAZA DE VÍBORAS*, de que luego hablaremos, es un extenso alegato de los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia contra la corrompida clerecía ecuatoriana y el partido conservador que se llena el estómago al abrigo del manteo . . . . .

Tal método es provechosísimo, porque los obispos pueden prohibir las obras según él escritas, pero no pueden impugnar lo en ellas aseverado sin caer en el enorme renuncio de negar las doctrinas de la Iglesia católica en sus días de más pureza y esplendor.

Quédales sí el derecho de exclamar; ¡Impiedad! ¡Clerofobia!

Pero vamos á cuentas: ¿dónde está la clerofobia?

Yo afirmo que el liberalismo no es cleró-fobo en el Ecuador, y si declama y ha declamado contra los sacerdotes es porque estos benditos señores le han tenido siempre medio ahogado bajo sus pies. Tirarse de rodillas ante los opresores y verdugos que se proclaman á gritos enemigos de la libertad, que condenan todo alarde de independencia, que desacreditan y maldicen, sería propio de entes abyectos. Si la clerecía, por puro espíritu de partido, se ha declarado enemiga mortal del liberalismo, cómo quiere recibir mejor trato de su adversario?

Y nótese que éste ha sido respetuoso hasta donde ha podido con su tenaz persegui-

dora. Todo su clerofobia ha consistido en reclamar de los sacerdotes el estricto cumplimiento del deber, y en exigirles que dejen las ingratas luchas de la política para dedicarse á las faenas de su ministerio sagrado: he ahí la impiedad y la herejía.....

Cristo debe ser el prototipo eterno de los que sirven su culto y propagan su religión. Pues si Cristo fué pobre, humilde, manso, benigno, caritativo, justo, por qué vosotros, sus ministros, nos escandalizáis con vuestro lujo, adquirido á costa del sudor del pobre y de las lágrimas del huérfano y la viuda; por qué nos aplastáis con vuestra soberbia, y estáis ardiendo en odio al prójimo; por qué la calumnia brota de vuestros labios en manantial inmundo, y rompéis por todo respeto divino y humano para saciar vuestra ambición terrena . . . . . y vuestros apetitos sensuales? Impiedad! Blasfemia! Sacrilegio! Clerofobia! — contestan los aludidos.

Los cánones son la regla invariable de la disciplina de la Iglesia, y las prácticas primitivas el mejor ornamento de su historia.

Pues por qué atropelláis esos cánones y olvidáis el noble ejemplo? — Herejía, racionalismo, panteísmo, clerofobia! — gritan los interpelados . . . . .

Y en esto consiste todo el odio al clero del partido liberal ecuatoriano. ¡Y cuenta, que ese partido tiene contra ese clero una larga, una inmensa lista de agravios que hacer valer en la hora de la retaliación! . . . . .

Esto y no más, repito, es lo que les sofoca á los sacerdotes: que nosotros les enseñemos sus deberes y les pidamos el exacto cumplimiento de ellos. Y, comprendiendo la causa de esta sofoquina, aprietan el tornillo escritores que — como Peralta y Felicísimo López, para no citar á muchos, — se han dedicado á desenmascarar farsantes que debajo de su solideo y hábito talar hacen más daño que una invasión de langostas.

Y, precisamente, á esto se reduce la faena doctrinaria del autor de RAZA DE VÍBORAS. Este libro, del que sólo han visto la luz pública unos cuantos capítulos, es la obra de más aliento de Peralta.

Puede considerársele dividido en dos partes: comienza la primera afirmando que siempre que se ha querido tiranizar á los pueblos se han concertado en oscuro *mari-* x  
*daje* el poder civil con los representantes de la religión, y aduce para probarlo la historia de la tiranía desde los pueblos más antiguos. Pasa, en seguida, revista á nuestra propia historia y hace el proceso de los despotillas que nos han martirizado: el militarismo con el primer Flores, la negra teocracia con García Moreno, la traición hipócrita con Veintemilla, la vergüenza y abyección nacionales con Caamaño, la farsa con el segundo Flores, ahí quedan amarrados á la picota afrentosa clavada en las puertas mismas del templo donde esos enemigos del Ecuador buscaron protección y socapa para sus atentados y escándalos.

En la segunda parte se llamó á juicio á la clerigalla: si esta Nación no ha progresado, á élla se debe, porque en todo ha metido mano y todo lo ha maleado y corrompido: fanática y supersticiosa por interés y cálculo, ha hecho de gran parte de los ecuatorianos un hato de supersticiosos y fanáti-



cos; enemiga de la libertad, ha apoyado servil é incondicionalmente á los déspotas, ungiendo sus picardías con óleo bendito y cubriendo sus lacerias con anchurosa capa de coro; reacia al progreso de los siglos, ha educado á la Nación en el culto de las tinieblas y en el horror á lo nuevo; díscola y taimada, se ha burlado de la moral y de la autoridad pública cuando le ha convenido . . . . . Sus virtudes dónde? Piedad y fe, humildad y mansedumbre, pobreza y caridad, virtudes son que no ha conocido. Ha conculcado las leyes canónicas, no ha seguido el espíritu de la Iglesia, ha despreciado los ejemplos del Maestro; corrompida, ha corrompido cuanto ha tocado; venal, se ha puesto en almoneda pública entregándose sin pudor en manos de quien más ha podido dar, liberal ó conservador, hereje ú ortodoxo . . . . .

Y el bando político que de semejante aparcero ha necesitado, ¿qué es, qué representa en las páginas de la historia patria? El elemento de degradación moral que nos ha hecho permanecer idiotas y estacionarios, mientras la ley universal del progreso

impelía adelante á todos los pueblos de la tierra . . . . . ¡Sobre él, pues, la maldición de la historia y el odio de los contemporáneos!

Tal, en resumen, es el libro de que hemos hablado. Su publicación sería saludable, sobre todo en estos momentos en que podemos hablar muy alto y muy claro, sin temor de que nuestras claridades nos lleven á la horca.

¿Y por qué no se publica? ¡Porque hoy es su autor Ministro del Culto (ironías de la suerte), y no conviene . . . . . Cuándo *convendrá* entonces, oh vosotros radicales dignísimos que estáis esperando al angel exterminador que os haga la gracia de pasar á cuchillo el dormido ejército de Senaquerib?

Tratadas las cosas de este modo, como desde lo alto de la tribuna sagrada, se comprende que el estilo ha de tomar un tono oratorio, con un sí es no es de declamación

y aparato escénico, más á lo Castelar que á lo que podemos nosotros infelices, combatientes de tejas abajo con rudo estilo y lenguaje pedestre. Pero ese estilo no está del todo mal: *similia similibus*, á sermón, sermón y medio. Acaso es muy bombástico en sus períodos y muy adornado de figuras literarias, pero no cansa, antes es motivo de placer seguirle al autor en sus vericuetos históricos y canónicos, para pillar con él, en cualquier hueco ratonil de esos, un canon flamante ó un breve pontificio que les parte por el eje á los curas de por acá.



## V

Después de tantas persecuciones y padecimientos llegó por fin la hora del triunfo; pero, merced á nuestra intemperancia política, esa hora fué la de la disgregación del partido liberal que, unido, había sabido combatir y vencer.

La opinión se dividió bruscamente en la apreciación de los detalles y en la selección de medios para sacar fruto de la hora favorable.

Y sucedió lo que era lógico sucediese: que en esa merienda de negros nadie entendió á nadie, y por poco no se lleva el diablo la obra ya tan costosa y sangrienta,

Unos querían el radicalismo puro, antis-  
cépticos poderosos, que el Ecuador se vol-  
case de arriba abajo, para organizarlo y  
constituirlo según las doctrinas socialistas  
más avanzadas; otros opinaban que debía  
estarse á la oportunidad del momento, pro-  
curando ganar terreno con lentitud y sobre  
seguro, sin chocar con los clérigos ni meter  
baza en asuntos religiosos. De esta opi-  
nión era el círculo que rodeaba al Gobier-  
no. Había pueril impaciencia de una par-  
te, y de otra un temor irritante, un oportu-  
nismo ineficaz que iba estancando la co-  
rriente revolucionaria.

Y lo peor era que la *cuestión religiosa*  
no se podía negar que existiese, ni era posi-  
ble, tampoco, esquivarla; porque, á pesar  
de la prudencia de los liberales de Guaya-  
quil y el tono comedido de su prensa, di-  
cha cuestión era el caballo de batalla de la  
clerecía y los conservadores del Interior, no  
bien reducidos ni impotentes.

A estos conflictos se añadió el descon-  
tento que comenzaba á cundir en todas las  
filas y la suspicacia de los viejos luchado-

res y propagandistas que veían al frente del Ministerio, con atribuciones casi de dictador, á un hombre nuevo en la política francamente liberal y alfarista, ligado al radicalismo más que por convicciones y doctrina, por odio á Caamaño y los suyos. El Ministerio Carbo cayó con estrépito al empuje de ese descontento y de esa suspicacia, diestramente explotados por los que movían las figuras detrás de bastidores; pero no por eso desaparecieron las causas del malestar profundo, que estribaba señaladamente en el poco acierto que se tuvo en la elección del *personal* del nuevo régimen y en el desencanto producido por la caída de muchas esperanzas . . . . .

En ese desconcierto del partido, cada cual tiró por su lado. Peralta se fué con los intransigentes y le declaró cara á cara la guerra á D. Luis F. Carbo, contribuyendo no poco á la caída del Gabinete por aquel compuesto. Y, triste y desengañado, se retiró á Cuenca, para continuar la campaña doctrinaria en los periódicos y hojas sueltas. Publicó, entonces, "La Razón", indudablemente la Revista que más le ca-

racteriza, que revela sus instintos de tribuno y sus impacencias de desengañado.

Fuimos de los que no aprobaron que la polémica religiosa se reasumiese, por lo mismo que de las audacias revolucionarias de los escritores radicales hacían arma los terroristas contra el Gobierno del General Alfaro. Los curas gritaban en los púlpitos contra la invasión de la *impiedad* en la antes católica República; los conservadores empujaban adelante á la clerecía fanática, para que élla, á su vez, empujase al pueblo de la Sierra, y todos conspiraban, prometiéndose segura la victoria y barato el triunfo.

En este punto, el desconcierto era tamaño; pues mientras el Gobierno se andaba en cortesías con los obispos y se ponía voluntariamente en berlina pidiendo la canonización de la Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores, los diarios y periódicos que más le defendían, que más cerca de él estaban, decían cada barbaridad contra el catolicismo, los dogmas, la disciplina, y, más que todo, contra los clérigos, que temblaba el misterio.

Y la revolución terrorista se llevó á cabo en nombre de la Iglesia y de sus santos sacerdotes.

Peralta cayó prisionero en el combate del 5 de Julio de 1896, en Cuenca; jornada sombría en la que la impericia y la flojedad de los jefes dieron una fácil victoria á un enemigo menor en número y peor armado.

El jefe terrorista, Vega, pudo dar tres golpes de efecto, en Cuenca, Pangor y Tanquis; pero ya se había apagado la estrella del conservatismo.

Esos fueron días amargos para Peralta, en poder, al fin, de sus encarnizados y personales enemigos; y las sombras del calabozo, las torturas de una impaciencia cada día más y más contrariada, doblegaron su espíritu y le hicieron perder la fe en los resultados finales de la obra común del partido liberal.

.....  
.....  
.....



## VI

Poco más tenemos que añadir á lo dicho. Asistió Peralta á la Convención de 1896-97, como representante del Azuay; pero, barajadas las cosas en esa Asamblea heterogénea que, como Quevedo, no quiso subir ni bajar y se mantuvo queda, volvióse aburrido á su casa, antes de que se clausuraran las sesiones . . . . . y renunció á la política.


De su retiro le llamó el General Alfaro para encomendarle la cartera de Relaciones Exteriores: se espera mucho de su hombría de bien y de su carácter enérgico. Que el tiempo no frustre las esperanzas

concebidas, ni la vista inmediata de la política por dentro malée su disposición al buen combate en los campos de la discusión razonada. A los hombres se les conoce en el ejercicio del poder: si en él resultan ineficaces, son hombres al agua. Porque pretender que no se puede — cuando se está con el bordón en la mano — intentar el planteamiento de mejoras y reformas con que se ha soñado por toda la vida, por las que se ha luchado durante años enteros, es confesar ó lo utópico de la doctrina sustentada ó la poca buena fe con que se ha procedido. Lo primero es una pifia; lo segundo, una farsa. Y ni cándido ni farsante le creemos al actual Ministro de Relaciones Exteriores. Pero que saque por gallarda manera, airosa nuestra negación. Lo repetimos: si no es hoy la hora del ensayo, pasada ya la efervescencia primera y prostrada la reacción terrorista que se apoya en los curas, ¿cuándo lo será?

INTERMEZZO

---

MARTIROLOGIO LIBERAL



# LUIS VARGAS TORRES

---

## (Historia de un crimen)

---

### I



La revolución del ocho de Setiembre de 1876 había resultado del todo contraproducente para la causa de la libertad. Aquel esfuerzo supremo de gran parte de la República ecuatoriana contra el viejo despotismo garciano, que, en mala hora, — llevado de escrúpulos monjiles y de una incomprensible debilidad, — intentó continuar el pobre D. Antonio Borrero, tuvo la consecuencia inmediata de un Veintemilla.

Este procedió á derechas en sus comienzos, ayudado por la flor y nata del partido liberal, á pesar de las farsas del clero y de las intrigas de los conservadores, á quienes supo mantener á raya con una administración enérgica, actos de valor innegable, como la ruptura del Concordato, y con un programa de levantada tolerancia. Pero algún tiempo después, el viento de una desapoderada ambición barría del Presidente liberal los últimos granos de cordura, y la antigua nefanda obra se reanudó en las sombras de la criminal inconsecuencia política, que le llevó por el camino del despotismo. Veintemilla temió no poder gobernar con los hombres del partido que le había colocado en la cumbre, se desalentó sin motivo ante las amenazas y maquinaciones del bando vencido, y transigió con él.

Entonces el liberalismo le desconoció y le maldijo: los curas se apoderaron del débil espíritu de aquel hombre, y pronto nuevas persecuciones, nuevos abusos hicieron probable la reacción.

Con el apoyo del bien organizado y mejor disciplinado partido conservador, con

las bendiciones del clero que le mimaba y adulaba, el hombre de los Molinos se creyó capaz de todo; y la dictadura militar, la peor de las dictaduras, fué un hecho consumado.

Pero hecho que en el orden lógico de la historia de las reacciones no representaba otra cosa que un suicidio. Con él, se enajenó el Dictador no sólo la voluntad de los que habían servido á su gobierno en cuanto lo creyeron constitucional, sino también la de aquella parte del conservatismo que se había cruzado de brazos careciendo de pretexto plausible para iniciar la resistencia.

Uniéronse, pues, liberales y conservadores: se prendió la llama en el Norte, en el Litoral y en el Centro, con elementos de ambos partidos; y, á poco, los expatriados y desterrados que atisbaban desde el Perú el momento oportuno, se apoderaban de Loja, y, burlándose de la División que tenía sus cuarteles en Cuenca, se unían á Sarasti, y, ayudados de Landázuri, entraban en Quito por fuerza de armas.

Seis meses después, el último reducto del despotismo estaba en poder de los restauradores, quienes fueron á ocupar el campamento radical del General Alfaro, que, desde mucho tiempo atrás, combatía por su cuenta y sin transacciones con nadie.

Tomada Guayaquil, comenzó inmediatamente la faena desacreditadora de los ultramontanos. En presencia de hechos recientes, cuando aun no se había disipado del todo el humo de los combates, empezóse á escatimar la gloria del triunfo al ejército liberal y á su jefe; hablóse de infidencias, é hizo se todo lo posible por levantar una barrera inexpugnable entre los dos partidos históricos, para los cuales, — compañeros en la misma lucha y en el mismo sacrificio, — había llegado, acaso, la hora de entenderse digna y pacíficamente en provecho del engrandecimiento y progreso de la patria común.

Fuimos no tanto débiles sino sumamente buenos, y nos dejamos engañar. Lo aceptamos todo de nuestros naturales adversarios, y entre ese todo estaba la cuerda del suicidio.

Aconteció lo que era de esperarse: en minoría en la Convención de 1883, hubimos de admitir y jurar, vencidos por la razón del número y del voto, una Carta fundamental que no satisfacía nuestras exigencias, con menos garantías que la del 78, con menos amplitud de miras que la del 61.

Habíamos sido vendidos miserablemente por los compañeros de la víspera, que, luego luego, extremaron contra nosotros la diatriba y la calumnia, y dieron á nuestro abnegado sacrificio pago de ingratitud y de infamia.

Y tras de las vacilaciones y ridiculeces del Gobierno Provisional, tras de los vaivenes parlamentarios de la Asamblea Legislativa, vino un hombre á resumir, con sola su actitud, todo lo hasta ese momento conquistado, y á pesar como una cadena de hierro en la balanza del porvenir: Caamaño.

La elección de Caamaño no fué un hecho casual ni menos inspiración divina de los convencionales, como algunos taimados pretendieron hacer creer al pueblo, asegu-



rándole que de ese modo, — con la elección de un hombre desconocido, nuevo en política, sin ideas ni instrucción, — venía á resolverse el problema político, descontentando talvez á todos, pero esquivando dificultades para lo futuro. De ninguna manera: desde el campamento de Mapasingue, los hombres del conservatismo y los liberales de medias tintas habían llegado á ese acuerdo; y en el día de la elección, todos aquellos á quienes los terroristas enviaron á la Asamblea, se sentaron en sus curules con la consigna en el bolsillo.

Esto era ya demasiado.

No sólo habíamos sido vendidos, sino impunemente atropellados.

Y la protesta nada valía en presencia de la voluntad manifiesta de la mayoría de los representantes, que ni siquiera se tomó el trabajo de examinar las pretensiones del partido liberal, ni menos se acordó de que la justicia y la honradez deben presidir en todos los hechos de la actividad humana.

Había un resentimiento más.

La pasada lucha, en vez de acercar y procurar que se comprendan todas las aspi-

---

raciones é ideales, había ahondado más y más el abismo, límite de demarcación entre liberales y conservadores.

Y la Asamblea terminó en un silencio muy parecido al que precede á la borrasca, como la hora inmediatamente anterior á las grandes batallas.



## II

Habíanle arrebatado al liberalismo todos los medios para la pacífica protesta, le habían herido gravemente en su dignidad é intereses, para que él pudiera olvidar la manera indecorosa con que había sido engañado.

Y el resentimiento se tradujo en hechos vigorosos: Revolución de 1884.

No ha llegado todavía el momento de juzgar con severa imparcialidad los hechos y los hombres de esa larga contienda civil, que dió por resultado el afianzamiento del Gobierno de Caamaño, que costó un caudal

á la Nación y la pérdida de toda esperanza : los hombres de ayer son los mismos de hoy ; y no queremos que nuestra censura sea achacada á motivos de convencionalismo de la hora presente, ni que nuestra alabanza se tome por sujeción del miedo ó prurito de ruin lisonja.

Pero sí diremos, con pena, que ese desesperado esfuerzo de un partido lleno de rabia y profundamente herido en lo más vivo, esfuerzo sangriento y decisivo, si no halló en la República, — cansada de la aventura penosa de que acababa de salir, — todo el prestigio y apoyo moral que había menester para triunfar, dejó en el alma del pueblo el germen de porfiadas resistencias y el alto ejemplo de una lucha desgraciada y un noble sacrificio.

No contó el General Alfaro con los medios suficientes para el logro de su empresa, y sucumbió, no ante la razón ni el más grande valor del adversario, sino ante el número. La irrupción pensada, que debía conmover el Ecuador hasta en sus cimientos, derribando, de una sola sacudida, el

efímero solio de una tiranía de *marionettes*, no pudo llevarse á debido término, porque las almas débiles dudaron, el Ecuador yacía exangüe y desilusionado, y el grito de la honrada protesta, el solemne llamamiento al patriotismo, á la honra, á la dignidad de los ecuatorianos, se perdió en el silencio indiferente del interior de la República, entregado en manos del clero . . . . .

Luchóse, sin embargo, con heroísmo sin ejemplo en la historia de nuestras revoluciones. Manabí y Esmeraldas eran un horno; las demás provincias del Litoral se inflamaban; comenzaban á despertarse asustadas las conciencias, cuando le faltó fortuna á la Revolución, y cayó en su primera etapa, — en ese Jaramijó que es como el Trafalgar ecuatoriano, — cubierta de gloria y haciendo conocer á los hombres de un Gobierno corrompido y corruptor hasta donde podía llegar la desesperada energía de un partido sin motivo ultrajado en las transacciones de la vida pública.

Aquí principia esa larga sucesión de campañas que atormentaron el sueño de

Caamaño casi hasta vísperas de la terminación de su período.

Mas, esos levantamientos aislados, sin plan fijo, ni cohesión, y, lo que es más, hasta sin esperanza, en nada contribuyeron á sublevar el espíritu nacional, que veía, con angustia, pero sin resolverse á nada, la actitud de ese grupo de valientes que peleaba sin probabilidades de éxito, sin unión, con sobra de valor y sin pizca de cordura.

Y Caamaño se ensoberbeció con los fáciles triunfos obtenidos sobre las montoneras de la Costa, y halló pretexto para entrarse resueltamente por el campo maldito de la tiranía. — Algún día dirá la historia, — cuando el tiempo pase y las responsabilidades del historiador no sean la amenaza de la tranquilidad propia, — los crímenes atroces que entonces se cometieron, cómo se fusilaba prisioneros sin fórmula alguna de juicio, y cómo se pretendió desmoralizar profundamente la provincia de Manabí, á fin de achacar esa desmoralización á los revolucionarios y hallar el pretexto para nuevas extorsiones, nuevas é inauditas cruel-

dades. Hoy todavía no: aún viven los actores de esas desconocidas tragedias, y no queremos que el juicio histórico se convierta en acusación personal por motivos de bandería.

Lo cierto es que la exageración se llevó á los últimos límites, y hasta quiso ensuciarse el puñal de Bruto con la sangre de D. José María Plácido Caamaño! . . . . Este no reconoció ya freno: suelto el de toda moralidad, sin respeto á una ley que no existía sino en el nombre, dueño y árbitro de la situación, sin miedo al peligro, el hombre nuevo y desconocido dió pruebas de la astucia del gato y se encaramó á la cumbre.

¡Qué tiempos aquellos! La República parecía un vasto cementerio: el miedo reinaba en las conciencias con innoble señoría, y declarándose todos impotentes, inclinaban la cabeza: refunfuñando talvez, pero la inclinaban.

La guerra fué el pretexto del peculado monstruoso; se comerció con todo y todo se tiranizó. Las cárceles, los cuarteles, el presidio no podían ya con los innumerables

presos políticos; á Gualaquiza se enviaba confinados por docenas; y luego un Congreso de viles interpretaba arbitrariamente la Constitución del 83, á fin de que el verdugo tuviese título para el asesinato político.

¿Hasta dónde diremos que se extremó la venganza? La obra de los sayones se llevaba á cabo con método y frialdad espantosos, y la esperanza iba desapareciendo cada día más y más en los confines de la Patria.

Fusilados unos, otros desterrados, imposibilitados en la persecución ó el confinio los demás, ¿quién iba á levantar la voz en defensa de la Justicia, en pro de la Libertad? Había uno como marasmo en todas partes, los caracteres más bien templados desmayaban, y el miedo imbécil era el consejero del silencio infame.

Y la reformatoria inícuca y antisocial de la Constitución citada, se llevó á cabo, con perfecta tranquilidad y entre los aullidos de la salvaje alegría de esbirros y pretorianos, por los Congresos de 1886 y 1887 que, con su obra, habrían puesto el sello á la ver-



güenza de la Patria, si el porvenir no nos hubiera estado reservando la infamia atroz de la bandera.

Pasaban los meses en esta angustiosa expectativa: un día Caamaño tuvo miedo en medio del festín de caníbales, y renunció el derecho de gracia: la fiera se había acordado de que tenía corazón, temió de él, ¡y se lo arrancó, para tragárselo á bocados en el banquete sangriento!



### III

Pero antes de que el déspota hubiese llegado á semejante extremidad, habían ya caído algunos hombres generosos en el patíbulo político, impiamente asesinados.

¡No hubo para ellos compasión!

La República se estremeció ante semejantes atentados; pero ¿quién era bastante fuerte para lanzar la protesta furibunda que hiciese palidecer las mejillas de aquel verdugo con banda presidencial?

Entre los que sucumbieron de ese modo, oscuramente y lleva el alma de inmenso desconsuelo, figura **LUIS VARGAS TORRES**.

Después de la tristemente gloriosa campaña de Alfaro, en la que la fortuna no estuvo á la altura del heroísmo, cuando aún no se habían apagado del todo los últimos disparos de las montoneras de la Costa y estaba Caamaño en la plenitud de su poder, presentóse Vargas Torres, con un puñado de hombres y la esperanza, como delegado del General Alfaro. (1)

Pasó la frontera del Sur, é hizo un llamamiento á sus conciudadanos, al que na-

---

(1) En estos días oscuros en que el desinterés va siendo cada vez más difícil, bueno es hacer constar un rasgo particular del carácter de Vargas Torres: siempre conspiró con recursos propios.

En el año de 1882 tenía en Guayaquil una casa de comercio que giraba con la razón social de *Avellaneda y Vargas T.* En cuanto se inició la resistencia contra la dictadura veintemillana, la puso en liquidación, realizó su parte, y con el producto de la realización fuése á Panamá, adquirió elementos de guerra, los trajo en un buque de vela y se lanzó sobre Esmeraldas. Con esas armas se ocupó aquella provincia y se libró el combate del 6 de Enero de 1883.

En dicho año, el Gobierno seccional del General Alfaro le hizo pagar parte de lo gastado, y eso sirvió para la expedición del Sur, que tan fatal llegó á serle.

Ya antes había intervenido en la adquisición del memorable *Alhajuela*; resultando de todo que no sólo se arruinó en sus empresas patrióticas, sino que comprometió gravemente la fortuna de su familia.

die acudió, porque todos estaban fatigados de un estado de guerra que venía haciéndose interminable desde 1882 y que había empobrecido y desangrado el país sin provecho para la causa de la libertad y la civilización.

La temeraria campaña fué rápida y desastrosa: Celica y Loja; tres combates, dos derrotas y una catástrofe. Después . . . . .

No podían más los que de esa manera luchaban: no eran trescientos, y tenían un ejército al frente; apenas podían con el peso de su indigencia, y las arcas del tiranuelo estaban repletas de dinero; sus armas eran pocas, y podía rodeárseles de cañones; estaban solos, y las provincias del Interior, donde operaban, sujestionadas por clérigos y terroristas, les odiaban, maldecían y negaban todo auxilio. ¿Podían nunca triunfar de esa manera?

Comprendieron, al fin, lo difícil de su situación y vacilaron. Ese momento de vacilación apresuró el de su ruina; pues cogidos, casi sin defensa, fueron llevados prisioneros á Cuenca por Antonio Vega.

Atrahillados como perros, en fúnebre procesión, en medio de una doble fila de soldados, entraron los desgraciados en la ciudad de las sombrías intransigencias clericales; é inmediatamente principió el martirio.

¡Cuán largos meses aquellos para los que gemían, con el grillete al pie, en los oscuros calabozos de los cuarteles de Cuenca! Una farsa de juicio se urdía en las tinieblas, y bailaban de gozo los *triunfadores*.

Nunca le vimos flaquear un solo instante á Vargas Torres, ni aun en los días de más negro desaliento. Sereno, imperturbable, aguardaba su suerte sin mayor inquietud ni impropia fanfarronería.

Las horas le eran inmensas en esa anticipada tumba, diarias las mortificaciones que le hacían padecer sus guardianes; pero ni la queja encontró salida en sus labios, ni la ira impotente vino á rebajar su altiva dignidad.

Y comenzó el juicio.

¡Qué farsa más indecente aquella!

Cerróse la puerta á toda honrada compasión, y dudándose de la lealtad servil de

algunos oficiales, se envió de Quito jueces *ad hoc*, que llevaban, sin duda, la sentencia de muerte en las maletas de viaje, como consigna indeclinable. A estos se añadió > algunos de los vencedores de Loja, interesados, naturalmente, en hacer resaltar la justicia de su causa y la legitimidad de su triunfo, mediante la condenación de sus enemigos. ¡Qué justicia! ¡Qué imparcialidad!

Formóse con estos elementos el Consejo de Guerra, al cual fueron conducidos, como reses al matadero, los traidores y felones que habían cometido el inaudito crimen, el crimen imperdonable de querer honrada y digna á su Patria y de haber luchado por la libertad y civilización de élla, en lucha desigual, con arrojo increíble, sin recursos y sin esperanza, confiados sólo en la ley providencial de las reacciones, en la bondad de su causa y en la justicia de Dios.

Debían morir.

Para qué, pues, con ellos la legalidad de los trámites ni el obedecimiento á las prácticas del derecho, que garantizan la defensa?

No era necesario un juicio; era indispensable una sentencia de muerte.

Así es que se atropelló por todo, se procedió al juzgamiento con vocales recusados, casi no se les oyó; y la sentencia recayó inexorable y terrible.

Unos á muerte, otros á larguísimos años de presidio; es decir, á muerte también.

Y la sentencia se ejecutó en uno solo, porque á ese no más había precisión de empujarle puertas adentro de la Eternidad.



#### IV

La noche está oscura y silenciosa.

En el fondo del firmamento sombrío titilan innumerables estrellas, y en el confín del horizonte, allá tras de los distantes cerros, flotan, apiñadas, nubes negras, présagas de tempestad.

La ciudad duerme. En las desiertas calles se escucha tan sólo el ruido de las pisadas de las patrullas que las recorren, el ladrido de algún perro trasnochador y los fúnebres graznidos de las lechuzas que baten sus alas contra los muros de las iglesias ó sobre la cruz de los campanarios.



Encaminemos nuestros pasos á la plaza mayor. La vieja catedral levanta su torre como se yergue un gigante en la sombra. Al frente, la fábrica de la nueva catedral asemeja un montón de escombros; y en la mitad, promontorios de tierra, sobre la que crecen los cardos y la maleza, obstruyen el paso. Este lugar es triste como una ruina, sin tener siquiera la grandeza poética de todo lo que la mano del tiempo ha destruido.

Ahí está el cuartel. Entremos. La guardia dormita; el silencio es casi absoluto, interrumpido únicamente por el grito que los centinelas se arrojan del un extremo al otro del edificio, y por sus acompasados pasos sobre el duro y desigual empedrado. Las luces de los faroles están casi extinguidas y parpadean en las tinieblas como esclavas soñolientas que hacen esfuerzos por mantenerse en vela.

Todo es lúgubre en derredor: diríase que un hálito de muerte pesa en la enrarecida atmósfera.

¿Quiénes son esos infelices, que, agrupados en desorden lamentable, haraposos y

con el grillete al pie, yacen en el fondo de esa miserable estancia?

El centinela vigila en la puerta, rígido y de pie, apoyado en su fusil. Ellos parece que duermen; pero su insomnio se descubre por suspiros ahogados, sollozos apenas perceptibles, rápidos cuchicheos . . . . . Si pudiéramos mirar sus rostros, contemplaríamos en ellos señales de terrible, desesperada angustia: hay lágrimas en todos los ojos, inmenso desconsuelo, consternación inmensa en todos los corazones.

Son prisioneros de guerra. Sus nombres? Si hay justicia, los dirá mañana la historia.

Y el centinela vigila . . . . . vigila rígido y de pie, apoyado en su arma, mientras las estrellas palidecen en el fondo sombrío del firmamento y, una á una, se apagan las luces de los faroles . . . . .

En otro cuarto, al resplandor de unas bujías que luchan con las primeras claridades del alba, se pasea un hombre con impaciencia febril, manifestando en su semblante el sello de un grande, de un supremo dolor.

En qué piensa? ¡Quién lo sabe! Esa alma es un abismo asomada al borde de otro abismo . . . . . Dios, la familia, la patria, el juicio de los contemporáneos y el fallo de la posteridad . . . . qué grandes ideas, cuán inmensas para llenar todos los vacíos! . . . .

¡El pobre! Es un moribundo: dentro de algunas horas, será un cadáver.

Ha luchado y ha sucumbido. Víctima de un ideal generoso, el ideal le abandona en la hora terrible del sacrificio: hace días que la esperanza ha huído de su pecho, y el cansancio de la derrota, el desaliento mortal le gangrenan y le matan, aun antes de la hora del verdugo . . . . .

Se alzó contra una tiranía en nombre y defensa de un pueblo, y ese pueblo le dejó abandonado en la difícil empresa, le desconoció, y calló: no quiso ser libre: había perdido, con la fe en el porvenir, la noción de dignidad; y el combate de ese hombre fué estéril para la causa de la inmediata liberación de dicho pueblo.

Quiso romper cadenas; y sólo consiguió que se las remacharan á él.

Peleó por las garantías sociales, y va á morir fusilado.

Clamó por los derechos humanos y la dignidad de los espíritus, y su voz se perdió entre el silencio de los unos, las blasfemias y maldiciones de los otros y la punible indiferencia de los demás.

El pasado, sombrío; el presente, angustioso, y ¿el porvenir? Ah! será posible que asome el sol en este desamparo, en esta soledad, en estas tinieblas atroces?

¿Renacerá la flor bendita de la esperanza, aunque el germen se riegue con sangre y lágrimas?

Todas las soñadas glorias se han vuelto humo; las nobles ambiciones han sido juzgadas como crímenes; los anhelos santos de libertad, ahogados en el polvo sangriento . . . . . Mañana no quedará de todo ello sino un despojo fúnebre sobre un patíbulo afrentoso . . . . . ¡Oh Patria! ¡Oh Libertad!

Y allá, en las distantes playas que arrulla el mar con sus salobres ondas, playas queridas que nunca más verá, cómo tiem-

blan por su suerte y ansiosas esperan su regreso la amante madre, las hermanas cariñosas . . . . .

¡Tierra nativa, casa propia, cielo azul que cobijó su cuna; madre, hermanos, compatriotas, adiós!

Qué le queda, pues?

Todo lo ha perdido, todo lo ha dejado.

La desesperanza en el fondo de su ser, y el vacío y la soledad en torno: he ahí su patrimonio.

¡Cómo quisiera volar á la costa de Esmeraldas, llegar al dintel de la paterna casa, y caer allí, sollozando, en brazos de los suyos, y encontrar alivio en el corazón de su madre para las amarguras del suyo, herido mortalmente por la más honda de las angustias!

Pero no . . . . . ¡debe morir!

Y lejos, tan lejos de los seres queridos de su alma!

¡Qué terribles pensamientos éstos, qué ansiedad tan inenarrable!

En presencia de la tumba no se engaña nadie á sí mismo. Cristo con ser Dios, su-

dó sangre en el huerto de Getsemaní, y exclamaba: *¡Padre, si es posible pase de mí este cáliz!*

Se sienta y escribe.

Es necesario decir la última palabra al porvenir.

La pluma corre rápida; vacía su alma el escritor en esa confesión suprema.

Y dice:

“Tengo la franqueza de confesar que no he cometido otro crimen, que el de haber caído en manos de mis enemigos.”

Y sigue la protesta enérgica y vibrante saliendo de los puntos de su pluma.

Al fin se enternece y escribe:

“Sé que todos mis compañeros de infortunio están tristes y desesperados con la terrible noticia de mi próxima muerte: yo los recuerdo, y el dolor despedaza mi corazón: que no desmayen en su sagrado propósito de salvar la Patria, y en la eternidad les recordaré con gusto. ¡Quiera Dios que el calor de mi sangre que se derramará en el patíbulo, enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salve á nuestro pueblo.”

Pero ¿porqué palidece más y más la luz de las bujías?

Es una invasión de claridad la que penetra por las hendiduras de las puertas.

He aquí el alba.

¡Salve resplandor del día, último sol que alumbrará la frente del luchador vencido!

Es hora de prepararse dignamente: la muerte gusta de la gravedad de las formas.

Y el prisionero se arroja vestido en su pobre lecho, y duerme el sueño que ha de interrumpir el verdugo, que le señalará lecho más cómodo para una noche más larga, para un sueño interminable: la tumba.



## V

Era la mañana del 20 de Marzo de 1887.

La sombra reinaba en la ciudad, de cuyo frío y triste en esa época del año.

El cielo estaba oscuro; en el horizonte se amontonaban negras y enormes nubes. Un frío invernal hacía tiritar á los madrugadores de aquel día infausto, y una lluvia sutil, cerniéndose incesante, humedecía la tierra.

Algunas horas después, numerosos grupos se dirigían á la Plaza Mayor, y se iban colocando sobre unos grandes montones de tierra que en ella había, extraídos en la fá-



brica de la Catedral. En los más de los semblantes se dibujaba la curiosidad imbecil de un pueblo ávido de emociones; algunos estaban pálidos, y en no pocos se notaba la secreta angustia del alma.

Salieron las tropas de sus cuarteles y fueron formándose en silencio en uno de los lados de la anchurosa plaza.

Se abre una puerta y por ella sale, en medio de una escolta, el infortunado joven que iba á dar su noble vida en sacrificio.

Se advierte en su rostro las señales del insomnio; cúbrele ligera palidez; tiene la mirada triste, los labios apretados; pero hay serenidad en su frente, y su paso es firme y seguro. Viste completamente de negro.

Algunos frailes le rodean, ofreciéndole con insistencia los consuelos religiosos; pero él los separa de su lado con dulzura y firmemente.

Ya ha avanzado cincuenta pasos. De espaldas á un poste de piedra, oye imperturbable la sentencia, y á una señal del oficial, se sitúa bajo un arco de la casa Municipal.

Allí aguarda.

Ese momento fué de la duración de un siglo para los que contemplábamos con angustia indecible la escena enloquecedora.

Sus compañeros de luchas é infortunio, condenados al horrible tormento de presenciar la ejecución, más pálidos y angustiados que él, están agrupados en la galería del cuartel vecino, y han recibido, llorando, el adiós del moribundo.

Suena una descarga: un alarido prolongado, terrible, inmenso, que se escapa del pecho de la multitud aterrada, llena los ámbitos; rompen á tocar las bandas militares, y VARGAS TORRES yace bocabajo en el duro empedrado, con los últimos estertores de la vida. x

Avanza un sargento y le da el balazo de gracia.

Todo había acabado.

Una infamia nueva tenía que registrar la luctuosa historia del pueblo ecuatoriano.

Y no hubo ni siquiera la dignidad necesaria para con un cadáver! . . . . Cruzan dos palos, atan sobre ellos esa ruina san-

grienta y aun palpitante, y se la llevan camino del cementerio.

Una ancha faja de sangre indica la dirección del solitario cortejo: ¡esa sangre no se ha lavado todavía de las calles de Cuenca, porque viven en la impunidad los que tomaron parte en el asesinato infame!

La caridad arroja un lienzo sobre el destrozado cadáver, que debía ir cubierto con la bandera de la Patria, ensangrentada y hecha pedazos igualmente; la caridad le da una pobre caja fúnebre; ¡pero esa caridad cristiana falta, al fin, y no hay un lugar para los despojos del mártir en la ciudad de las tumbas! Los que le amargaron los últimos instantes de la vida, los supremos y más solemnes; muerto, le negaron una sepultura!

Hay al pie de las tapias del Cementerio de Cuenca, por la parte posterior, una quebrada llamada *Supay-guaico*, lugar destinado á los que la intransigencia clerical no admite en sus camposantos: crece amarillenta grama sobre él, y en el fondo corre, entre arbustos y ortigas, un pobre y fango-

so arroyuelo: lugar sombrío y temido, sobre el que se cuentan consejas de comadres para susto de niños.

Allí enterraron á LUIS VARGAS TORRES.

Oscurecía: en la ciudad circulaba un frío de muerte; bailábase en Quito las fiestas del natalicio del *buen Presidente*; y sentado sobre la olvidada tumba del mártir, ocultando en las manos el semblante, lloraba un hombre de rabia, de desesperación y pena: era Aparicio Ortega.



## VI

Aquel asesinato fué el sello de la tiranía de Caamaño. Después, no conoció freno; y comenzó á echar enérgicamente los cimientos de la deshonra nacional que había de venir á socabar y arrojar ruidosamente á tierra la revolución liberal de 1895. x

Escribimos rápidamente y sin vista de documentos, y por esto no nos aventuramos á citar fechas ni á mentar nombres, por miedo de que se nos acuse de parciales ó calumniadores; pero los hechos están demasiado recientes, para que esos nombres no anden en boca de todos, execrados por los hombres de bien.

Podemos decir que el asesinato de VARGAS TORRES, consumado con una frialdad atroz, con cálculo de tigre, sólo fué provechoso para la causa de la libertad. La revolución se declaró vencida, es verdad; pero el espíritu de resistencia, aunque latente, cobró bríos, como luego lo demostró con ese inmenso respiro de bienestar que se sintió en la atmósfera política á la caída de Caamaño, y con las sangrientas escenas de Guayaquil á la elección de D. Antonio Flores.

Y es que ninguna efusión de sangre inocente es infecunda para la causa del bien: riego preciado de las grandes ideas, ella hace crecer y prosperar el árbol de la libertad; y hasta es necesaria, como lo es el martirio para la consolidación de las creencias, para mantener palpitante la noble animosidad del buen combate, y preparar, con saludables reparaciones, las vías del triunfo.

Durante largos años el nombre del desgraciado joven ha sido como un santo y seña del partido liberal. Una vez y otra he-

mos recordado el triste sacrificio, pidiendo cuenta de él á los cobardes victimarios, á fin de recordar á los que se afilian bajo la bandera del porvenir que tenían un alto deber de justicia que llenar, rehabilitando la memoria de los suyos, mediante la ruina del enemigo común, en nombre de la libertad y de la civilización.

¡Bendito sea el martirio de los hombres generosos que se ofrecieron como holocausto en aras de la Patria! Por él se han abierto nuevos y más amplios horizontes en la República, y por él hemos llegado al triunfo.

¿Qué importa la derrota? qué la caída, qué el sacrificio, qué el patíbulo, en fin, si la consecuencia es grandiosa?

¡El crimen no el patíbulo deshonra! — dijo un gran poeta. — Sí: el patíbulo es muchas veces el pedestal de la gloria y la santificación de las grandes causas. Cristo muriendo en cruz por redimir á la humanidad, consagró el suplicio afrentoso, divinizó el dolor, cuanto á ese se sube, cuando este se acepta en nombre de las ideas re-

dentoras, y con pureza de intención y sublimidad de miras.

Toda sangre es fecunda: de cada gota de ella brota luminosa una idea, surge radiante un hecho, que ayudan á la humanidad en la ruda faena de su desarrollo y perfeccionamiento.

¡Bendigamos á los héroes, bendigamos á los mártires de nuestra redención social y política!

Y acordémonos de que las ideas se amasan con sangre humana, las revelaciones descienden de los patíbulos, toda religión se diviniza con mártires, — según la frase del viejo Lamartine.





## VII

La odisea de la libertad ecuatoriana fué triste y desconsoladora, pero su epílogo no ha podido ser más brillante.

La sangre derramada en campos de luctuoso combate, ha dado, al fin, los suspirados frutos: amaneció un día, y la tiranía fué.

Hoy estamos en la iniciación del porvenir.

¿Podemos, pues, no volver los ojos atrás para recordar con orgullo esa misma triste historia, llena de decepciones, caídas y desalientos; pero en el fondo de la cual brilla-  
x

ba un pensamiento generoso, bregaba entre sombras un noble anhelo de reivindicación de los derechos humanos para esta pobre patria, ante la faz de las naciones americanas?

x Es doloroso cuando tenemos la mirada fija en el pasado, suspirando por volver á él en nombre del apego á las cosas muertas que no nos brindan sino un recuerdo de infamia, ó cuando pretendemos detener localmente la rueda del progreso por apego á un tradicionalismo decrépito; pero acordarnos del ayer, triste ó glorioso, para fortificarnos en la santa creencia de mejores días ó pedir á él inspiraciones para lo futuro y alta enseñanza de moralidad, virtud y sacrificio, es siempre bueno y provechoso.

¡Encendamos nuestra lámpara ante las tumbas queridas, pero no de modo que á ese recuerdo funerario lo creamos más brillante que el sol!

Y vamos adelante!

4/0 Dobleemos la hoja de pasadas amarguras, si en élla no hemos de aprender sino la árida lección del odio, que imposibilite nuestra unión y haga ilusoria la confraternidad

de la gran familia ecuatoriana. Vivamos la vida nueva, sin olvidar que todos tienen derecho á ella: estos porque la han merecido con su fe y sus luchas; aquellos porque se han purificado por medio del arrepentimiento.

¡Triste tarea es la declamación de tardías venganzas ante la solemne gravedad del sepulcro, que por sí mismo, con elocuencia irresistible, nos está pregonando las miserias de la vida y las vanidades de la gloria y del poder!

Y no nos arrepintamos de lo hecho, aunque las amarguras de la hora presente estén desalentando profundamente nuestro corazón. Si falta el honrado valor en las luchas de la vida pública, todo lo demás sobra. No desmayemos, y clavemos nuestra bandera en las cumbres del Futuro, acordándonos con Lamennais, de que “la libertad es el pan que los pueblos ganan con el sudor de su frente.”

# FEDERICO PROAÑO (1)

## (Necrología)



FUÉ un gran carácter.

Amaestrado desde niño en las luchas por la libertad de los pueblos y la dignidad de la conciencia humana, consagró á esta noble labor toda su existencia, pasada la mayor parte de ella entre las borrascas de la persecución y las indecibles amarguras del destierro.

Ha muerto en suelo extraño, de la dolorosa enfermedad de la nostalgia, y llena el

---

(1) Este artículo se escribió á raíz de la muerte de PROAÑO. Hoy que, después del triunfo, se pugna por hacer práctica la idea liberal en el suelo ecuatoriano, ¿se llevará á mal el que en estas páginas se dedique un recuerdo á los que por ella tanto combatieron hasta rendir la existencia en esa lidia desigual, cuyos frutos estamos cosechando ahora ?

alma del inmenso desconsuelo de ver inconclusa su obra, estéril el sacrificio de su vida.

¡Oh, los desengañados del ideal, los combatientes inconsolables que han perdido la fe en su propia obra y la esperanza de la victoria!

Yo he leído un extraño poema que parece la palpitación de los dolores todos de la humanidad, grito de angustia suprema, que de siglo en siglo conmueve á las generaciones asombradas y encuentra eco en los corazones enfermos y desesperados. La concentración de los dolores, de las desesperaciones todas, el abandono de Dios y de los hombres, en una sola pena, en un hombre solo, que se alza desde el fondo de un muladar, sobre las alas de la esperanza y la resignación, después de haber maldecido hasta el día en que nació, hasta la noche en que se dijo: "Ha sido concebido un varón", — tal es el poema de Job.

Pero más desventurado me parece aquel otro Patriarca, que asciende á la cumbre de un monte, para contemplar desde allí la Tierra Prometida, en la que nunca pondrá la planta, y buscada por él cuarenta años

al travez del desierto, en medio de rudas penalidades y cruentas luchas. Alimentar una ilusión, soñar con una esperanza, por toda la vida, emprender la odisea del dolor en pos de una idea; y mirar, luego, desvanecida aquella ilusión, frustrada esa esperanza, sin objeto la peregrinación del alma, vislumbrar tan sólo desde los confines de la tumba algo como la realización del sueño que nunca se ha de tocar, es la afficción más grande que darse puede.

¡Ay, cuantos corazones adoloridos han subido, como Moisés, á la cumbre de su Nebo, para mirar el bien de que nunca jamás han de gozar, y morir en medio de la mayor de las tristezas posibles!

La libertad! la justicia! el derecho!.....  
¡Pobre PROAÑO! . . . . . ¿Es que ha llegado, por ventura, la hora en que sean un hecho en esta América mestiza trabajada por la fiebre de las revoluciones, que ha servido únicamente para engendrar en ella el monstruoso pólipo de la tiranía?

Alma cosmopolita y soñadora, al verse, una y otra vez, vencida en la contienda desigual, sintióse presa de aquella terrible

enfermedad de los espíritus llamada desaliento; pero no abandonó por eso ni aun en medio de las languideces del desencanto, la comenzada labor; y su palabra y su pluma, siempre al servicio de la causa de la libertad, fueron anatema y espada que rugía y que vibraba sobre la frente de los tiranos.

Hoy que el empequeñecimiento de los caracteres es la gangrena de estas nuevas sociedades, donde los heroicos combatientes de la víspera son los usurpadores del día siguiente, y las intransigencias infecundas han agriado la lucha, haciendo, si no imposible, harto difícil la causa de la civilización, ¡qué grande, qué simpática se destaca la figura de PROAÑO, trabajando en todas partes por la libertad, en todas partes perseguido, y llorando, como Montalvo, como Alfaro, como José María Vargas Vila, bajo extraño cielo, perpetuos proscriptos, perennemente desconocidos, las desventuras y el envilecimiento de la Patria querida!

Muy joven comenzó la tarea.

Eran los días de la dominación garciana. Vasto sepulcro de la libertad de un pueblo, el Ecuador era el reino del silencio y la abyección, que no lograban interrumpir ni conmover los infames asesinatos políticos llevados á cabo á sangre fría, ni las dolientes lamentaciones de los ecuatorianos arrojados fuera del suelo natal por la férrea voluntad del déspota.

¿Qué pluma se movía entonces? qué voz se levantaba, potente y enérgica, para protestar siquiera contra el encanallamiento de una sociedad corrompida por el miedo y sugestionada por el despotismo?



El orden matando al derecho; las conveniencias materiales ahogando los intereses morales; el espíritu de retroceso que se había apoderado de las voluntades; la farsa en vez de la justicia y la equidad, en uno como convento triste y solitario, donde, á la luz del recuerdo, velaba el cadáver de su esperanza una nación cansada de luchas estériles, exangüe y miserable . . . . ¡Oh, qué tiempos aquellos!

Pero la idea no muere. Latente en el corazón de la juventud, ardía la llama de los santos entusiasmos; en algunos pechos generosos se desbordaba la indignación — impotente, pero rabiosa — ante tamaña iniquidad y abyección semejante.

Fué entonces cuando dos jóvenes, que han hecho, luego, la honra de esta desgraciada República — PROAÑO y VALVERDE — se lanzaron, resueltos y abnegados, al palenque político, á provocar las iras del tirano, lo que equivalía á firmar su sentencia de muerte.

LA NUEVA ERA fué un grito de guerra; uno como despertamiento del espíritu na-

cional; . . . . . y á poco, los dos hermanos inseparables en la idea, arrojados á la soledad de las selvas orientales, tomaron el camino del destierro.

Destierro largo y penoso para PROAÑO, durante el cual apuró todas las amarguras de la pobreza; sufrió todos los insomnios de la nostalgia, los desmayos del más negro y profundo desconsuelo . . . . .

Puso su pluma al servicio de los pueblos de la América latina; y sus luchas reñidas, su penoso trabajo, aun en países extraños le acarrearón persecuciones y martirios.

Siempre lidiando y siempre caído, la vida del proscrito fué una peregrinación por un camino de desengaños.

Hoy ha muerto: el sol que iluminó su cuna no bañará en luz su desconocido sepulcro.

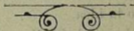
¿Qué nos queda del luchador infatigable?  
Nada, sino la idea.

Ella germinará algún día en estas miserables tierras acariciada por auras de libertad, y nos enseñará que la noche no es eterna en la conciencia de los hombres y que los pueblos no han nacido para las faenas de la servidumbre.

Tengamos fe en el porvenir, y no desmayemos en la obra redentora, imitando los grandes ejemplos de los que han muerto por nuestra causa después de haber arroja-

do, como Bernardo de Pallisy, hasta las tablas del propio lecho para alimentar la hoguera de la que había de surgir la realización de alguna idea fecunda en buenos resultados para la civilización y el progreso.

1894.



# FRANCISCO HALL

---

(**Recuerdos históricos**)

---

## I



ABÍAMOS venido á la vida autónoma envilecidos y manchados, fruto de la traidora ambición de un ingrato, sobre cuya memoria pesa aún la terrible acusación, — contradicha, pero nunca del todo desmentida, — de la tragedia de Berruecos.

Colombia la Grande se había hundido miserablemente, entre crímenes y traiciones, y de élla había quedado tan sólo un recuerdo glorioso, pero triste. Pasado el ciclo épico para nunca más volver en la América Meridional, comenzaba la era re-

volucionaria, la de los hombres pequeños y de los acontecimientos indignos de la Historia. El sol de la Independencia, el que alumbró en Carabobo y Boyacá, en Pichincha y Ayacucho, declinaba sobre un horizonte ensangrentado; y, al par del rumor confuso de la tempestad, se acercaba la noche . . . . ; Cuán triste es el oscurecer de los días gloriosos!

Los funerales de Alejandro debían ser sangrientos. ¿Cómo no, si aun antes de la muerte del héroe sus soldados y conmitones se disputaban á dentelladas la pingüe herencia, y los libertadores de la víspera aprestábanse á ser los tiranos y verdugos del día siguiente? Bolívar, pues, tuvo razón: *había arado en el mar*. Su obra era un cadáver; su Colombia, manjar apetitoso para la soldadesca hambrienta.

Primero Venezuela; pero si la nimia susceptibilidad del General Páez buscó en el resentimiento y en la vanidad pretexto para la disgregación inconsulta, ¿qué podía alegar el General Juan José Flores, — que ni siquiera tenía en su historia militar

una página como las *Queseras del Medio*,— para la separación de los departamentos del Sur?

La voluntad de las mayorías no favorecía al proyecto insensato: queríase la autonomía departamental, la federación colombiana, no la disgregación completa, la disolución de la gran República; y tal lo entendieron los hombres de la Asamblea Constituyente de Riobamba cuando, al copiar para el nuevo Estado punto por punto la Constitución de Cúcuta, proclamaron EL ECUADOR EN COLOMBIA.

Pero ¿qué valían la previsión y el patriotismo ante las arterías de la ambición que no había vacilado ni en presencia del crimen, dejando tendido en la selva oscura el cadáver del hombre glorioso en Pichincha y Ayacucho? La opinión de los pueblos significaba, entonces, bien poco; que sobre las tímidas manifestaciones de una ciudadanía no acostumbrada aún á las luchas de la vida pública, estaban la presión de la fuerza, el voto de los cuarteles y las intrigas de los viles.

Fué ineficaz toda oposición. El movimiento mismo del General Luis Urdaneta, hombre vicioso y corrompido, pero leal á Bolívar, tuvo que fracasar, no tanto estrellándose contra la tumba del Libertador, como ahogado por la suspicaz destreza de Flores.

Y así nacimos, no como Palas Atenea armada de punta en blanco de la divina cabeza de Zeus, sino débiles y desacreditados, de la madriguera de uno á quien nuestros verdugos llamaron PADRE DE LA PATRIA, pero al cual cinco generaciones de hombres libres, durante más de sesenta años, han estado apellidando BANDIDO.

La traición estaba consumada. Muerto Bolívar, la obra por él levantada se venía abajo en ruina lamentable: ¿quién era capaz de reconstruirla, asesinado Sucre, desposeído D. Joaquín Mosquera, alejado Páez; y Caicedo, y Urdaneta, y López, y Obando disputándose en la sombra los girones últimos de la veste sangrienta?

Y sobre la abyección de los unos y la impotencia de los otros, comenzó para el



Ecuador la época del cesarismo cruel é inepto, que había de echar hondas raíces en este suelo fecundo para la tiranía, donde el despotismo es escuela política y la traición ha encontrado glorificadores . . . . .

Glorificadores? Desde el primer momento. Hubo quien (el diputado Santisteban) en el Congreso de 1831 propusiese hacer revivir el grado de *General en Jefe* para dárselo al indio de Puerto Cabello, exclamando, al ver combatida su adulación, “que nunca pudo persuadirse de que su proyecto hubiese sido la causa del escándalo de los necios y del triunfo de los ingratos”! . . . . . Y ese mismo Congreso declaró á Flores **BENEMÉRITO DE LA PATRIA Y PADRE Y PROTECTOR DEL ESTADO . . . . .** ¡Cuánta abyección!

Ibamos á entrar en los días sombríos.

La primera sangre se había ya derramado con ferocidad de hiena á lo largo del camino del Norte de la nueva República: la de los soldados del batallón *Vargas* . . . . . “La historia cumple como corresponde con su deber, — dice Cevallos, — y refiere que

perecieron asesinados ó en el patíbulo á vuelta de trescientos veteranos de los fundadores de Colombia, Perú y Bolivia, porque ya no podían soportar por más tiempo el hambre y la desnudez” . . . . . También se había levantado el cadalso político: el del coronel Manuel León, en la isla de Puná . . . . Más adelante están los cadáveres de los cuatrocientos veteranos del *Girardot*; en lontananza, las ochocientas víctimas de Miñarica, la triste noche del 19 de Octubre de 1833 y las jornadas de la Elvira. En medio están Flores y Otamendi; es decir, los verdugos . . . . .

He aquí al PADRE DE LA PATRIA, al PROTECTOR DEL ESTADO . . . . .

Algo más había hecho éste en los primeros meses de su dominación: por su inepticia, perdió el Ecuador para siempre la rica provincia del Cauca, que se le había anexionado voluntariamente . . . . .

## II

Si la de Flores es una de las figuras más sombrías y repugnantes de la historia americana, su primera administración fué de las más vergonzosas que recuerda la historia del Ecuador: no sólo hubo sangre: hubo fango.

La República estaba completamente entregada en manos de extranjeros rapaces, que habían elevado el agio y el peculado á institución pública; la administración era un caos; la miseria general contrastaba con el fausto insolente del PROTECTOR DEL ESTADO y de sus seides; el nepotismo irri-

tante estaba á la orden del día; acuñábase públicamente moneda falsa, y la autoridad no sólo consentía en semejante atrocidad, sino que se iba á la parte en la especulación infame, declarándose impotente para contenerla y castigarla, al mismo tiempo que hasta en la casa presidencial, — según dicen crónicas de la época, — se acuñaba los famosos *bregués*, de puro cobre, con ligero baño de plata . . . . El pueblo tenía hambre, y como toda respuesta al clamor general, se decretaba el empréstito forzoso de diez mil pesos mensuales; los tribunales superiores de Justicia, los juzgados de letras, las contadurías provinciales, se habían suprimido ó suspendido á pretexto de ahorros y economía; pero estaba en pie un ejército permanente, numeroso é inútil que chupaba la poca sangre que la concusión escandalosa dejara en las venas del pueblo; y sobre este cúmulo de males, sobre esta ruina miserable soplaba, viniendo de las alturas oficiales, un viento de mala fe, se percibía un hedor de muerte.

No queremos que se nos crea por nuestra palabra ni menos hemos de apelar al testi-

monio de los que presenciaron los tristes acontecimientos á que nos referimos. Citar á D. Pedro Moncayo, el viejo *chihuahua*, que con tanto brío historió nuestra vida política desde 1825 á 1876, sería para que los últimos devotos del floreanismo, resucitado por García Moreno y el segundo Flores, dijese que apelamos al fallo de enemigos; pues venga D. Pedro Fermín Cevallos, que escribió de esas cosas con miedo indigno de un hombre de bien que dice la verdad á la posteridad, y hable por nosotros. Su narración está llena, virtualmente, de puntos suspensivos, de atenuaciones, de falsedad en las consecuencias deducidas de la exposición cobarde de los hechos, pero á veces, la dignidad le inspira arranques de nobleza, y ataca á Flores, aunque diciendo como la Dubarry al pisar á Sansón en lo alto del tablado de la guillotina: *¡Perdón, señor verdugo!*

Veamos cómo pinta esa época de desgüeño y agiotaje; copiaremos tan sólo algunos párrafos:

“El mal estado de la hacienda pública, que tanto había empeorado con el sostenimiento de

la campaña por el Norte, obligó al Gobierno á suprimir los juzgados de letras establecidos para el conocimiento de causas civiles y criminales en primera instancia; á imponer una contribución de diez mil pesos mensuales; á suspender temporalmente las Cortes departamentales del Guayas y Azuay; á suspender las comandancias generales de los departamentos, las de armas de las provincias, militares de los cantones y los Estados mayores de los tres distritos; á suspender las contadurías de Quito, Guayas y Azuay, dejando sólo una con la denominación de *General* en el primero, á la cual se atribuyó la facultad de glósar, revisar y fenecer las cuentas de los empleados de hacienda; á reducir varios destinos de algunas oficinas; y á suspender, mientras cambiaran las circunstancias, el pago de las deudas atrasadas."

Aunque Cevallos dice seguidamente que "convenientes y provechosas fueron estas providencias", preguntamos nosotros: si no había administración de justicia en lo civil y criminal, suprimidos los tribunales de primera instancia y suspendidos los de apelación; si no había administración militar, ni apenas, fiscal; si se abandonaba el servicio del crédito público, ¿qué quedaba en

pie de la administración general? qué gobierno era ése, sin tribunales de justicia, sin tribunales de hacienda, sin organización militar, sin crédito, sin prestigio, que por todo medio de vida imponía una contribución exigua aun para la pobreza de esos tiempos, como más tarde había de imponer una capitación monstruosa, causa y origen de la ruina de Flores?

Continuemos copiando á Cevallos:

“Al mal estado de las rentas vino á unirse la falsificación de moneda, consentida, casi autorizada y *talvez acuñada por algunos empleados superiores* (1); esto es, por los mismos que tenían

---

(1) Subrrayamos nosotros. En esto como en las consideraciones que luego veremos, se palpa el miedo de Cevallos. He aquí el juicio que sobre este historiador hace D. Pedro Moncayo:

“Cevallos no comprende ni estudia las causas generadoras de los acontecimientos que refiere. Es un historiador sin penetración ni perspicacia; y todavía más, sin dignidad, energía é independencia. — Se conoce el miedo con que trata las cuestiones que se rozan con la persona del General Flores. ¿Qué teme? — ¿El asesinato? Pero es el camino de la inmortalidad! ¿La calumnia? ¡Oh, las calumnias de Flores y de los suyos elevan y engrandecen á un escritor y le dan nuevos títulos á la estimación de sus conciudadanos.”

Este miedo palpita en cada una de las páginas del Tomo V del *Resumen*; y ese fué el lado flaco de aquel hombre de bien,

obligación de perseguirla y castigarla. Cuantas platerías y caldererías tenía Quito, y algunas casas y tiendas particulares, se habían convertido en oficinas de acuñación de moneda, donde se trabajaban reales falsos y de puro cobre, casi públicamente, con lisura, á la luz del día. El empleado, el comerciante, el agricultor, cualquiera, en fin, que tenía con qué comprar un marco de plata para blanquear diez y seis ó veinte de cobre, había dejado sus honestas labores por ser monedero falso, y los reales, todavía calientes, pasaban de las casas y tiendas á los mercados públicos. Oíanse de claro en claro los golpes de la acuñación, y *gobernantes y gobernados, sin embargo, se encogían de hombros*, como convencidos de su impotencia para atajar aquel torrente devastador de monedas

---

librepensador de por vida que, sin embargo, murió contrito confesado y oleado y sacramentado.

A propósito de Cevallos, cuéntase de él una anécdota que, de ser cierta, explicaría completamente las vaciedades, vacilaciones y subterfugios de su RESUMEN, en todo lo que atañe á Flores. Reconvenido en Lima por el General Urvina sobre el punto mismo de sus timideces históricas, dicen que contestó sonriendo:

— Sí, todo eso es bueno para dicho en el Perú; pero yo que tengo que vivir en Quito con los amigos, partidarios y parientes de Flores . . . . .

Esto sólo pone de relieve al historiador. El miedo es mal consejero; porque el miedo da consejos hasta de servil adulación.



falsas, desdorosa obra de tan criminal cuanto generalizada industria.

“Tan grave era ya el mal, y tan difundido se hallaba por algunas provincias del Estado, que, á pesar de las mil justas quejas de los vendedores y de los hombres de bien, que no habían querido aprovechar de los seguros lucros de esa vergonzosa industria; tuvieron las autoridades que dictar enérgicas y repetidas órdenes para que se admitiesen aquellas monedas sin ley ni tipo legítimo, autorizando el crimen, diremos así, y alentando á los delinquentes á proseguir con su punible manera de buscar la vida, y hasta de enriquecer á poca costa.” (1)

Qué tal? Y no sólo esto. Los mismos que autorizaban y protegían escándalo tan inaudito, perjudicaron doblemente al público, en la hora en que Micifud y Zapirón sintieron remordimientos de conciencia ante la idea de si se tragarían ó no el asador: tras de haber obligado enérgicamente á los ecuatorianos á la aceptación y circulación de la moneda falsa, que ellos fabricaban, redujeron el valor de ésta, y luego la anu-

---

(1) RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR. — Ed. de 1886. — Págs. 96. 97 y 98.

laron por completo. Ladrones honradísimos.

Había otro motivo de fundadísima queja, que producía malestar general: era el extranjerismo reinante en la República. Extranjero era Flores, extranjero era su ministro Juan García del Río, extranjero el negro Otamendi, extranjeros la mayor parte de los individuos que mangoneaban en los empleos civiles y militares; extranjeros los que manejaban las rentas públicas; extranjeros los que componían las tres cuartas partes del Ejército; . . . . extranjeros casi todos. Vivíamos como en casa ajena, mandados por otros, por extraños esquilmados y sacrificados.

A esto se añadía la felina ferocidad del PADRE DE LA PATRIA. El asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, como dijimos al principiar este artículo, era tremenda acusación contra el Presidente; á esa sangre del Abel de Colombia, el Caballero de la libertad americana, se juntaba la de Marchancano, de Castillo, de Llona, de León, de otros muchos, caídos en celada in-

fame; á la de éstos, la de los trescientos cincuenta infelices del batallón *Vargas*, y la de los cuatrocientos del batallón *Girardot*, rebautizado *Flores*, como dice Murillo en su historia. Estas víctimas no fueron caídas en combate leal: fueron casi todas asesinadas, sacrificadas, por Otamendi, esa especie de Juan Cortacabezas de nuestro primer período de República independiente, manchada de sangre, crímenes y vergüenza. Y cuenta, que nada decimos de la rapiña del Presidente que pudo, en breve, acumular una fortuna con la cual no soñaba sin duda alguna, cuando era barbero de Boves y asistente de Calzada . . . . .

El mismo Cevallos menciona las causas de la oposición hecha á ese hombre funesto, y, para justificar lo dicho, vamos á copiarlas:

“1<sup>a</sup>. Flores no había nacido en el Ecuador sino en Portocabello, ciudad de la heroica Venezuela, y la nota de extranjero y su decidida protección á los extranjeros fueron, para los pueblos, faltas que no podían tolerarse. (1)

(1) Extranjerismo.

2ª. Igual decidida protección á los de su numerosa familia. (1)

3ª. El mal estado de la hacienda pública y el fausto con que el Presidente y los empleados superiores daban tertulias y convites, hicieron conceptuar que lo primero procedía no tanto de la escasez de rentas, sino de las especulaciones ilícitas de cuantos corrían con el manejo de ellas. (2)

4ª. Los hombres influentes habían manifestado á Flores la inutilidad de conservar el grueso ejército que consumía todas las rentas, y pedido que lo disolviese, conforme á los deseos de muchos de los mismos jefes, oficiales y soldados. El General había mirado la demanda como justa y ofrecido que lo disolvería tan luego como se descartase de Urdaneta, y no lo disolvió. (3)

5ª. La cordialidad con que los Generales Flores y Obando se trataron en Túquerres, con motivo del armisticio que precedió á los tratados de Pasto, cuando aun pesaba sobre ambos el asesinato de Sucre, hizo que miraran al primero, si no como autor como cómplice del segundo . . . . . (4)

---

(1) Nepotismo.

(2) Peculado y agiotaje.

(3) Despilfarro.

(4) Sospecha de que el primer Magistrado era un asesino.

6°. La postergación ú olvido de algunos jefes y oficiales ecuatorianos del tiempo de la guerra de la independencia ó posteriores . . . . . postergados por militares . . . . . torpes é inmorales los más. La preponderancia de éstos era tal, que el gobierno sólo contaba con ellos aun para los destinos que requerían idoneidad. (1).

7°. El ultraje hecho por Flores al General Matheu, con motivo de un pasquín ó libelo infamatorio contra la sociedad quiteña, del que éste se quejó y aquel había aplaudido. (2)

8°. El disgusto producido por el mal éxito de la campaña abierta con motivo de la incorporación del Cauca. Habíase hecho por el General Flores la oferta de *una victoria espléndida y gloriosa* y tenido por paradero un desairado fin. (3)

9°. El llamamiento al Ministerio de Hacienda al granadino señor Juan García del Río, conocido y bien merecidamente reputado por su oratoria é instrucción variada, tanto como por su orgullo y opiniones monárquicas . . . . ." (4)

Y el estado general del pueblo, al que se le había sumido en la más profunda de las

(1) Ingratitud y mala política.

(2) Suprimimos el texto de Cevallos, en este particular, por amor á la brevedad.

(3) Ya lo hemos dicho: ineptia. El General López en sus Memorias deja bien claro el punto. Como él dice, Flores fué quien pronunció el *sálvese quien pueda*, en el asunto del Cauca.

(4) Traición al sistema republicano.

miserias, y á quien se le despreciaba y tiranizaba como á una horda de ilotas.

Dice el historiador á quien copiamos que, sobre este cúmulo de acusaciones, estaba el eterno prurrito de oposición, al cual flajela y denuncia como mal endémico en nuestras ramplonas sociedades; pero las causas que él apunta no eran suficiente motivo para un levantamiento? Derramamiento de sangre humana, extranjerismo, nepotismo, peculado y agiotaje, despilfarro, infamia y crimen, ingratitud y falsedad en los procedimientos políticos, burlas contra la alta sociedad é ineptia, y, finalmente, traición al sistema republicano, todo ello agregado á recientes injurias, á nuevos y diarios abusos, ¿no era motivo suficiente para la más tempestuosa de las revoluciones? Echados por ese camino, falta de dignidad hubiera sido el no conspirar, el no pretender, siquiera, sacudir el yugo.

Y esto es lo que se hizo.

Así resume la exposición de los hechos el escritor citado:

“Los militares extranjeros, acostumbrados desde 1822 á deprimir y ultrajar á nuestro pue-

blo, continuaban entonces más altivos con la ocupación de los más de los destinos públicos y el amparo del Gobierno; y los pueblos ya hastiados con el despotismo militar, comprendieron que el nuevo estado con que se constituyeran en 1830, no había mejorado en un ápice su condición anterior. Sobrábales, por tal causa, razón para su descontento, y era natural que apreciaran entusiastas á quienes trataban de hacerse de ese pabellón (*el propiamente nacional, que le faltaba al Ecuador*), y aun acudiesen á las vías de hecho, si de otro modo no podían conquistarle." (1)

La revolución estaba, pues, justificada, como acaso no lo ha estado más completamente otra alguna entre las innumerables que en la América latina se han llevado á cabo de sesenta años á esta parte. Había necesidad de iluminar ese caos donde sólo se veía claro el agio, la falsificación de moneda, los negocios ilícitos y la bancarrota nacional, con un relámpago sangriento..... Desgraciadamente, el pueblo estaba muy débil todavía, y la tentativa generosa ó había de convertirse en martirio para la ju-

(1) Obra citada, Pág 105.

ventud quiteña, ó ser padrón de ignominia en manos de bandidos como Mena, Alegría y más foragidos de la fragata *Colombia*.

La hora de la reparación no había sonado.

Y Flores pudo fundar tranquilamente, con el auxilio y cooperación de los clérigos y de las bayonetas extranjeras, esa escuela de depravación y vicios, de la que fué breve paréntesis la administración de Rocafuerte y que no había de terminar ni con el esfuerzo popular y épico del Seis de Marzo de 1845, ni con las liberales administraciones de Roca y de Urvina ni con el trágico machetazo del Seis de Agosto de 1875, ni con la revolución de Setiembre de 1876, ni con el sangriento drama de 1883. Flores dejó muchos secuaces, y el mal ejemplo cunde, cuando la práctica de la iniquidad es provechosa para los inicuos. La sombría figura del victimario de Sucre, llena toda nuestra historia: García Moreno es la reencarnación de aquel verdugo, y Caamaño es su continuador. ¿Qué más tenemos en nuestra agitada vida revolucionaria?



### III

Vivía entonces en Quito, en uno como tonel de Diógenes, — miserable casucha situada en los arrabales de la ciudad, — un hombre cuasi extraordinario para aquella época (1833) en que aun el furor romántico, que en Alemania hacía suicidarse á los lectores del Werther y en Francia impelía á Aurora Dupin á salir vestida de hombre por las calles de París, no había invadido estas regiones, más apegadas, en lo que á usos y costumbres atañe, á las prácticas coloniales que á las peligrosas innovaciones traídas por la novísima literatura europea.

Era el tal un filósofo, huraño de carácter, severo en sus costumbres, idólatra de la libertad, por la cual había combatido desde joven y cuyos principios había aprendido en la escuela de afamado maestro. A pesar de cuanto digan los falsificadores de una moral política convencional y de pega, que no comprenden el alcance de las doctrinas de Bentham, ó comprendiéndolo, las calumnian y falsean, presentando el *utilitarismo* como una divertida monstruosidad, en la que entra únicamente por parte el recuento de los beneficios personales reportables, en la ejecución de los actos públicos, lo cierto es que, á principios de este siglo, fué inmenso el influjo ejercido en la juventud por el autor del *Panóptico*n y la *Legislación civil y Penal*. Jeremías Bentham, hoy tan negado y discutido porque la ciencia ha avanzado, y ha cubierto las cumbres el positivismo trascendental de Comte y Littré, hizo que soplasen auras de lo que hoy llamamos liberalismo sobre la frente pensadora de una sociedad que acababa de salir de las grandes tragedias de la Revolución y de las guerras napoleónicas, que con-

movieron el mundo. Apartándose brusca-mente y para siempre de los ensueños filo-sóficos de Montesquieu y de las timideces científicas de Cayetano Filangieri, planteó el problema de la vida colocándolo en su aspecto práctico y conveniente, tal como la lucha lo presenta y las conveniencias so-ciales lo quieren resolver. Un atrevimiento era semejante cosa, en lo que á la política se refiere, muy especialmente después de las infames maquinaciones del Congreso de Viena que quiso asesinar la libertad en el mundo y consagrar el despotismo y la fuer-za mediante ese engendro de tiranos llama-do la *Santa Alianza*; y por eso mismo, fué notable y provechoso el efecto que produ-jeron en Francia y en Inglaterra las ense-ñanzas del publicista inglés. De este ami-go de la libertad habia sido aventajado y predilecto discípulo el hombre de quien ha-blamos.

¿Era inglés y se llamaba FRANCISCO HALL.

¿Qué vientos le habían empujado por es-tas Américas, en combustión entonces? El

mismo viento que le empujó á Lafayette, á combatir á lado de Washington; el mismo viento que le llevó á Byron á morir al pie de las murallas de Missolonghi; el mismo que trajo á Cochrane y á esa pléyade de valientes ingleses que en apretada legión vinieron á ofrecer su sangre y su vida en aras de la libertad é independencia de la América Septentrional.

HALL había combatido en Pichincha y en Ayacucho; era de los próceres. Amigo del Libertador; era aún más fanático por la libertad y la forma republicana. En otros días y otra escena, habríase sentado con Saint Just en lo alto de la Montaña, y combatido en la Vendée con Hoche, el joven héroe. Cuando desapareció de las alturas del ideal el Libertador, para quedar únicamente el General Bolívar con la triste constitución boliviana y la dictadura del año 28, — como en 1804 había desaparecido el General Bonaparte para no quedar sino el emperador Napoleón, — HALL se había contado en el número de los intransigentes é intolerantes, y si no empuñó el ingrato puñal del 25 de Setiembre ni par-

tió el pan de la persecución con el infortunado Vargas Tejada, era de los que con Francisco de Paula Santander combatían por la implantación de la verdadera República, noble, grande, independiente, sin dictaduras militares ni hombres necesarios. No se había luchado durante diez años consecutivos para endiosar á Bolívar, sino para endiosar á la República. La misión providencial del Libertador había concluído.... á lo menos, en el concepto de los opositonistas.

Establecido en el Ecuador este hombre que había combatido el gobierno de todo un Bolívar, ¿hubiera podido tolerar la tiranía de un Flores?

Convirtiósese, pues, en censor implacable de ese gobierno de asesinos y monederos falsos, de esbirros y soldados extranjeros; y presto sus críticas y recriminaciones hallaron eco entre una juventud, que, con el oprobio y la vergüenza de semejante yugo, estaba dispuesta, para arrojarlo de sí y reparar la afrenta, á acudir á todos los medios, aun á los más exagerados.

Con este fin formóse una sociedad secreta de la que HALL era el alma y el centro, sociedad que halló bien luego auxiliares en otras partes de la República, en las que se establecieron asociaciones iguales y con idéntico objeto. El país entero era opositorista, por cansancio, por dignidad, por espíritu de *nacionalismo*, por odio á una administración corrompida y corruptora: es cuanto puede decirse del primer gobierno del *padre de la patria y protector del Estado*.

Los elementos de resistencia estaban dispuestos: faltaba que la ocasión propicia hiciese sonar la hora de la lucha, para matar el silencio, y, arrojando el manto, empuñar la espada. Y esa ocasión no podía menos que ofrecérsela á los conspiradores la traidora inepticia de los que, encaramados en la cumbre, disponían de los destinos del pueblo, abaldonándolo y tiranizándolo.

A mediados de Abril se fundó, pública y desembozadamente la célebre sociedad de EL QUITEÑO LIBRE, con el siguiente personal:

PRESIDENTE, General José María Sáenz.  
SECRETARIO, Don José Miguel Murgueitio.

REDACTOR, Doctor Pedro Moncayo.

VOCALÉS, General Matheu, Coronel HALL, Ignacio Zaldumbide, Manuel de Ascásubi, Roberto de Ascásubi, Vicente Sanz, Manuel Ontaneda, Coronel Wrigth y Comandante Pablo Barrera.

El 12 de Mayo del mismo año de 1833 apareció el primer número del periódico llamado como la sociedad á que servía de órgano "El Quiteño libre", destinado "á defender las leyes (son palabras de su prospecto), derechos y libertades del país; á denunciar toda especie de arbitrariedad, dilapidación y pillaje de la hacienda pública; á confirmar y generalizar la opinión en cuanto á los verdaderos intereses de la nación, y á defender á los oprimidos y atacar á los opresores."

El silencio estaba roto.

#### IV

Fué inmensa la resonancia que en la República entera tuvo esa publicación, tanto más temible para los del Gobierno cuanto más seria y comedida era en su lenguaje y cuanto más fuertes y verdaderos, los cargos que le hacía con serenidad desusada en las luchas de la oposición.

Era el primer periódico de esta clase que salía á luz en el Ecuador, pues otras publicaciones análogas que con bastante timidez habíanse arrojado al combate anteriormente, desaparecieron en breve, y no influyeron en nada en la opinión pública.



El Gobierno hizo lo posible por contrarrestar el influjo y popularidad de "El Quiteño libre", ya oponiéndole otros periódicos, ya acusando sus artículos, ya destituyendo un Ministro, el señor José Félix Valdivieso, por sólo el hecho de haber publicado en él un remitido vindicatorio de su conducta, ya, finalmente, persiguiendo y desterrando á sus redactores y dueños. Pero todo esto era bien poco ante la actitud amenazadora de gran parte de los ecuatorianos, que veían en "El Quiteño libre" la manifestación de sus propios resentimientos, el desahogo de su propia indignación.

Cuáles los cargos de la patriótica publicación?

Cevallos, á quien tantas veces hemos de citar, á falta de otra fuente de información idónea para los terroristas, los resume en estas pocas líneas:

"Los cargos principales que hizo *El Quiteño libre* en los cuatro meses de su vida periodística versan sobre el desentendimiento del Gobierno con respecto á la circulación de la mone-

da falsa, á los bandos que había publicado para que se admitiese, y luego á los decretos relativos á la reduccion de su valor hasta el término de dejarla sin ninguno. Achácanle las prodigalidades con que obraba en favor de ciertos empleados escogidos, cuando otros andaban consumiéndose de miseria, y cuando aun los soldados carecían á veces hasta de raciones; achácanle la creación de destinos y legaciones inútiles que no llevaban otro fin que el de favorecer á los allegados al Gobierno; las frecuentes transgresiones de las leyes de Hacienda; las violencias, si no brutalidades y extorsiones, de algunos militares que servían como gobernadores en las provincias ó de corregidores en los cantones; los abusos del Presidente en materias de arrestos y destierros arbitrarios; la protección, cuando no amparo franco, dispensada á ciertos criminales que cargaban charreteras; y generalmente el despotismo militar, fomentado desde muy atrás contra los fueros de la nación." (1)

Cómo contestaba el Gobierno estos cargos terribles? cómo los hacía contestar con sus paniaguados y turiferarios, esa recua de

---

(1) Págs. 125 y 126. Nos referimos siempre al Tomo V del RESUMEN.

Irisarris con que siempre contó en sus mayores apuros? — Como contestan siempre los Gobiernos pecadores, que no tienen razones que oponer á razones, ni descargos que oponer á acusaciones: llamando calumniadores, mendaces é insultadores públicos, revolucionarios y pícaros á los que le echaban ese mundo encima de sus hombros, estigmatizándole para siempre en el concepto de todos los hombres de bien que escriben y leen la historia con imparcialidad justiciera.

Bien pronto vinieron otros sucesos á precipitar la corriente política de aquella época nefasta: Congreso de 1833. Se reunió el 10 de Setiembre, bajo la presidencia de D. Francisco Marcos. No duró sino cuarenta días; pero bastó esa corta duración para que pasase á la historia ecuatoriana con la nota de uno de los más infames y viles.

El insigne D. Vicente Rocafuerte debía asistir á ese Congreso, como diputado electo por la provincia de Pichincha, con una

gran mayoría en la Asamblea electoral, á pesar de las intrigas que puso en juego el Gobierno, á fin de impedir la elección de semejante hombre en quien veía el más grande, el más empeinado é influyente de los opositoristas. Era el candidato de "El Quiteño Libre".

— "Señor, — le decían los redactores de éste, al felicitarle por su triunfo electoral, — al dirigirnos á usted en el segundo número de nuestro periódico, como en quien habíamos puesto nuestras esperanzas para cooperar á la salvación del país, conocíamos muy bien que la voz pública del Ecuador no desmentiría jamás la nuestra. Actualmente acaba de ratificarla del modo más solemne, eligiendo á usted por su representante con la mayoría de los treinta y seis votos entre los cuarenta y siete de la Asamblea electoral. Los manejos y las intrigas del despotismo se han desvanecido delante de la opinión pública, como las sombras de la noche se disipan con la luz del día. El pueblo siente y ha hecho sentir sus fuerzas con el decoro y dignidad

que conviene á los hombres igualmente amantes de la libertad y de las leyes". . . .

Pero ¿qué iba á valer y significar la voz elocuente y nerviosa de Rocafuerte en una Asamblea sin pudor, esclava de Flores, sugestionada por García del Río y que muy luego habría de arrojarle de su seno, tachado de altivez y hombría de bien en presencia de los infames manejos del Gobierno? Los pocos representantes que no habían perdido la noción de moralidad y altivez republicana, como el General Mathen, se excusaron, en breve, de asistir á ese Congreso de viles, y otros callaban, y los esfuerzos de los demás eran inútiles.

A pesar de la fermentación poderosa que existía en el fondo, la República estaba en completa paz. "La tranquilidad reina en el Estado, — había dicho el Presidente en el corto Mensaje presentado á la Legislatura aquella, — á despecho de los esfuerzos para turbarla de algunos espíritus inquietos"; y el Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores había asegurado solemnemente en la *Memoria* de estilo, que la República gozaba de la tranquilidad más

perfecta. — Pues bien, no obstante estas afirmaciones, que contenían la purísima verdad, cuatro días después de instalado el Congreso, en la sesión secreta del 14 de Setiembre, preséntanse los señores Ministros y tienen la desfachatez sin nombre de pedir para el Ejecutivo las Facultades Extraordinarias, esa especie de dictadura constitucional que todas nuestras Cortes políticas han consagrado para casos extremos...

¿En qué se fundaba el Gobierno para tan insólita petición?

En rumores vagos, chismes de comadres, temores pueriles y ridículos... ¡y en la oposición declarada que le hacía un periódico, "El Quiteño libre", como si la voz de los independientes y dignos hubiera sido motivo de pública subversión del orden!

La sesión fué acalorada. Tres eclesiásticos hicieron ceder la balanza, y las Facultades Extraordinarias se concedieron.

Rocafuerte protestó violentamente, y fué expulsado del Congreso. El primer acto del Ejecutivo, en ejercicio de las famosas Facultades, fué confinar al hombre ilustre.

E inmediatamente comenzaron las persecuciones contra los del "Quiteño Libre".

Este apareció un día con sus columnas manchadas de tinta, como en signo de luto nacional.

Presto debían mancharse también en sangre humana.

El Congreso de 1833 había dado el golpe de gracia á la Libertad que agonizaba en manos de la soldadesca desenfrenada y advenediza.

Y comienza el largo drama de la revolución de los *chihuahuas*.

## V

No es de este lugar ni de la índole de este escrito relatar la revolución del 12 de Octubre hecha en Guayaquil por varios jefes y oficiales de Flores, y á la cual, en su iniciación, éste acaso no fué extraño, por un espíritu de maquiavelismo y de refinada corrupción. (1) El resentido señor Ro-

---

(1) Muy conocida es la carta que, con fecha 17 de Octubre dirigió Flores á Mena. "Estoy en la persuasión, — le decía, entre otras cosas, — que U. ha obrado según las circunstancias para obtener después el resultado que se ha propuesto, es decir, para prender á los facciosos enemigos del orden y de las leyes. . . . U. esperará que yo llegue á Babahoyo para dar el golpe. Cuento con ello; pues además de la confianza que



cafuerte asumió la responsabilidad de ese levantamiento, inmoral no por el objeto que se proponía sino por la calidad de los asesinos y ladrones que lo llevaron á cabo; y la lucha comenzó.

Noticiado de los acontecimientos de Guayaquil, el Presidente se puso en marcha para esa ciudad, y salió de Quito el día 18 del mismo mes, sabedor indudablemente— el mismo Cevallos no lo pone en duda,— de la trama inicua que en la Capital se urdía, talvez con su misma autorización, contra la juventud y los patriotas de “El Qui-

---

debo tener en U., su última carta aumenta mis esperanzas.” Y concluía con esta Postdata: “Hoy le han hecho á U. Coronel; cuidado con faltar á la confianza, porque sería U. hombre perdido para siempre.”

Que el Comandante Mena fué un traidor lo comprueba la prisión de Rocafuerte, abandonado por él en la Puná, y la nota del segundo jefe de la revolución, Coronel Subero, dirigida á Rocafuerte, preso ya, dándole cuenta de la deposición del citado Mena. “Los señores Jefes y oficiales del ejército, — escribía Subero, — acaban de hacer un acto de justicia. Sospechando con fundados motivos, que el General Pedro Mena, que mandaba en Jefe, traicionó nuestra causa, ligándose secretamente con nuestros enemigos, según indicios vehementes, comprobados con la conducta de lenidad que ha observado durante la campaña, y además CON ALGUNOS PAPELES QUE TESTIFICAN ESTA OPINION, han procedido á deponerlo,” etc.

teño libre" que no habían sido confinados ni extrañados del suelo de la República, porque, en la hora de la persecución, tuvieron buen cuidado de ponerse en salvo.

Estaba de guarnición en Quito un escuadrón de carabineros al mando del Coronel Juan Rodríguez, y en ese escuadrón era sargento un tal Peña, que, no se sabe cómo, había logrado granjearse las simpatías de los patriotas presos en el cuartel desde el día siguiente de la concesión de las Facultades Extraordinarias. Entre éstos se hallaba D. Roberto de Ascásubi, cuyo hermano D. Manuel parece que le dijo al sargento algo sobre una conspiración. Accedió á las insinuaciones Peña con el malvado fin de traicionar á quienes tan cándidamente se ponían en sus manos, y denunció el plan á sus superiores. ¿Qué habían de hacer éstos, qué había de hacer Flores, siguiendo la política tortuosa é intrigante que el segundo había implantado en el Ecuador? Ordenar que el sargento llevase adelante la traición, representando hasta el fin su papel de confidente de los presos y corre-ve-i-dile de la intentada re-

vuelta, que había de comenzar con la insurrección de la tropa. Pero contando la Autoridad con más recursos, le dió á Peña más medios de espionaje; y así el traidor pudo presentar á los conspiradores, como adictos y comprometidos, no sólo individuos de tropa, sino también algunos cabos y sargentos. Entre estos, el apellidado Medina. Peña y Medina, soldados extranjeros, son los héroes de esta infame tragedia, que bastaría ella sola para abaldonar la memoria de Flores, si sobre ella no pesase tantas víctimas, entre las que no debemos olvidar al General Sáenz y al infortunado Ignacio Zaldumbide, asesinados poco después en los campos de Pesillo.

Medina, más diestro que Peña, logra engañar completamente á los patriotas y se compromete entregar el cuartel y amarrados al jefe Rodríguez y sus oficiales. Como en la infamia ha de haber siempre su parte de dinero, recibió como pago de su deslealtad al Gobierno trescientos pesos.....

Todo este enredo había tenido lugar antes de que el Presidente saliese de la Capi-

tal, y habiéndola dejado éste el 18, señalóse la noche del día siguiente para la consumación de la obra.

En el *parte* que á su jefe el Comandante de Armas de la Provincia pasó Rodríguez en la mañana del 20, sobre los acontecimientos de la víspera, dice que le fué revelado el plan por los sargentos traidores (que le entregaron el dinero de la venta con la merma de treinta pesos, sin duda por el *corretaje*) tan sólo algunas horas antes de ponerse en práctica; pero esto no se compadece con la verdad, pues no era un jefe subalterno el que por sí y ante sí, asumiendo toda responsabilidad, podía disponer final tan sangriento, cuando ahí estaban los Ministros de Estado, ahí el jefe militar de la plaza.

En la página 156 del RESUMEN hallamos este párrafo precioso, que es la exposición de la verdad. Debe tenerse en cuenta que quien lo escribió fué coetaneo y testigo presencial de los sucesos que refiere. Dice así:

“Los Ministros de Estado, menudamente informados de cuantos pasos daban los conspiradores, siguieron amparando la felonía del sargento (Medina), y la ampararon á sangre fría, como si se tratase de algún negocio de especulación, cuando se trataba nada menos que de llevar al matadero una parte, aunque corta, de la escogida juventud de Quito”.

Conste, pues, que los hombres del Gobierno y la casi totalidad de los individuos del Congreso (también lo dice el RESUMEN) estaban en el secreto, y que el crimen se preparó con conocimiento de causa y con bastante anticipación.

Llega la infausta noche del 19. Acuden los patriotas en número de ochenta ó ciento (1) á esperar la hora convenida, y se sitúan unos en el atrio de la Catedral y otros en la plaza de San Francisco. Iban desarmados casi todos: ¿para qué necesitaban armas, cuando todo se iba á reducir á

(1) Doscientos, dice Rodríguez en su informe; pero buen cuidado habrá tenido éste en aumentar el número para dar mayor realce á la hazaña. El indicado en el texto es el que trae el RESUMEN.

entrar en el cuartel como Pedro por su casa, y apoderarse de los jefes y oficiales que los sargentos debían entregarles amarrados, y hacerse dueños del parque? Unos pocos, más previsores ó menos confiados, habían llevado fusiles inservibles, recién desenterrados; pero no tenían cartuchos.

Suena la hora: las doce de la noche; noche lóbrega y triste, con su cielo encapotado de grandes nubes, tras de las cuales habían ocultado las estrellas sus fulgores pálidos. La ciudad dormía profundamente, y sólo estaban en vela los malvados que se aprestaban á ejercer de verdugos.

Sale Medina del cuartel y parlamenta con los que esperan.

— Ya está hecho todo.

— ¿Todo?

— Absolutamente: los oficiales están atados, la guardia dormita, los presos esperan, y los comprometidos están impacientes. No hay sino que entrar, y apoderarse de las armas, y dar el grito de insurrección.

Los conspiradores dudan, desconfían; insiste Medina, insisten ellos; y al fin, le ordenan volver al cuartel, sacar las armas

y entregárselas en sus manos. Medina despechado, torna al cuartel, ofreciendo regresar.

En esto, suena una descarga, y comienza la matanza.

Quién la ordena?

Los infames Ministros que estaban presentes en las inmediaciones del cuartel, y dirigían la asechanza, á cubierto y sobre seguro.

La cosa era muy sencilla contra una multitud desprevenida é inerme. Los carabineros estaban sobre las armas, un cañón cargado hasta la boca habíase situado en la puerta del cuartel, y un pelotón de soldados ocupaba silencioso la *Calle Angosta* por la que debían desembocar los que habían ido á colocarse en la plaza de San Francisco.

La confusión es grande en la sorprendida multitud, tan brusca y traídoramente atacada. Seis ú ocho que tenían cargadas sus armas, contestan á las descargas del cuartel; se oye el grito repetido de ¡Viva *El Quiteño Libre!*, y cada cual, viendo inútil é imposible toda resistencia, dase á huir

desesperado, fiando su salvación á la fuga y á la oscuridad de la noche.

El Comandante Darío Morales, traidor también, corre á la plaza mencionada, y encarándose con los que esperaban, les dice que ya es hora, que el cuartel está tomado, que los compañeros aguardan . . . . Los incautos se precipitan por la *Calle Angosta* y por la de la Compañía: van á caer en el matadero. Al ruido de la descarga se desconciertan, dudan, y entonces los soldados apostados á lo largo de las paredes, les atacan sin misericordia, les alancean, les persiguen . . . . La oscuridad salva á unos, que se deslizan silenciosos por la pared, otros, heridos y asustados, se desbarrancan en las quebradas que atraviesan la ciudad, los demás se desparraman por las calles, dando alaridos de espanto . . . .

La población se despierta aterrorizada. Las familias de los conspiradores, tiemblan y callan . . . . ¿Cuántos serán los muertos? quiénes serán? qué habrá ocurrido? Las tinieblas se tragan el secreto, y el silencio de los hogares desolados sólo es turbado por ayes de angustia y sollozos comprimidos.



A poco, sale la luna de entre un montón de nubes, clara, esplendente, á iluminar con su blanca luz aquel campo de asechanza, donde los verdugos bufan de ira y las víctimas se revuelcan en un arroyo de sangre, sin pedir ni esperar conmiseración alguna . . . .

Cabalga el escuadrón, y lanza en ristre galopa sobre el empedrado de las calles, en persecución de los que huían, buscando todos esos extranjeros de alma endurecida y perverso corazón, ciudadanos indefensos que victimar con impunidad tranquila y satisfecha . . . .

Pero ¿qué es lo que ocurre en esa calle triste, donde se oyen improperios y blasfemias contestadas con gemidos de muerte?

Ah, el bravo oficial, el oficial invicto, y cómo maneja la lanza con tanta gallardía, cómo tira esos botes airosísimos, cómo le brilla la mirada y le palpita el corazón, en aquel duelo singular, duelo á muerte, combate caballeresco! ¿No lo veis? Es un negro infeliz al que ha arrojado á sus pies, un pobre africano llamado Isidoro, esclavo de uno de los conspiradores, y una tras otra

le da once lanzadas crueles, para obligarle á declarar el nombre de quien le ha metido en la conspiración. El negro heroico afronta la muerte, sufre que el hierro penetre en sus carnes una y otra vez, que la planta del homicida, del asesino, oprima su cuello, pero calla, fiel á la desgracia, leal ante el sacrificio . . . ; Ah, valiente, invicto oficial! (1)

Y á la indiscreta claridad de esa luna hermosa y esplendente, pudo verse también una cosa bien extraña. Los ínclitos Ministros de Estado, los *padres conscriptos*, representantes del pueblo, y los empleados públicos, unos en las ventanas del Palacio de Gobierno, otros en las de la inmediata Casa de Moneda, (2) tranquilos y satisfechos, presencian el final del drama por ellos preparado, y lo presencian, después de haber tomado parte en él, descargando sus

---

(1) Este negro Isidoro, esclavo de D. Bernardo Román, vivió de milagro. Su patrón le concedió carta de libertad, y aun alcanzó á sobrevivir á éste, quien le dejó un legado de quinientos pesos.

(2) Hoy Colegio *San Gabriel*, regentado por los jesuitas.

armas sobre los que huían despavoridos, víctimas de una asechanza sin nombre . . . .

Dos horas antes, mientras los soldados cargaban sus armas y se preparaban á la matanza, el Congreso sesionaba tranquilamente, como si no supiese lo que iba á acontecer . . . . ¿Cuándo perfidia mayor, en nuestra sangrienta historia?

¿Amaneció? Pues mirad cómo esos jóvenes desgraciados, víctimas de su amor á la libertad y á la patria, yacen desnudos y sangrientos en la mitad del arroyo: han tenido tiempo de despojarlos. Sabéis cómo se llaman? Camilo Echanique, José Conde, Nicolás Albán . . . .

¿Qué bulto blanco y ensangrentado se columpia allí, colgado de un madero, como de horca infame?

Es el desnudo cadáver de FRANCISCO HALL.

HALL era míope, dicen los historiadores, que le conocieron personalmente, y como la noche era muy oscura, había tenido la

ocurrencia de montar á caballo, para ir al asalto del cuartel, y fué uno de los primeros que cayeron.

“El cadáver de HALL, — dice D. Francisco Ignacio Salazar (1) — se vió al día siguiente expuesto á la pública expectación, y desnudos los de Albán, Conde y Echanique . . . La exposición del cuerpo de HALL produjo en unos terror, admiración en otros y en no pocos indignación. En la placeta de San Francisco, hacia la esquina que da á las calles Angosta y de la Compañía, desnudo al principio, cubierto de un hábito carmelitano después, y, como para escarnecerlo, suspenso de un madero en aquel sitio, no pudo causar otro efecto”.

Y quién había dado orden para infamia semejante?

¡El Vicepresidente de la República!

Se llamaba D. Modesto Larrea: pase, si es posible, su nombre á la posteridad . . . .

Así terminó aquella noche trágica.

“Al dar parte á U, de semejante acontecimiento, — decía el citado Rodríguez en el oficio

---

(1) Introducción histórica á las Actas del Congreso de 1833, página xxvii.

á que ya nos hemos referido, — he mezclado la gloria de ver bien puesta la dignidad del Gobierno con el sentimiento de la sangre que se ha derramado, y *sin haber podido evitarlo*, pues en aquel mismo acto mandé reunir la tropa á su cuartel por evitar mayores males, é inevitablemente sucedieron las muertes que he indicado.”

¡ Cuanta infamia !

¿ Pues qué? Conocedor el General Flores, conocedor el Congreso, conocedores los Ministros de la pobre conspiración que se tramaba al amparo de dos sargentos traidores á los patriotas, ¿ no se pudo evitar la efusión de aquella sangre? Aun admitiendo lo que dice Rodríguez, que sólo en las primeras horas de la noche del 19 tuvo conocimiento del proyecto de asaltar al cuartel, ¿ no era sumamente fácil desbaratar el plan de los conspiradores, rodeando de tropas dicho cuartel y ocupando ostensiblemente las esquinas de las calles cercanas?

El día 21 dictó el Congreso la resolución de que los comprometidos en la conspiración fuesen juzgados militarmente. ¡ El juez *ad hoc*, el juez pagado por el Gobierno, el asesino de la antevíspera talvez, des-

pués del plomo y el hierro de los victimarios del 19! . . . . . El 25 se dió la ley sobre conspiradores . . . . . ¿Dónde estaban la dignidad y la justicia?

Y decían los paniaguados y defensores de ese Gobierno, compuesto, dirigido y servido por extranjeros:

“Apenas podrá señalarse un ejemplo de clemencia como el que se dió en Quito, permitiendo que los tres heridos de esa noche se curaran en sus casas. ¡Ojalá que esta clemencia no sea algún día funesta!” (1)

¡Oh la clemencia de los verdugos de Flores! La clemencia de los Otamendis y Oses, de los Rodríguez y Fonseca, de los Peñas y Medinas, de los tenientes Cárdenas y de los sargentos Castros!

¡Razón tuvo la Convención de 1835 al decretar que Flores era *el primer ciudadano del Ecuador!*

La sangre del 19 de Octubre de 1833 fué fecunda: primera derramada en conmoción intestina, dió de sí raudales: 1835 y 1845 no son sino episodios . . . . Conclu-yamos.

(1) Salazar. — Ibid. pág. XXX.

## VI

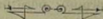
De esta manera trágica y sombría cayó el noble HALL en asechanza inícuca.

No fué ecuatoriano; pero fué, puede decirse, el fundador de la escuela radical en esta República y el proto-mártir de ese partido desventurado, que tantos los tuvo después, victimados por los sucesores del *padre de la Patria*.

HALL es una de las legítimas glorias del liberalismo ecuatoriano, como lo son Maldonado, Juan Borja, Vargas Torres, y los innumerables caídos en la jornada oscura, cuando Dios permitía que el despotismo

reinase en esta pobre patria; y es una de las glorias, porque gloria es el martirio de los hombres de bien, que se sacrifican generosamente en aras de la libertad de los pueblos y de la felicidad de sus semejantes.

Saludemos con respeto su memoria, y hagámonos dignos de la libertad.





MANUEL B. CUEVA



ASI en el centro de la hoya interandina del Sur de la República, formada por los nudos transversales de *Cajanuma* y de *Acayana*, á 2.220 m. sobre el nivel del mar, "sobre una reducida llanura, en el triángulo que forman los ríos de Malacatos y de Zamora, precisamente bajo el 4° L. S." (1), se levanta la pequeña ciudad de Loja, capital de la provincia del mismo nombre, la más meridional del Ecuador y limitada al N. por la provincia del Azuay, al O. por la del Oro y al S. y E. por el Perú; sección del territorio nacional acaso la

---

(1) Wolf. — Geografía y Geología del Ecuador, pág 31.

menos estudiada y frecuentada, en aislamiento de las otras por la falta de caminos que impide el desarrollo del comercio y por su distancia de la Costa, corazón y nervio de la República.

Loja es una ciudad alegre y pequeñuela, en cuyos alrededores sonríe con su verdura fecunda perpetua primavera, y cuyos pies besa el Zamora que se arrastra tumultuosamente á pocas cuadras de la población entre rocas silíceas casi verticales. (1)

No tiene grandes monumentos arquitectónicos, ni en su historia, grandes y gloriosos recuerdos; pero la habita una gente buena y leal, confiada, desde los tiempos de Alonso de Mercadillo (2), más que en el propio esfuerzo y en los prodigios de la industria, en la asombrosa feracidad del terreno.

Allí, como en todas nuestras provincias serraniegas, condenadas á incomunicación por la incuria de los gobiernos y las timideces coloniales que aun nos aquejan, la ci-

---

(1) Wolf. — Pág. 279.

(2) Fundador de Loja en 1548.

vilización ha tenido que entrar poco á poco y rompiendo montes, y el progreso con sus maravillas más es adivinado y entrevisto como al través de lejana bruma, que conocido de cerca y saboreado.

La mayor parte de sus transacciones comerciales la hace antes que con sus hermanas las provincias vecinas, con la limítrofe nación peruana.

Esta ciudad tiene un nombre recomendable en la historia política y literaria de la República: el de *Miguel Riofrío*, buen liberal, buen estadista, literato y poeta; tiene una familia en la cual el talento ha sido como el patrimonio de sus hijos, y que ha brillado con la luz de sus propios méritos á pesar de la dificultad de los tiempos: la familia CUEVA. En ésta, D. Mariano es la cumbre: hombre de bien á carta cabal, filántropo abnegadísimo, jurisconsulto de los mejores que en el Ecuador ha habido, sabio magistrado, eminente en todos los ramos que fueron de su competencia, querido y admirado por los que le conocieron y trataron. Murió en Cuenca en 1882.

A esta familia pertenece el Dr. MANUEL B. CUEVA.

Nació en Loja el 25 de Diciembre de 1843.

Después de la instrucción preparatoria, recibida en casa propia, ingresó como estudiante de humanidades primero en el Colegio "San Bernardo", y luego en el de "La Unión", establecimientos de segunda enseñanza que, con más ó menos buen éxito, florecieron en la ciudad natal, en esos dichosos tiempos *de la más pura latinidad*, cuando si el Nebrija faltaba en letras de molde, ya lo suplían en *cursos* (cuadernos manuscritos) los viejos superiores. Por ese terco aprendizaje ha pasado toda la generación anterior. El idioma castellano estaba olvidado, ó cuando más había algunas famosas profanaciones de los jesuitas, que hasta del *Quijote* se atrevieron á hacer un libro moral y docente, con enmiendas y supresiones capaces de condenar á Pellicer, á Bowle, á D. Vicente de los Ríos y al mismísimo Clemencin; de Literatura española se tenía alguna noticia *por la vía* del ínclito D. José Gómez de Hermosilla, y hasta

se conocía el Derecho Natural de Burlama-  
chi . . . con prohibición eclesiástica. Pe-  
ro, en cambio, no había nene que no supie-  
se traducir, *moral y docentemente* también,  
el *Pastor Coridon* (Egloga II), el *Dat sig-  
num* de Juno en el Libro IV de la Eneida,  
el amable epicureismo del poeta venusino  
y las picardías del buen Marcial. A esto,  
á un poco de Cicerón y otro poco de Cor-  
nelio Nepote con algo más de Fedro y del  
venerable abate Lhomond, con tal cual re-  
tazo del vate de las *Tristes* y del novelista  
*De Bello Catilinaria*, se reducía el aprendi-  
zaje de humanidades en aquella época en  
que ya iban desapareciendo los célebres  
*verde-botellas* de las frialdades del claustro;  
pero aun se conservaba, con no muy lejano  
parécido, el tipo de D. Félix de Montemar.  
Si esto ocurría en todos los grandes centros  
de educación sud-americana, con raras ex-  
cepciones, (nos referimos á la mitad de este  
siglo) ¿qué no sería en Loja, en la Loja de  
ahora cincuenta años, cuando *aun la luz no  
estaba hecha* en el cerebro de los ecuatoria-  
nos?

Sin duda, conociendo, ó adivinando, que  
es más probable, el estado en que la ins-

trucción pública se encontraba en la ciudad del Zamora, los padres del joven estudiante disparáronlo á la capital de la República, aun antes de que concluyera el curso de Filosofía y tuviese, por ende, el nunca como se debe suficientemente alabado título de *Maestro*, que daba derecho á fumar, á hacerse obedecer por los míseros minoristas, y ser saludado con la fórmula de *Salve, preceptor, precor tibi, domine, felices dies*.

MANUEL BENIGNO se vino, pues, á Quito, á pasar el tiempo agradablemente con los silogismos de la filosofía escolástica y las grescas de los fernandinos y tomasinos, de eterna recordación, como diría un gacettillero de la clase de los fúnebres é impresionables.

Corrían en Quito los tiempos del auje conventual, que había de cortar de raíz el señor García Moreno, trayéndonos el beneficio de la *inmigración negra*. Si toda ciencia salía de los conventos, es lo cierto que también toda corrupción salía de ellos: dominicos y franciscanos se disputaban el *dominio eminente* en asunto de faldas y ga-

lanteos, y la moral social estaba echada al diablo . . . . ¿Qué aprenderían los estudiantes de aquellos memorables días en esta Salamanca contrahecha donde ciencia y aventuras no se daban tiempo de vagar?

Fácil es decirlo; pero como no todo es orégano, bueno es afirmar que nunca faltaron colegiales pacatos y moderados, amantes, como ahora decimos, *del arte por el arte*, y que, contra viento y marea, ganaban sus cursos, como Dios ó el diablo les daban á entender. De este número fué nuestro estudiante, quien, en aquellos días de bohemia, no se ahogó en el agua mansa de la tentación, y uno por uno ganó los cursos escolares, con paciencia y constancia, hasta que las borlas del doctorado en Jurisprudencia vinieron, tras largos años de batallar continuo, á adornar su frente juvenil. Y ya doctor en tierra ajena, *nunc et semper* ¿qué hay que hacer? Volverse bonitamente á la propia tierra . . . y buscar clientes. Y esto es lo que hizo el nuevo doctor, no sin que antes hubiese ingresado al gremio de abogados de la República, en 1866, previo el examen correspondiente rendido an-



te la Corte Superior del Azuay, después de haber estudiado lo que hasta ahora llamamos *la práctica*, bajo la dirección de su tío el eminente D. Mariano Cueva.

De regreso en Loja, fué nombrado Juez de Letras de la Provincia, cargo honorífico, que renunció á poco, dedicándose, como medio lucrativo de existencia, al libre ejercicio de su profesión.

Y pasaron diez años de vida honesta y laboriosa, durante los cuales el ruido de la política apenas llegara á él. En la época sombría del gobierno de D. Gabriel García Moreno, los ciudadanos pensaban en la administración pública y en los medios de mejorarla encauzándola por vías liberales, y soñaban con la dignidad de la patria y la altivez republicana, sólo cuando disponían de medios enérgicos de oposición y resistencia, con riesgo inminente de estrellarse contra el patíbulo ó de hundirse en las amarguras de prolongado ostracismo. Y si esos medios faltaban aun en las ciudades populosas, abundantes en hombres enérgicos y de prestigio, ¿podían ser halladeros

en Loja, distante del centro de los acontecimientos, sumida todavía en la noche de las creencias y prácticas coloniales, sin estímulos en la lucha ni entusiasmo por la libertad? Valor y audacia se necesitaba para organizar, siquiera fuese en la sombra, un remedo de partido liberal, sin elementos de combate y de propaganda; rutinario y tímido para que no se asustase la conciencia de una generación educada por clérigos, silencioso y modesto para que no desatase contra los pocos hombres de buena voluntad que lo componían las iras de la ensoberbecida y endiosada tiranía. Esto es lo que hizo el Doctor CUEVA, quien, moderado y pacífico por temperamento, no soñaba tampoco con los golpes trágicos ni con el escándalo de las grandes y decisivas luchas.

En esto cayó García Moreno; y, sobre su tumba sangrienta, se pronunció el nombre de D. Antonio Borrero, sin que hubiese sido tomada siquiera en cuenta la pretensión, — sobrado prematura, porque entonces no existía Caamaño en la política ecuatoriana, — de D. Antonio Flores.

Borrero engañó á mucha gente, engañó al mismo D. Juan Montalvo, con su conducta anterior, altiva é independiente, y de él se colgó el partido liberal como de una gran esperanza patria, del único hombre capaz de reconstituir la Nación sobre la base de la libertad y de la dignidad administrativa. CUEVA fué uno de los ilusionados con Borrero, y, siguiendo el impulso de la mayor parte de los ecuatorianos, se dejó ir en la corriente de la opinión, abrazando ciegamente la candidatura de D. Antonio.

Triunfó ésta sin oposición alguna, ni era posible que entonces la hubiese; y, pocos meses después, en 1876, el doctor CUEVA era nombrado Ministro de la Corte Superior de Loja.

Más tarde, ocurriósele al Presidente acreditar una Legación ante el Gabinete de Lima, y para secretario de élla fué nombrado D. Manuel Benigno. No debía llegar á su destino esa Legación, pues la caída estrepitosa de Borrero había de cambiar en breve el rumbo de la política, é iban á na-

cer nuevas instituciones del golpe de gracia dado al borrerismo en la ciudad de Guayaquil el 8 de Setiembre del propio año de 1876. CUEVA hubo de regresar á Loja, antes de haber vestido el uniforme de diplomático.

Conocidas son las causas de la caída del Sr. Borrero: el Ocho de Setiembre no fué una traición, fué el desahogo de la República entera, que se veía miserablemente traicionada por el mismo Magistrado en quien había puesto la parte mejor y más preciada de sus esperanzas de reorganización y reconstitución social.

“Si bien es verdad que el Sr. Borrero era un excelente padre de familia, — dice D. Juan Murillo, — honrado ciudadano y escritor eminente, carecía de las condiciones necesarias para gobernar durante el período de transición creado por la muerte de García Moreno; era necesario cambiar las instituciones y devolver al pueblo ecuatoriano los derechos que se le habían usurpado, para lo cual se precisaba un hombre de temple especial, que seguramente no era el

Sr. Borrero, quien, ya por falta de valor para romper con los partidarios de la pasada administración, ó por falta de lealtad para con el partido que le había elevado al sillón presidencial, desde los comienzos de su gobierno manifestó claramente su intención de aferrarse á la Constitución del 69 y rodearse, con ligeras excepciones, de los hombres que habían constituido el círculo ó camarilla de su antecesor.” (1)

Y, como hemos dicho, no era sólo esta falta de lealtad para con sus electores de lo que hacía gala el nuevo Presidente, sino también de falta de lealtad para consigo mismo, de consecuencia con el programa gubernativo, que enunciara en el discurso inaugural ó de recepción, solemnemente pronunciado el día 9 de Diciembre de 1875.

“Los deberes que he contraído para con la Patria, — decía en aquel discurso, — están asignados en la Constitución; pero como esa Constitución es viciosa, natural es reformarla.”

---

(1) Historia del Ecuador de 1876 á 1888, Tomo I, pág. 126.

Cuatro meses después, — en el Manifiesto de 5 de Abril de 1876, — escribía lo siguiente. Téngase en cuenta que la convocatoria á una Asamblea Constituyente y la reforma de la inícuca, de la infame Constitución de 1869, fueron la *conditio sine qua non* de la elevación impensada del Sr. Borrero.

“Al tomar posesión del mando, juré ante Dios y ante el Cuerpo que representa á la Nación *guardar y hacer guardar la Constitución* que nos rige, porque vosotros me habéis elegido para Presidente bajo el imperio de esa Constitución, y porque sin jurarla no habría podido ejercer la autoridad de que me hallo revestido. La Constitución es, pues, el único título que legitima mi Poder; y al instante que yo la rompiera, convocando una Convención ó *Congreso Constituyente* . . . . convertiría mi autoridad constitucional y legítima en un poder puramente discrecional y arbitrario..... Rota, por mí mismo, la Constitución de la República, yo no podría continuar gobernando.”

¡Rara lógica, por cierto! Lógica que le llevó á quien con ella se escudaba al despenadero inevitable . . . . La Nación, desechada, derribó de una sola sacudida al desleal que había aprendido política con los jesuitas . . . . Borrero no era hombre que le alcanzaba ni á las rodillas á D. Gabriel, y la Constitución del 69, clava de Hércules del despotismo garciano, ¿hubiera podido ser blandida con provecho y éxito por aquel *Aristides de alcorza*, como le llamó el Dr. José Peralta?

CUEVA no quiso ser infiel al bando caído; y, parte por esa absurda lealtad que le arrojaba de cabeza entre los dispersos restos de un garcianismo póstumo, parte por afecciones regionales, de las que aun hombres superiores no suelen verse libres siquiera una vez en su vida, convirtiéndose en acérrimo enemigo de la administración del General Veintemilla, que se alzó sobre las ensangrentadas ruinas del borrarismo escrupuloso y ridículo.

Veintemilla comenzó mal y acabó peor; decepcionando con sus procederés al pobre

partido liberal que con tantos afanes le había llevado á la primera Magistratura; pero los tiempos eran de bronce, y no podían ser los principios de la nueva administración el período más propicio para iniciar la resistencia opositora, franca y desembozada. Así, pues, cuando, á poco, el doctor CUEVA, en unión de su hermano D. Segundo y del Doctor D. Vicente Paz, fundó en Guayaquil, á donde se trasladara para establecer una Agencia Judicial, el periódico intitulado "El Herald", se palpó los resultados de imprudencia semejante, y la hoja aquella fué muerta en asonada estrepitosa, y muerta para nunca más resucitar. Meses más tarde, tomaba el novel periodista el camino del destierro, al que le empujó la voluntad de D. Ignacio, como en castigo de su extemporánea audacia. Era esto en 1879:

Y volvió á hundirse en la sombra; en la sombra tranquila y poco envidiada de la labor diurna; lejos de las tempestades políticas; sin más ambición que la felicidad



de los suyos en la paz bendita del hogar doméstico; sin apuros por el porvenir, que se incubaba lentamente en el trabajo sostenido, y eficaz; sin mayores amarguras por la hora presente, ni remordimientos en el pasado. Así vegetó durante algunos años, sin estímulo ni entusiasmo, interesándose poco en la marcha de los acontecimientos, ignorando é ignorado. Fueron años de preparación lenta y provechosa. ¿Y qué más podía hacer? Repugnábanle á su temperamento las agitaciones, casi siempre estériles, de la política activa y batalladora, para la cual no había nacido; y, con la hora del triunfo del partido liberal, aguardaba que llegase la hora de la justicia para los liberales ecuatorianos, en que saliesen á las primeras filas los méritos arrinconados por la suspicacia de los herederos de García Moreno, en que se utilizasen los hombres de bien cuya competencia había sido negada ó puesta en olvido por la trapería política de las nulidades que tenían voz y voto en la administración pública.

Mas, si permanecía en la sombra, no permanecía en inacción completa, y de vez en

cuando se acordaba de su filiación política, de sus antecedentes honorables, y hablaba y escribía. Levantó el tono una ocasión (1887) en presencia del reinado del terror y de la abominación á cuyo frente estaba el Sr. Caamaño, y éste, ahito ya con la sangre de muchas víctimas y más fuerte que nunca, alargó la zarpa y le arrojó al confinamiento. (1)

Confinamiento que debía durar poco, porque, algún tiempo después, Flores abrió las puertas del Panóptico á los liberales que en él padecían inauditas torturas, en manos de una especie de inquisidor, implacable, sin entrañas; y proscriptos y confinados volvían á sus casas.

CUEVA había sabido captarse la estimación y la confianza de sus coprovincianos, y fué elegido Senador por Loja, para el Congreso de 1888. Cuál fué su conducta y cuáles sus opiniones en esa Legislatura con que iniciaba sus trabajos la Administración de D. Antonio Flores, son de

---

(1) En Saraguro, cabecera de uno de los cantones de la provincia de Loja.

todos conocidas, así como bien conocido es el espíritu que en dicha Asamblea dominó, como un resto del que tan en lo absoluto reinara en los Congresos anteriores, de los que el Sr. Caamaño y sus Ministros fueron los únicos y fecundadores Espíritus Santos. No removamos ese avispero . . . . .

Después de las tareas legislativas de aquel año, ya respirando las primeras auras de la libertad ciudadana, que comenzaban á soplar, bien que ténues é inodoras, en los ámbitos de la patria, dióse CUEVA á regularizar en la provincia nativa la marcha de la opinión netamente liberal. Poco podía hacer en este sentido, pues todavía el miedo, honrado sistema de gobierno implantado por el señor Caamaño desde la clausura de la célebre Convención de 1883, temblaba en la atmósfera; pero, en fin, se respiraba, y los más confiaban en las bellas promesas de D. Antonio Flores. Fundó entonces la Sociedad Republicana, aunque contando con pocos elementos de vida.

Sin pretexto plausible en los primeros días para combatir al gobierno de Flores,

se recordará que toda la faena de los escritores liberales se redujo á atacar rudamente á la clerecía que ya andaba dándole vueltas al nuevo Magistrado, para devorarle vivo como tigre carnicero, ó tragarle holgada y pacíficamente, en confianza, como á Jonás la ballena bíblica. El Presidente se hacía el sueco y dejaba que la fiera se acercase, sin dar mayor importancia á sus perversas intenciones, y soltaba contra ella la jauría liberal. Donosa lucha la de entonces. Moros y cristianos se embestían con ímpetu, corrían arroyos de tinta de imprenta, si vale la expresión, crugían incesantemente las máquinas de imprimir, y, distraídos unos y otros en esta campaña de papel, dejaban que el sucesor de Caamaño, burlándose de todos, se ocupase en cosas de más momento, como en la conversión de la deuda externa, en contratos ferrocarrileros, en la celebración del tratado Herrera-García . . . . . *o/s*  
y otras vergüenzas nacionales.

En Loja no faltaban clérigos con quienes pelear, y contra ellos se dedicaron el doctor *x* CUEVA y los que le acompañaban en las sociedades liberales. Allí estaba de obispo

un señor José María Massiá y Vidiella, fraile carlista que había sido ya expulsado del Perú por revoltoso. De carácter atrabiliario y violento, fanático y con instintos de crueldad, el tal hubiera en otros tiempos acompañado á Santo Domingo de Guzmán á la cruzada contra los alibigenses, ó al Duque de Guisa en la noche de San Bartolomé, ó sentádose junto á Tomás de Torquemada, en el tribunal del Santo Oficio. Había nacido para inquisidor, para verdugo, para azuzador de las masas fanáticas, y á este hombre lo hizo obispo Fray Gabriel García Moreno. Bajo la capa de humildad franciscana y tras de la fama de santo, aquel obispo odiaba profundamente la libertad y el imperio de las instituciones republicanas, y á combatir las había dedicado su existencia. Merced á él, Loja era un convento; donde si alguien mandaba eran los frailes españoles y las monjas francesas, en el que si algún rumor se escuchaba, era el de las sagradas salmodias que interrumpían el silencio indiferente de los más. Ni aun los periódicos nacionales penetraban en ese como antro oscuro, pues para impedir su

entrada estaban en la puerta el cerbero de la censura eclesiástica y las intrigas de las damas devotas . . . Filosofía moderna? Ciencias públicas reñidas con los fundamentos éticos del viejo Taparelli? Economía política que no reconociese como base la caridad católica que manda sostener y mantener el sinnúmero de órdenes mendicantes, y enseña que la mendicidad y el ocio son el camino de los cielos? ¡Abominación! Se vivía, pues, en la ciudad de Mercadillo en plena edad media, y á ella no habían llegado las ráfagas tempestuosas con que la ciencia ha transformado las sociedades y purificado el criterio humano.

Contra ese fraile, contra esa sociedad fanatizada había que luchar, si se quería hacer algo en provecho de la causa del liberalismo: la partida era muy desigual, y, en efecto no se consiguió nada, á pesar de cuanto se escribió: fueron los propagadores de la idea nueva aplastados por el número, abrumados por el egoismo y la indiferencia: ni siquiera la juventud estaba con ellos, y donde falta ese elemento de vida,

¿qué nervio, qué arrojo posibles? Lucha sin escándalo ni resonancia, terminó por cansancio; y las cosas quedaron como al principio estuvieron.

Luego, vino el Sr. Cordero á recoger la triste herencia de las dos pecaminosas administraciones anteriores, y tuvo lugar (1893-1894) el conflicto con la vecina República del Perú, que casi nos cuesta un enorme dolor de cabeza. La farsa no podía estar más á descubierto; y, sin embargo, el patriotismo de ambos pueblos se dejó engañar por los que allá y aquí sacaban provecho del escándalo. Para nosotros, especialmente, la cosa era bien clara. Si el Tratado Herrera-García era una monstruosidad; si mediante él quedábamos sin buena parte del territorio oriental; si, en fin, éramos los perjudicados, ¿había motivo para tocar á rebato y levantar la inmensa algazara que entonces se levantó por el hecho de no haberlo aprobado el Congreso peruano, hecho que, en suma, nos favorecía directamente ya que declaraba la insubsistencia del pacto inícuo? Hubo en ambas naciones hombres de bien que se

propusieron con moderación y buen juicio contener el oleaje populachero, hablando la verdad á las masas y pidiendo serenidad á los ánimos; pero su labor era estéril, y se ahogaba en el clamor inmenso de una prensa de escándalo empeñada en que las cosas terminasen de modo sangriento. ¿Quién preveía las consecuencias de atolondramiento semejante?

Pusiéronse de moda las juntas patrióticas: las había en aldeas y ciudades, con el objeto de coleccionar fondos para la guerra próxima y levantar y disciplinar batallones de voluntarios y guardias cívicas, para los cuales ni siquiera había armas y municiones; y los manifiestos patrióticos y las manifestaciones tumultuosas estaban á la orden del día. En Loja hubo su correspondiente Junta patriótica y de ella fué nombrado Presidente el Dr. MANUEL B. CUEVA.

No sabemos á qué extremidad calentura semejante nos hubiese conducido. Felizmente, todo terminó como debía haber principiado, con prudencia y calma; y en la hora



del deshielo se deslizaron plácidamente río abajo juntas patrióticas y batallones de milicianos. Tantas vueltas y revueltas, tantas idas y venidas no fueron de utilidad alguna.

Y concluía el año de 1894, cuando sonó la gran campanada de la compra-venta del crucero "Esmeralda". Con los pujos bélicos del año anterior, los ánimos estaban preparados á la revuelta, se sabía ya el modo cómo se conmovían las montañas del patriotismo intransigente y quisquilloso, cañonéandolas con tipos de imprenta . . . . y al señor Caamaño le salió el tiro por la culata. La revolución estaba hecha desde 1891, cuando se desafió las iras populares con la farsa electoral; pero faltaba el pretexto plausible, la causa justificativa, ¿y podía hallarse pretexto mejor, causa más grande que el ultraje á la bandera hecho por el partido progresista? Principiaron la campaña las Municipalidades con protestas enérgicas . . . . y la continuó el Gobierno apelando, para defenderse de tanta palabrería y de tanta declamación, al peligro, medio de la fuerza. *Gatazo* estaba más allá.

La conmoción fué tan profunda, que agitó las capas todas de la sociedad ecuatoriana. Con decir que hasta los pocos blancos habitantes de las selvas orientales se constituyeron en comicios populares y protestaron contra el Gobierno, está dicho todo. Loja no podía faltar á la cita del patriotismo, y se declaró, al fin, abiertamente contra el Gobierno del Sr. Cordero, haciendo lo que en la jerga revolucionaria llamamos un pronunciamiento, el 16 de Junio de 1895. Este golpe había sido laboriosa y pacientemente preparado por el Dr. CUEVA y sus amigos; y fué aquel, ya desde muchos años atrás reconocido como jefe del partido liberal lojano, nombrado Jefe Civil y Militar de la provincia, cargo no exento de peligro, si se considerá en que Cuenca no coadyuvó al movimiento nacional, y en ella había tropas suficientes para escarmen-  
tar á los revolucionarios lojanos.

El comportamiento del Dr. CUEVA en esos días difíciles fué tan bueno como los tiempos lo permitían, como la agitación de los ánimos — que no dejaba, preciso es decirlo, ancha esfera de acción á la autori-

dad, — lo consentía. Confiada á manos inexpertas, á hombres atolondrados que la fuerza de las circunstancias había sacado á luz, la parte militar y técnica del movimiento, los resultados fueron adversos, tan adversos que se llamaron derrota formal ante las fuerzas del enemigo. ¿Cómo hubiera podido ser de otra manera, si el comisionado que fué á Guayaquil con la nueva de la transformación política, en vez de arbitrar recursos para armar un mal batallón ó llevar alguna tropa que hiciese respetable el nuevo orden de cosas, aseguró con la impudencia más tranquila que sólo dinero se necesitaba, porque hombres y fusiles sobraban? De ahí, que se hubiese combatido sin ventaja, sin contar con lo preciso para la lucha, ni siquiera con un regular jefe . . . .

Pero las desgracias de Loja poco podían pesar en la balanza de los acontecimientos; y la rápida campaña de Girón afianzó en el Sur la obra reivindicadora. La República entraba en un nuevo período de existencia; el partido liberal reasumía su personalidad política en las altas esferas del

poder: 1895 se daba la mano con 1845. Lo que sigue no es un secreto para nadie.

Pacificada la República de Norte á Sur, — á lo menos en el concepto de los que le creían herido de muerte al partido conservador, — vino el trabajo reconstitutivo, lleno de amarguras y contradicciones, en el que naufragaron la constancia de muchos y la buena fe de no pocos. Era la hora de llamar á la obra á los antiguos luchadores, á los jefes de siempre, para que la labor fuese común, y solidaria para todo el partido la responsabilidad de lo que iba á hacerse. Desgraciadamente, no se procedió completamente de esa manera; y, habiéndose festinado la ansiada reorganización con elementos extraños ó contraproducentes, comenzaron las quejas, el desaliento y — ¿por qué no decirlo? — un profundo desagrado á cundir en las filas del bando triunfador. Antiguos merecimientos quedaban, hoy como ayer, en la sombra ingrata; la suspicacia de arriba era bien pagada con la desconfianza de abajo, y el descon-

cierto era general. Sobrado valiente el nuevo régimen para arrojarse de cabeza en la aventura sangrienta de la contienda armada, no tuvo el mismo heroico desenfado para la reforma social, y vinieron luego timideces, concesiones y lenidades, que exasperaban á los que, alejados de la dirección de los negocios públicos, los veían con claridad y adivinaban las consecuencias. Así, la reacción conservadora se hizo probable. Presto correría un raudal de sangre en el Norte, en el Centro, en el Sur, en todas partes.

En medio de todo esto, el Dr. CUEVA había sido nombrado Ministro Juez de la Corte Suprema de la República, cargo que no aceptó, por razones que no alcanzamos á explicarnos, habiendo sí aceptado la diputación por la provincia del Oro en la Asamblea Nacional que debía reunirse en la ciudad de Guayaquil el día 9 de Octubre de 1896, como en efecto se reunió, sobre los escombros humeantes de la incendiada ciudad.

Aquí, real y verdaderamente, comienza la vida política del Dr. CUEVA, en la que

había de desplegar tan singulares dotes de moderación y prudencia. La Asamblea le eligió su Presidente, y en ese alto puesto el diputado por el Oro no defraudó las esperanzas de sus electores. Imparcial y juicioso en la dirección de los debates, sobrio en el uso de la palabra, modesto y noble en su actitud, tanto se hizo querer y respetar por los miembros de la Convención, tanta confianza infundió en los círculos liberales que dirigían la política, que, pocos meses después, en Enero de 1897, fué elegido por esa misma Asamblea Vicepresidente de la República. — Confesamos que él ni los suyos creyeron que tal elección hubiese de efectuarse; y tan es así, que el Dr. CUEVA que estaba de Gobernador en Loja, sólo después de muchas y repetidas instancias del Jefe Supremo General Alfaro, se decidió á concurrir á la Convención mencionada. (1)

Todo lo demás es una historia bien conocida para que nos detengamos á narrarla;

---

(1) Este particular nos lo ha referido, sin recomendación ninguna de guardar el secreto, el Sr. D. Celiano Monge, Secretario de la Jefatura Suprema en la época aquella. (1896).

ni el cargo de Vicepresidente es tampoco de aquellos que necesitan un grande esfuerzo de voluntad y suma destreza para ser desempeñados á conciencia y satisfactoriamente.

Sin embargo, bueno es recordar la actitud del Vicepresidente ante la revolución conservadora del año 98. Encargado del Poder Ejecutivo por ausencia del General Alfaro, él, tan pacífico y poco apto para las cosas de la guerra, vióse frente á frente con una reacción terrorista, numerosa, bien armada, con buenos Jefes, apoyada en las simpatías del clero y en las intrigas de los círculos progresistas y ultramontanos. La ola rugía amenazadora, y tenía en jaque al Gobierno, y menester fué mucho esfuerzo y derramar mucha sangre para que esa ola no cubriese las cumbres y anegase al partido liberal. Fueron momentos de apuro para el Encargado del Ejecutivo, que no contaba, además, con muchos elementos de defensa; y sólo la cobardía y el desconcierto que reinaban en las filas de los invasores libraron á la Capital de la República y al personal del Gobierno en ella residen-

te de una segura, segurísima, catástrofe. Felizmente, hubo actividad y abnegación de parte de los liberales, y la resistencia se organizó formidable en las calles de la ciudad, y, á poco, se tomaba la ofensiva, y, del mismo modo como se había triunfado en los campos de Taya y Guangoloma, se triunfó en las alturas de Sanancajas y en las pampas de Sabiango y la Florida. Así como le cupo toda la responsabilidad, le cupo también toda la gloria de esa campaña al que, en esos momentos angustiosos, presidía la marcha de los sucesos con las riendas del poder en la mano. Terminó su período vicepresidente el 31 de Agosto del presente año de 1899.

El Dr. CUEVA es lo que llamamos todo un hombre de bien, con un carácter especial en que se mezclan una leal y sincerísima modestia, una honrada y decente falta de ambición, con una testarudez probada muchas veces en la fragua de la energía, testarudez que le salvó en el conflicto de la invasión terrorista y que dejó bien puesto



el nombre del Ecuador en 1898, cuando nombrado el Dr. CUEVA Plenipotenciario *ad hoc* para tratar de asuntos religiosos con el Delegado Monseñor Guidi, quiso burlar éste la buena fe de la Nación y atropelló indignamente las conveniencias diplomáticas.

El Dr. CUEVA es un buen abogado, un escritor fácil y correcto, un orador de brillante palabra y un cumplido caballero. Pica también de educacionista, y en su acción pedagógica confía el Gobierno que, en los momentos en que trazamos estas líneas, acaba de encargarle la dirección de un instituto de segunda enseñanza, el Mejía, hasta hoy en descrédito y dirigido por inhábiles.... Que así como la Patria le debe la paz, débale la juventud quiteña su porvenir en los campos de luz de la instrucción. Tales son nuestros deseos.



# INDICE



	<u>PÁGINA</u>
Al lector . . . . .	III
ABELARDO MONCAYO . . . . .	1
FELICÍSIMO LÓPEZ . . . . .	53
JOSÉ PERALTA . . . . .	113
<i>Intermezzo.</i>	
<i>Luis Vargas Torres</i> . . . . .	169
<i>Federico Proaño</i> . . . . .	213
<i>Francisco Hall</i> . . . . .	223
MANUEL B. CUEVA . . . . .	277



## ERRATAS

---

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
43	21	Académica	Academia
46	11	enemigo de la elipsis	amigo de la elipsis
47	4	Moliere	Molière
100	14	cualquiera que sean	cualesquiera que sean
101	4	<i>arriere pensée</i>	<i>arrière pensée</i>
215	1 <sup>a</sup>	al travez	al través
241	16	otra alguna	otra alguna
246	9	Septentrional	Meridional
257	9	Cortes polísticas	Cartas políticas
262	12	sobre ella no pesase	sobre ella no pesasen
268	17	contestadas con gemidos	contestados con gemidos

